

# **FELI Y DOROTEA**

**NOVELA DE**

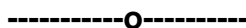
**Fernando García Izquierdo**



**Sexto volumen de la saga**  
**DOROTEA, una mujer castellana**

“... ‘¡Esto es castigo de Dios!’ decían los más beatos de entre los habitantes de la ciudad, creyendo que había llegado el momento de su exterminación. Entre quince mil y diecisiete mil apestados, por lo menos, morían cada día; de tal manera que la gente de buena voluntad, creyendo que Dios había tomado la decisión de acabar con todos ellos, y al objeto de aplacar su santa ira, se precipitaban en las iglesias, con lo cual, inopinadamente, se extendía aún más el contagio de parroquia en parroquia...”

**Daniel deFoe, DIARIO DEL AÑO DE LA PESTE**



Los personajes de esta novela, aunque basados en la realidad, no corresponden a ningún individuo concreto que exista o hayan existido en Valladolid o en otros lugares de España; son por tanto producto de la imaginación del autor. Esto, naturalmente, no es aplicable a aquellas figuras históricas que son citadas por sus propios nombres y apellidos, ostentando cargos que de hecho desempeñaron en la vida real española, y cuyos hechos dichos, escritos e ideas han pasado a ser conocimiento público.

## PREMISA HISTÓRICA

Durante la Guerra de la Santa Cruzada, como fervorosamente se llamó al crimen de lesa humanidad que fue el alzamiento del 18 de julio de 1936 y toda la furia que tal evento desencadenó, habían ido los militares rebeldes pasándose unos a otros mensajes diciendo que no había que preocuparse en demasía por la demora en ir conquistando pueblos y ciudades. Rezaba uno de estos mensajes, dirigido al Generalísimo del sublevado ejército por un coronel de la legión: *“Si bien es verdad que el avance es lento, la victoria es segura, y al mismo tiempo se está llevando a cabo la ingente tarea de limpiar a España del virus marxista.”*

Nunca se había cometido impunemente tanto crimen en tan corto espacio de tiempo, tal genocidio declarado (pues consideraban los rebeldes a sus víctimas o *gente baja* como seres de una raza inferior.) Y así hasta que pudieron gritar los asesinos, en 1939, **”¡Tenemos otra vez a España!”** Sí, en sus garras la tuvieron ya durante medio siglo, y aún no la han soltado del todo. Ése fue el propósito, el verdadero significado de una guerra inicua y cruel que duró casi tres años, envolvió a todos los españoles y conmovió al mundo entero.

Continúa el pueblo pasando hambre. Ya el fascismo ha sido derrotado en el mundo, mas en España se afinca la reacción con la complicidad de algunas grandes potencias, que consideran al Caudillo como un aliado en la sombra. Mientras tanto la mayoría de los españoles devienen esclavos.

Siempre los tiranos han dictado sus leyes con el propósito de esclavizar al pueblo, y cuando es evidente que el sistema (que no corresponde a las aspiraciones y necesidades de la mayoría de una

nación) puede caer, los explotadores hacen de manera que el pueblo no piense, que vayan poco a poco transformándose los oprimidos en borregos. Esto es lo que intento mostrar en la presente novela.

Desde el primer día de la contienda, gritaron los generales rebeldes, **“¡Abajo la inteligencia! ¡Viva la muerte!”** Fueron asesinados, encarcelados o forzados a ir al exilio miles de nuestros compatriotas. Durante los primeros meses de lo que los asesinos llamaron la Santa Cruzada de Liberación, la liquidación fue sistemática: se buscaron en todos los rincones, en aquellas regiones en que la rebelión había triunfado de entrada, para acabar con ellos, a todos los representantes legítimos de la nación, a los intelectuales, artistas, hombres y mujeres de letras y de la ciencia, cuadros sindicales, profesores y maestros, y todo aquél que hubiera podido mostrar al pueblo el camino de la lucha. En su lugar, pusieron los usurpadores, con toda la brutalidad, vileza e hipocresía de que eran capaces, a unos salvajes que implantaron unas Leyes Fundamentales de la Nación que representaron, ya *per secula seculorum*, todo el derecho y todo el orden que acompañaría a los españoles en adelante.

## CAPITULO 1

Habiendo cerrado el balcón y tapado con trapos y tiritas de papel las rendijas, Dorotea se sentó en su taburete, mordiéndose insistente las uñas, perdida la mirada en el vacío. Se veían, al otro lado de la calle, las oscuras fachadas de los edificios, los balcones cerrados, los húmedos tejados de las casas más pequeñas y, por encima, la torre de la iglesia, y el viento empujando unas nubes plomizas. La ciudad tenía esos días un aspecto triste desolador. Sentía sobre todo el frío en las piernas, calzadas de unas medias bastas ajadas muy viejas; y de vez en cuando como una punzada aguda en el bajo de la espalda, hacia el lado derecho. “Otra vez el riñón,” se dijo.

Carámbanos transparentes colgaban del balcón del tercero, y sintió un escalofrío al verlos. ¡Si al menos hubiera tenido una astilla y unos cachos de carbón de encina para encender el brasero!

Se levantó y empezó a mirar por toda la casa a ver si quedaba algo, unas hojas de periódico, un par de trapos viejos, cualquier cosa que meter pudiera en el fogón y prender fuego, aunque sólo durara un minuto, para calentarse un poquito. Pero no encontró nada.

Permaneció un rato junto al medio balcón de la cocina, pensando que allí haría más calor. Pero, al contrario, parecía que salía un viento frío del agujero del retrete, que tenía la puerta carcomida de meados.

Si se prescindía de la alcoba, el piso era un cuadrado perfecto, dividido en dos porciones desiguales, separadas por un tabique que llegaba hasta el medio del balcón. A la derecha, según se entraba en el piso, estaba el comedor (con la

pequeña alcoba en un rincón), y a la izquierda, la cocina, con su fogón, una pila y más allá, junto al medio balcón, el retrete.

Salió la mujer de la cocina, colocó una prenda vieja, arrebujada, en el bajo de la puerta del piso, a fin de que no entrase el viento de la escalera, y se volvió al comedor, pateando para no quedarse helada. Como no lograba entrar en calor, terminó acurrucándose contra la pared en la cama turca, cubriéndose con la manta hasta el pecho. Y dormitó unos instantes.

Se despertó de un sobresalto al pasar un carro por la calle. Y sintió aún más el frío. Apretó bien la manta contra el cuerpo, empujándose de espaldas en el rincón entre las dos paredes contiguas, y volvió a echar una cabezada.

Anduvo luego alrededor de la mesa, de un lado a otro del piso, siempre la obsesión en el cerebro del intenso frío que hacía. Estuvo pateando un rato, cruzándose los brazos sobre los hombros, dándose golpes en la espalda. Para nada.

Los niños estaban en la escuela, y no les esparaba hasta el anochecer (con ayuda de su sobrina Serafina Perchero, que era jefa de la Sección Femenina había logrado que comieran los mellizos en las dos tandas del Auxilio Social, mediodía y noche, cosa que ella tuvo por milagrosa.)

Lucio había salido muy temprano a buscar trabajo. Se había anunciado que en el ayuntamiento iban a necesitar temporeros para el servicio de limpieza, pues se esperaba una gran nevada. Pero era tan torpe su marido que de seguro no le cogerían. Se pasaría la mañana en la cola, entrarían otros antes que él, y a la postre, nada.

Vio al joven Abundio cruzando la calzada, con un saco de carbón a la espalda. Por el lado de la iglesia se veían las beatas de siempre, entrando y saliendo del atrio, el cual estaba cargado de mendigos que se apelotonaban para no morir de frío.

Más valientes, las estraperlistas se afanaban para vender su ilícita mercancía todo a lo largo de la acera, atendiendo solícitas a las doncellas de los ricos y a algunas amas de casa que volvían de las tiendas o de la plaza y necesitaban complementar sus exiguas **raciones**. Se las veía a las pobres mujeres con su contrabando escondido, como todo el mundo sabía, debajo de sus abultadas sayas: talegos de alubias y garbanzos, paquetes de harina, y hasta chorizos, butifarra y litros de aceite.

En la calle de la Solanilla asomaba el cuerpecito de la vieja churrera, el cual vibraba un poquito cada vez que de su boca salía el habitual: - ¡Churros calientes!

De vez en cuando subía o bajaba la calle, con gran estruendo, un carro o un vehículo a motor, pocos en realidad. El primero que había visto aquella mañana fue el de la basura, tirado por un borriquito medio sarnoso, y a su lado, una pareja de gitanos, hombre y mujer (él, con un palo, para endiñarle al animal, cometiera o no cometiera falta; ella bien sumisa detrás.)

-¡Churros! ¡Churritos calientes! ¿Quién los quiere? – Dorotea adivinaba, más que oía, a la octogenaria churrera, tan cubierta de chales y bufandas que apenas se vislumbraba su rostro violaceo, arrugadito.

“¡Cómo se agarra a la vida!” pensó Dorotea, al tiempo que un miedo supersticioso le subía de lo más profundo de su ser. “Hay que ver la de años que lleva, la pobre, ahí, trabajando.”

Hubiera salido un poco, aunque nada más fuera para distraerse y no estar allí encerrada, todo el día, como en una cárcel; borrar esas visiones de su mente, hacer por olvidar la desidia de esa habitación, esas paredes sucísimas, y no tener que aguantar el hambre sobre todo, olvidarse de que no había nada que comer. ¿Pero adónde iba ella a ir? ¿A la plaza, por un decir? ¡Si ya no le quedaba una perra! ¿De visita? ¿Y a ver a quién? ¡Si ya no la quería nadie!

Antes, mucho antes, cuando estaba menos gorda y no tenía esas piernas tan feas, solía salir a visitar al tío Urbano, esperando que Berenguela le sacaría algo de

merienda; o que le diera el tío unas pesetas para los mellizos. ¡Pero ahora! Si incluso las primas de la Fuente Dorada hacían ascos, cortando de cuajo cualquier avance que ella hiciera (cuando las veía así en el mercado o en la calle), pretextando que tenían mucho trabajo, que no les quedaba tiempo ni para platicar un poco. Y, la verdad, para irse así, ella sola, a pasear, como una sosa, sin un abrigo decente, y luego cansarse y coger frío..., mejor quedarse en casa, sin gastar calzado ni hacer que se le abriera el apetito. ¡Además, si ni siquiera tenía zapatos de invierno para andar pisando los barro y la humedad de las aceras!

Y había tan poco que hacer en la casa. Es decir, sí que lo había; pero ¿para qué afanarse? De bien poco serviría ajetrearse y cansarse haciendo alguna labor. Si no había nada para encender la lumbre; nada que echar al cocido, ni un hueso, ni un pedazo de tocino, nada; ni siquiera una pastilla de jabón había para poder ponerse a fregar los suelos con el estropajo, lavar unos trapos, limpiar un poco la cocina.

Podría, eso sí, bajarse al caño del patio para tener un cántaro siempre disponible en la casa, o subir un cubo de agua que poder echar por el agujero del retrete para que no oliera tan mal; pero tenía tanto frío en las manos, y se sentía tan cansada, que prefirió dejarlo todo hasta ver si llegaba Lucio con una buena noticia.

Los lunes y los jueves todavía iba a hacer la colada a casa de una de sus señoritas, la de Argamesilla, que era la única que le quedaba, pues la otra parecía haberse olvidado de ella. Y era una casualidad que doña María Cristina no la hubiese echado también a la calle. Seguro que la retenía sólo para darle esa ayuda, por su bondad exquisita; pues era una santa esa señora. Y ¡con la falta que le hacían a ella los dos duros, para sus mellizos! Otra cosa, que así (al menos dos días a la semana) no pasaba frío, que menuda calefacción que había en esa casa, y luego agua caliente para lavar la ropa y fregar los suelos. Además, que al mediodía, comía en la cocina con las criadas, y le dejaban traer algo a casa para la familia, es decir, para ella misma, que pasaba los otros días de la semana mucho hambre.

-Pero no me hago ilusiones – pensó -, que estoy ya hecha un trapo, y un día de éstos también se cansará de mí. ¡Oy, si no sirvo para nada! De sobra lo sé yo. –



Miró instintivamente al calendario que colgaba en la pared, encima del banco de Lucio. “ Mañana es jueves – cogitó -. ¿Cuánto me durará, esta bicoca? Si no me quedan ni fuerzas para meterme así a fregar y restregar paños. ¡Y con la de asistentas, Dios mío, que andan por ahí buscando casas!”

Eso si no se le empezaban a hinchar las piernas, como ya se temía. Que, en cuanto llegaba el invierno, le entraban unos dolores en los tobillos, y tenía tales sabañones y escozores, que hasta llagas le salían cuando se rascaba un poco.

-Padre Nuestro, que estás en los Cielos... ¿pero qué me pasará, Dios mío? ¡Oh Jesús, Santo Cristo de la Vega, ayúdame, ayúdame! – se puso a rezar a media voz, juntando las dos manos temblorosa, alternando la oración con sus quejas y suspiros -... santificado sea Tu Nombre.... Si estoy ya hecha una vieja, y no he cumplido los cuarenta. - Y mil sombríos pensamientos le vinieron de nuevo a la mente; mientras que su pobre cuerpo flojo y fofo se ponía a tiritar.

Frotándose las manos para evitar la crisis, hacer que cesara ese tembleque, alzó los ojos al cielo, cada vez más tristón, cada vez más plomizo. Oyó las campanadas de la catedral. “Todavía las diez – se dijo -, hay que ver qué despacio pasa el tiempo.” En su rostro se había instalado, ya hacía años, una expresión de tristeza y de dolor que casi nunca la abandonaba ya: era parte integrante de su personalidad, por así decirlo, ese ceño fruncido, las cejas como dos cuchillos moros negros, los ojos vidriosos (como si fuera a echarse a llorar) que habían sido grandes, luminosos, ahora comidos por una cara que se había vuelto fofo. - ¡Ay madre, madre! – se lamentó -, lo que tiene una que sufrir.

El marido no vino a la hora del almuerzo. Haciendo todavía cola estaría, seguro. ¡Había tántos que buscaban trabajo! Eso si no se había cansado de esperar, el pobre, y se había ido a la catedral a ver si sacaba una limosna para un cuartillo de vino. Sabía en efecto por los vecinos que Lucio pedía. Aunque ella nunca le había pillado pidiendo, ni se lo había preguntado a él: ¿habría llegado a ser un...? No, no, le daba miedo incluso pensarlo, Santo Cielo ¿su Lucio un mendigo?

A las dos se comió un mendrugo de pan y un puñado de algarrobas que le había dado una vecina que era de Alicante. Se sirvió un vaso de agua, y se puso a arreglarse un poquito, por si se le ocurría venir al Bigarreta, que hubiera dejado a Lucio bien plantado en la taberna del Callejón de los Boteros.

En efecto, a las tres sonó el picaporte. Entró el Chucho con una botella de vino y una hogaza. Comieron y bebieron en silencio (Bigarreta no había sido nunca muy locuaz), y acto seguido atrancó ella la puerta, por si acaso, y empezó a desnudarse, metiéndose en la alcoba.

Por su parte el Chucho, tan pronto como la vio entrar en la cama desnuda y alzando en el aire las posaderas, unos grandes muslos blancos algo rugosos, se desprendió como pudo de sus propias ropas y entró tras ella rugiendo. Se montó sobre su víctima, apoyó la manaza en el sexo, abriéndole con la muñeca los muslos, para luego agarrarla con los dedos de una mano y, aplastando la otra en la entrepierna, sentir la húmeda feminidad tan calentita. ¡Tenía en la palma de su mano derecha la joya más linda del universo entero!

El vino les había quitado en parte el frío; y Dorotea había pasado el extremo de la manta por los hombros del Chucho, abrigándole y apretándole contra sí. – ¡Ay, chorva, chorvita, mi chorvitina! – no cesaba él de suspirar. Y ella sentía ese peso peludo, avasallador, comprimiéndole los pechos; esas manos de energúmeno, los dedos como otros tantos hierros casi metiéndosele en las carnes.

Para estar más cierto de que la cubría bien, y asegurar ese rítmico subir y bajar de su propio cuerpo dentro de ella, tuvo que meter bien las puntas de sus sucios pies entre el colchón y la plancha de madera del pie de la cama, encajonarse para hacer palanca, apretar, apretar más, más todavía, penetrar bien a la hembra. Y aun con todo tuvo que hacer el pobre no pocos juegos malabares para que no le hiciera obstáculo su enorme panza peluda, teniendo en cuenta que la de la chorva no era precisamente menuda.

Al fin se realizó el acto sublime, y se quedaron ambos trasudados y satisfechos, en brazos la una del otro, al calor de los dos cuerpos, cubiertos por la manta.

Bigarreta continuaba encima de su víctima, acariciándola un poco, su pecho contra los pezones, y ese culo generoso, las uñas. Y es tal la relatividad de todo en esta vida que, moviendo casi con suavidad esas manos o garras, que parecían dos palas, dióle la impresión al bruto que estaba acariciando el culo redondito de una niña.

Poco después de las seis, cuando ya hacía como una hora que se había ido el navarro, llegaron alborotando los dos niños, y ella los mandó a cada uno a un recado: al niño a la carbonería, a ver si le daba el señor Fermín unas astillas y un kilo de cok, que ya se lo pagaría otro día; y a la niña que subiera a casa de la Juanita, para que le prestase un puñadito de alubias (que ella tuviera ya al remojo) para hacer la cena de Lucio. Y el que regresaba primero al piso, salía de nuevo, esta vez a la carnicería para ver si le daba el carnicero un hueso por un real, y que tuviera cuidado de traerlo de caña.

Luego los niños irían al comedor de Auxilio Social, que se hallaba en la Plaza de los Leones de Castilla, antigua de la Rinconada, no lejos de la Casa Consistorial; y la madre se pondría de rodillas en la cocina, delante del fogón, y emprendería la ardua tarea de encender la lumbre, y preparar una cena para ella y su marido.

## CAPITULO 2

Una mañana, cuando estaba Dorotea contemplando como de costumbre la vida y miserias de la Calle de las Angustias desde la altura de su piso, oyó unos gritos que venían como de la Calle Queipo de Llano: “¡Los guardias! ¡Los guardias, que vienen! ¡Que vienen los guardias!” Apretó la nariz contra el vidrio, y vio a unas estraperlistas fonáneas que bajaban corriendo, y en seguida se juntaron a ellas las del barrio, y todas salieron trotando hacia la Plaza San Pablo. Ocurrió que una de las estraperlistas debió de tropezar con una protuberancia del empedrado, y cayó redonda como una pelota al suelo. Y se oyó un tremendo estallido, como cuando se rompe un globo, un cuero o una vejiga. Al punto levantóse la desdichada, ayudada por un pequeñuelo que debía ser su hijo, y otra vez pies para qué te quiero: iba dejando la pobre, según huía, un reguero de aceite verdusco de oliva que le salía por debajo de la falda como si estuviera orinándose la dama. Era una escena tan graciosa, que no pudo menos de reírse Dorotea.

Y aún hubo otro ruido tremendo en la calle esa mañana: esta vez un golpe seco, como cuando se desploma un cuerpo pesado, un tronco de árbol empujado por un vendaval. Volvió la mirada, y vio en la acera de enfrente, entre Solanilla y Angustias, el cuerpo extendido inerte de la churrera, y junto a ella su caja del oficio, totalmente descompuesta y con las porras y los churros esparcidos por el suelo. En esto llegaron los guardias, los cuales se pusieron a atender a la churrera con la ayuda de algunos curiosos. Por los gestos y las voces de éstos, comprendió Dorotea que la anciana había dejado de existir. “Más vale así – pensó con melancolía -. De todas las cosas de la vida, la muerte es la más segura; qué razón tenía mi abuela Jacinta, que en paz descansa; que siempre lo decía, la pobre.”

Y pensando en su abuela paterna y en el pueblo, en seguida se le fue el santo al cielo: “Pues no lleva ésa ya años bajo tierra, ¡parece mentira! No hará tiempo ni nada que la habrán devorado los gusanos.” La idea de unos gusanos devoradores que pondrían un día fin a lo que quedara de su propio cuerpo, la había hecho siempre estremecer de miedo; y ahora mismo estaba temblándose toda, aterrorizada, supersticiosa. Más que la muerte en sí, le asustaban los gusanos, el ser devorada bajo tierra por esos seres inmundos, viscosos: uno de esos fantasmas

que la alteraban y la asaltaban ahora casi cotidianamente. Sobre todo cuando se encontraba sola y no sabía qué hacer. Antes, cuando se acercaba Bigarreta a verla, y echaban un trago y hacían el amor, sentía al menos algo de vida en su interior, una chispa, un deseo, unas ganas que le subían de lo más profundo de su ser de hembra hermosota sensual. Pero últimamente el Chucho había dejado de venir (el navarro bebía muchísimo y había empezado a tener problemas de erección, y probablemente le daba vergüenza mostrar tal carencia delante de la querida), y ella se sentía tan sola. No sabía qué hacer. Nada que le sacase de su habitual torpor y desgana. Hizo una mueca, que quería ser una sonrisa. Estaba todo el tiempo pensando en el querido. La vida había parecido entonces menos triste, se combatía mejor el frío, refocilándose los dos juntos, haciendo guarrerías. Sí, le echaba de menos.

Por la tarde, de nuevo junto al balcón, contemplando no sabía qué; mayormente las alturas. Había empezado a nevar. Primero eran unos granitos finos, como aguanieve. Luego el cielo, que había tenido un tinte grisáceo, se puso de repente muy claro, y hasta luminoso. Unos copitos de verdadera nieve comenzaron a caer muy lentamente, cada vez más numerosos, hasta que se llenó el firmamento entero de una infinidad de puntos blancos, aún más blancos que el luminoso cielo; y que se movían suave y armoniosamente, como en un juego, como si estuvieran unos yéndose hacia arriba, otros viniendo hacia abajo, en un intercambio tranquilo, divertido, sin fin. Casi dejó de sentir el frío, contemplando extasiada esa maravilla.

Los copos se hicieron cada vez más grandes, mas compactos y ondulantes, como plumitas blancas de immaculadas avecillas, flotando todos ellos, más que cayendo, en aquella infinidad que eran los cielos. Vio como empezaban a cubrirse poco a poco los tejados, los balcones, las cornisas y los faroles, una tapia, una pared mal hecha, los bordes de las aceras, la calzada. Su mirada se fijó en la barandilla de su propio balcón, ennegrecida en un principio por la humedad de la nieve; pues los primeros copos que cayeron en el hierro helado duraban sólo un instante, dejando esa marca redonda de humedad en el negro metal; luego cayeron dos copos grandes casi simultáneamente en el mismo punto, y el segundo estuvo sin derretirse una fracción de segundo, y ya otro copo le había caído encima; y un par más a cada lado, formando conjunto; y justamente lo mismo pasaba todo a lo largo de la barandilla. Así que pronto una cinta blanca, bellísima, cubrió la barra entera, y aun

un poquito los lados de los hierros que la sostenían. La cinta fue haciéndose más gruesa, más maciza, más intensamente blanca. Lo mismo, exactamente, estaba pasando con el piso del balcón, y la redondez superior de los dos cántaros del agua, y las tapaderas carcomidas de madera.

Pensaba en la churrera, muerta aquella misma mañana. Se le representó de nuevo la escena. Vio un cementerio blanco, rugoso, desierto, y un hoyo en él, recién excavado, de tierra muy negra a los lados, y los gusanos asomando alegres en ella, culebreando en el vacío, ¡qué asco! Sintió un escalofrío. “La verdad – pensó – que si es eso la vida..., si no hay un más allá... ¡qué poco valemos!” Se apretó los hombros con los brazos, tratando de calmar los nervios, parar la tiritona que le había entrado en el cuerpo.

-Bien poco que vale la vida – repitió, y añadió amargamente, tratando, sin lograrlo, de cambiar de ideas -: ¿Cuántos años llevaba la pobre en esa esquina, trabajando día tras día, invierno y verano, sol y lluvia? Total, pa vender unos churros.

Estaba mirando la esquina, los portales, las tiendas, la acera cubierta de nieve. Ni un alma se veía. -Yo siempre la vi ahí – se dijo –, jamás en ninguna otra parte; y me acuerdo haberla oído a la señora Amparo que ella misma también, en ese mismo punto estaba la churrera cuando ella llegó, en el año uno. ¿Cuánto hace eso? Pues no sé. A lo mejor medio siglo, mira. ¡Qué horror, tanto tiempo trabajando en ese mismo sitio!

Según pasaban los minutos y los cuartos de hora, sintiéndose cada vez más sola, aumentaba su melancolía. - ¡Bah! – se dijo al cabo, llena de pesimismo -, ¿para qué quiere una vivir tanto? Para trabajar y sufrir, eso es todo. Porque otra cosa no hay. Mucho trabajo y muchos dolores, eso es lo que es la vida. No hay más.

Una idea vino a la postre a cambiarle un poco de talante, como un ensueño. “¡La de cosas que podría haber hecho ésa en una vida tan larga, Dios mío, si hubiera tenido dinero..., como otras!” Y una sonrisa velada hizo su aparición un

instante en sus labios morados. "Cuartos. Eso es lo que hace falta en la vida. Quién los tuviera. ¡Ay, si yo heredara del tío Urbano!"

Ya toda la tarde se la pasó soñando. No era la primera vez. Pero esta vez fue algo más. Mientras veía desde su cama turca como caía la nieve, ese firmamento claro tan prodigiosamente en movimiento, pensaba. Extraño es decir, pero pensaba en cosas sublimes, medio incomprensibles, pero buenas, algo trascendente, de otro mundo, tal vez el paraíso prometido. Hasta dejó de tiritar. Parecía hacer menos frío. ¡Ay, si tuviera ella dinero! ¡ Si el Buen Dios lo consintiera! Lo primero que haría es irse de ese piso. Y viendo aquellas cuatro paredes sucias que la rodeaban, se dijo que ésa era la causa de su misfortuno, aquel cuarto; por eso había tenido ella esas riñas con Lucio, esos disgustos. ¡Si tuviera para alquilar otro más grande y elegante y limpio, como otros tenían, Gonzalo y Anamari, por ejemplo! "¡Mira como éstos dos no riñen!" Sí, lo primero que haría, si pudiera, es escapar de allí, del piso, aquella casa y aquel barrio. Lo bien que le había ido a Serafina, que le habían dicho que tenía un piso hermoso. Y luego compraría perfumes y se teñiría el cabello de rubio, y se cuidaría bien el cutis, y la figura, para que no dijese que era un saco; que ella también había sido muy guapa. Más que su prima. Y mira ahora. Que la llevaba su prima cuatro años, y parecía a su lado una pollita. Desde luego, que si el Señor le concedía esa intención y heredaba y se hacía rica, pues que se compraría muchas alhajas y vestidos; y viviría mejor y se iría para el veraneo a Santander.

-O a ver a mis hermanas, boba - se dijo -. Que ya hace muchos años que no las veo, sobre todo las de Barcelona.

Sí, viajaría, si Dios lo quisiera. Que ya estaba bien de permanecer siempre aquí encerrada. Y además, que debía ser tan lindo eso de ir en tren, y ver muchos lugares y tantas cosas. Seguro que había por ahí sitios preciosos, y no la mierda esta de Valladolid, las casas tan raquíticas. "Dicen que hay unas casas muy altas en Madrid, que tiene una que doblar el cuello para poder ver el último piso: casi dos veces como la catedral. ¡Pues vaya! Mira que no tienen que ser altas esas casas."

¡Ah, y también iría al cine! Eso es lo que le gustaría más, tener dinero para ir al cine; y que le habían dicho que había unos cines muy bonitos en Madrid con luces de colores. Eso sí que lo haría. Iría con su Lucio.

Y así, calculando, viajando en su imaginación, vino a pensar en algo que le había dicho su marido antes de la guerra, durante el bienio negro. Estaban pasando entonces una mala temporada y andaban muy mal de dinero, y él le había chillado, desesperado, que no podía más, y que si las cosas continuaban así que no tendrían más remedio que dar el traspaso, y coger él el portante e irse con sus hermanos a la Argentina, en un barco, que con ello sacarían al menos para su pasaje; y que luego él les mandaría llamar, para que emigraran también ella y los mellizos.

-¿Era Argentina o América?, ¿qué es lo que dijo? – se preguntó -. ¡Oy, si soy más burra, que me olvido ya de todo!

Recordaba que habían salido sus cuñados de un sitio que le llamaban Vigo. Que aquello había ocurrido en el veintiseis, el mismo año que se casaron ella y Lucio. ¿O era el veintisiete? Había oído decir a su marido que a eso lo llamaban “cruzar el charco.” Pero no sabía más.

-Seguro que ya son muy ricos y que han echado coche – se dijo. Había oído decir que la Argentina esa era muy rica, y que allí no faltaba el pan, ni trabajo para los obreros, ¡qué suerte!

Soñando, pues, en la abundancia y el dinero, y en el número infinito de abiertas posibilidades, si sólo Dios lo consintiera; y dándole la vuelta al globo en su imaginación, vino a caer de nuevo en los dolores de la guerra, **otra** guerra. Había oído decir a la lechera (que ahora era parienta suya, pues su hija estaba casada con Santiago) que había una guerra muy mala y muy grande en un lugar que le llamaban Rusia, y que estaban muriendo muchos; y una señora había dicho llorando que a su hijo se lo habían llevado voluntario para luchar contra los rojos.



### CAPITULO 3

Había recibido la víspera la visita de su primo carnal, que venía a hacer un mandado de su esposa, regalos para los mellizos. Fue muy majo el primo, que incluso se quedó una hora en el piso para hacerle compañía, y dijo que la encontraba muy bien y que no había envejecido. De nuevo preguntó por Lucio, que qué tal iba, y que si tenía trabajo. Y hasta le dio un enchufe; que dijo que conocía muy bien al jefe de una sección del municipio, y que fuera Lucio a visitarle, que le harían caso. Escribió en un papel el nombre de este amigo, ‘camisa vieja’ como él, que tenía mucho poder; que no lo dudase. Sacó de su cartera Gonzalo una tarjeta de visita, y se la pasó a ella; que la enseñase Lucio, y que le dejarían entrar, y luego ya, que preguntase por el jefe de sección, su amigo. Seguro que sacaba un puesto en la limpieza; ¡con la de nevadas que habían caído últimamente!

También había hablado Gonzalo de esa otra guerra. Ella no le entendió muy bien; y él usaba ese tono comedido y triste que había notado en él desde que vino herido del Ebro ese. Ahora era una guerra en Rusia. O en Alemania. No estaba segura. El amigo ese del ayuntamiento había estado en ella; y había dicho que estaba el gobierno repatriándolos a todos, los de la División Azul y los trabajadores voluntarios. Habían muerto muchos. Algo que le llamaban la batalla de Estaligrá, o Estalingraz, peor aún que la del Ebro, le había dicho su primo.

-Son los rojos – suspiró Dorotea, pegadita a la compuerta del balcón -. ¡Hay que ver, qué de sufrimientos!

No sabía mucho lo que decía, pues era cada vez más difícil para ella concentrarse en las cosas, las ideas. La guerra una de ellas. “¡Oy, si estoy volviéndome muy torpe! Como una burra – pensó -. Y ya ves, antes sabía todo eso muy bien.” Y ni siquiera se acordaba si había sido roja o blanca durante la Cruzada.

-Que Dios Nuestro Señor les proteja, unos y otros, buenos y malos – se puso a rezar -: Avemaría purísima sin pecado concebida...; y que no sufran tanto por esas

tierras como hemos sufrido nosotros, que las guerras es lo que pasa, que no traen más que odios y dolores y muertes, y siempre pagan justos por pecadores, ¡ay, pobres criaturicas, los niños!... Santa María Madre de Dios ruega por nosotros... - estuvo así rezando por un buen cuarto de hora. Luego se cansó. Recordó que Gonzalo había traído un paquete, y que todavía quedaba algo. Se metió una golosina en la boca.

-¡Jesús!, ¿estarán pasando hambre, en la Rusia esa? No, Lestaligrá, eso es lo que dijo. – (sus ojos eran todo concentración) - Pues no sé cómo, porque yo he oído decir que en LArgentina dicen que se come bien. Que allí es donde se fueron los hermanos de Lucio. Y que estaba muy bien todo aquello. Mírales, ahora haciendo guerras. ¡Qué lástima, qué bestias de hombres!

Se metió otra galleta María en la boca. - ¡Ay! – exclamó -, ahora lo recuerdo. Era Buenos Aires. Anda que no deben de estar lejos esa tierras; conque dice Lucio que lo menos mil veces de aquí a Tordehumos, ¡jurupa!

Después de haber ido a hacer sus necesidades al retrete, se tumbó en la cama turca, esta vez bien metida bajo un par de mantas de estopa que le había procurado la sobrina Sera de los campamentos de la Sección Femenina. Y al cabo bajó los párpados. Estuvo soñando, medio dormida, que había vuelto a Tordehumos de Campos, y que no había luchas ni guerras, sino mucha faena y mucho de comer. Iban a empezar allí una nueva vida, Lucio y ella juntos, y que estaban lejos del dolor y la miseria de la Calle de las Angustias. Ya no se equivocaría nunca, sabría escoger, tendría mucho cuidado de lo que hacía de ahora en adelante, se adaptarían a la vida de pueblo y todo les iría mejor... ¡ay, si solamente no bebiera él tanto!

Se oyeron nuevamente las campanas de la catedral, sacándola de su estupor. - ¡Vaya por Dios! – se dijo -, las seis, y yo todavía sin encender la lumbre.

Se dirigió a la cocina, y mientras prendía fuego a unas astillas, sin encender la luz para no gastar electricidad, oyó que llegaba de la calle el ruido de una sirena, y pensó: “Una ambulancia. Alguien que se ha caído en la nieve. ¡Dios quiera que no

le pase nada a Lucio, que no estamos para ambulancias y gastos. Y en sus ojos, vidriosos con grandes ojeras negras, aparecieron unas lágrimas.

Lucio fue el primero en llegar aquel anochecido. Por una vez venía sobrio. Apareció abriendo la puerta cabizbajo y encogido, ocultos sus ojos de fiebre trás de unos lentes empañados de humedad. Se había pasado cuatro horas tratando de hallar al delegado ese, amigo del primo, y no había logrado verle: o bien no estaba efectivamente el señor ese, o que no le habían creído, o que no había sabido explicarse él bien.

-¿Pero enseñaste la tarjeta de Gonzalo pa que vieran; di, la enseñaste?

Lucio se encogió de hombros. – Sí. La enseñé.

A continuación vinieron los mellizos, con mucho hambre. Como habían cumplido los trece años, ya no les daban de comer en el Auxilio Social. - ¡La cena! – en seguida gritó el chico.

-Pues tardarán en estar las judias, hijo – le respondió la madre, añadiendo -: Así que si tiés hambre te aguantas.

Envió Dorotea a la niña, que era la más obediente, a casa de las primas de la Fuente Dorada, a ver si les había sobrado algo de los huéspedes de la comida del mediodía, aunque nada más fuera unos mendrugos de pan. – Y de paso te pasas por la taberna a que te den tres cuartos de tinto. Toma – añadió, pasándole la botella y un duro -, y que te los den bien servidos.

El pobre Lucio, que había hecho un esfuerzo y un sacrificio enorme, todo el día a seco, dando patadas aquí y allá, en vista de que no estaba la cena, volvió a enroscarse la bufanda al cuello, y se fue despacito del piso, sin decir esta boca es mía. Así que tomaron la cena solos la madre y los dos hijos, después de haber apartado unas alubias para el cabeza de familia, por si llegaba con hambre de vuelta de la taberna.

No habían acabado de cenar cuando oyeron unos pasos en la escalera. En seguida se vio que no era Lucio: su paso era más vacilante, y éste era firme, poderoso, que hacía crugir el viejo entarimado.

De hecho Dorotea sabía muy bien de quien se trataba; lo que no le impidió que al instante corriera a la mirilla para cerciorarse. La entreabrió un poquitín, y llegó a tiempo de entrever la abultada silueta del señor Argamesilla, ya de espaldas, dirigiéndose pesadamente al tercero. - Pobre doña María Cristina – dijo -. ¡A lo que ha llegado este hombre! Esta Juanita haría pecar a un santo.

-¡Tú sirve la cena, bruja! – chilló Lucito, sacudiendo la cuchara en la mesa, tal como le había visto hacer al padre.

-Pues no hay más que lo que ya has comido, tragón – le respondió la madre.

Momentos más tarde oían en el techo del cuarto el paso acelerado de la vecina, con sus tacones altos, moviéndose aquí y allá. “Está sirviendo la cena - se dijo Dorotea, y pensó compasiva en su señorita - ¡Ay, qué hombre! Lo que la hace sufrir.” Y cuando los mellizos estaban ya durmiendo, cada uno en una cama, se quedó pasmada escuchando el ajetreo de la alcoba del tercero, el ruido del muelle, el movimiento imaginado de los dos cuerpos encima del colchón.

Lucio no volvió al hogar hasta bien entrada la noche. Entró con las manos en los bolsillos, tiritando y encogido. Se quitó la americana empapada y se quedó, tambaleándose, con ella en la mano. – No te enfades mujer – dijo, reconciliante -, hacía un calorillo... que no lo pude resistir. - Aunque había bebido, y se veía, su actitud no era de guerra ni de voces. Soltó la chaqueta encima de una silla y otra vez dejó caer los brazos, y encogióse de hombros a manera de explicación, casi pidiendo perdón.

-¡Ay, qué desdicha, qué desdicha! Este hombre. La carga que me ha caído. Qué cruz me ha tocao llevar toda la vida – se lamentaba Dorotea, fuera de sí. Aunque su intención era no alzar la voz, ya le era tan natural el vociferar, que le salían las palabras siempre a gritos (hasta cuando charlaba con las vecinas en el

corro de la plaza, lo hacía chillando, para que se enterase todo el mundo, una voz ya ronca y sumamente desagradable.)

-D... Doro, por favor.

Dándose ella cuenta de que su marido estaba temblando, se sintió aún más vengativa, y le gritó: - ¡Así te quedarás ahí muerto! ¡Pa lo que vales!

Él se volvió hacia la cocina, las manos en los bolsillos, y se pegó al fogón, que hacía horas que estaba apagado. Al cabo, agarró el puchero en que le había dejado su mujer las alubias, y con una cuchara de madera lo arrebañó lo mejor que pudo, chupando luego la cuchara por un rato. Tornó a entrar en el comedor, sentóse en una silla, y medio extendiendo un brazo en la mesa, se dispuso a dar una cabezada.

-Dime, bandido – exclamó la mujer, cada vez más agresiva -, ¿Te has gastao el dinero, que yo gano, en la taberna?

-D... déjame en paz – suplicó él, su cabeza reposando en el brazo.

-Pues ¿qué?

-N... no era **tu** dinero. Eso me lo pués creer. – El pálido resplandor de la bombilla daba de pleno en la rizada cabeza de nieve del marido (aunque sólo tenía cuarenta y dos años, su cabello era blanco ya desde la guerra.)

-¿De quién, entonces, era ese dinero?

-Ya te he d...dicho que no tuyo.

-Pues ¿quién es la única que lo gana en esta casa?

Tenía Lucio las gafas en una mano, en la mesa. Eran tan estrechos sus ojos que casi no se le veían las verdes pupilas, antiguamente tan bellas. Apareció a cada

lado una lágrima. – Do... Doro, no meches en cara el que no tengo trabajo, t... te lo suplico.

A lo cual respondió Dorotea, igualmente llorando: - Si fueras otro hombre, encontrarías trabajo..., que todos lo encuentran y... y ya sabes que Gonzalo lo ha dicho mil veces, que...

-Gonzalo. ¡Hostias! N... no me lo mientes más – le cortó el marido, y en seguida, cálmandose otra vez -: Si no sirve p.. pa nada su recomendación.

-Pero, Lucio – interpuso ella -, si me ha dicho que conoce muy bien a ese señor: son amigos íntimos. Si eres tú, que no sirves ni pa eso. ¿Es que no pués hacerte ver y llegar hasta ese camisa vieja?

-Vete a la mierda.

-Lucio – dijo ella, menos agresiva, más triste, aplastada, se diría, por una fuerza inmensa, superior, una calamidad que les llegaba de lo alto, los Cielos, y que era absolutamente incapaz de comprender o tratar de contrarrestar -. Pero Lucio, por el amor de Dios, tú dime, ¿cómo vamos a salir de este atolladero?

-Ya te he dicho que me dejes, que me dejes..., q...que me dejes solo.

-Sí, dejarte te dejo. Te dejo – sollozó Dorotea -; pero a ver con qué dinero vamos a pagar lo de la tienda esta semana, que aún debemos lo de la pasada y... y no me atrevo a ir ni a por las raciones de las cartillas, conque fíjate.

El pobre exebanista ni se movió ni dijo nada.

-Y tú – prosiguió Dorotea -, gastándotelo en la taberna.

-¡Me cago en la hostia! – se levantó el marido -. N... no te metas con la taberna, que la taberna no se ha metío contigo. - Y añadió, pensativo -: Pos si q... quiés dinero..., vende los cupones a las estraperlistas.

-¡Ay, ay, ay, ay! ¿Eso es lo que propones? – respondió Dorotea, acalorada -. Y luego pal vino y el fumeo, ¿eh?, ¿cómo vamos a comer, dime, si vendemos lo de las cartillas? – Y en voz implorante, haciendo un esfuerzo para no elevar la voz -: Y ayer el administrador..., que como no paguemos que nos van a deshauciar. ¡Ay, Virgen Santísima!..., ¿y a dónde vamos a ir?

-Pos que nos echen, que... que nos echen a la calle, y que nos vayamos t... todos al carajo. Así os muráis de hambre y de frío, ¡mierda!, tú y tus hijos, hijos... hijos de puta que son..., tú bien lo sabes. ¡Z...zorra, más que z...zorra, quieres una z... zorra y siempre lo has sido!

-¿Cómo te atreves?

-Pos matrevo, sí, matrevo. Anda, no m...magas que me cabrée – expectoró el marido, agarrando un cacho de escoba que encontró al lado -, porque si t... tempeñas te lo digo a palos, quieres una z...zorr... zorra, zorra y... y verás como descargo esta vara en el culo ese gordinflón que tienes q... que tago ver las estrellas, cochina puta. A ver si a palos te entran las cosas.

Dorotea que le vio venir tan excitado, pasó inmediatamente a la defensiva: -Y... porque dices que ese dinero no era el mío, di, que tás gastao en la taberna? Pues si no has encontrao trabajo, ¿de dónde lo has sacao? ¡Oh, Lucio, Lucio, majo!

Desarmado, el marido dejó caer el palo, y se volvió a sentar, esta vez completamente abatido, las gafas otra vez en el puente de la nariz, los brazos sueltos inertes a los lados de la silla, tocando el borde de la mesa con el pecho hundido, temblando. - ¡De dónde lo voy a sacar!

-¿Dónde, pues ? – volvió a inquirir la esposa, acercando la cara, que casi le tocaba, de manera que le hacía sombra con su cuerpo abultado.

Él torció un poco el rostro, haciendo una mueca horrible, y contestó: - Lo pedí.

-¿Lo pediste? ¿A quién? ¿Qué quíe decir eso, lo pediste?

La mirada fija en ese rostro redondo, que antes era oval, que había él tanto amado, respondió, llorando: - P... po... pos eso, Doro, guapiña.... Lo pedí ahí, en... en... en la catedral, por eso.

Un grito desgarrador salio del pecho de Dorotea. (No ignoraba, por habérselo ya dicho las vecinas, que el Lucio andaba esos días pidiendo limosna como un pordiosero, lo sabía: su esposo había caído muy bajo. Pero oírlo ahora de sus propios labios, una confesión así, era más de lo que una mujer honrada podía soportar. Había esperado tal vez que las otras estuvieran equivocadas, que era otro, no su Lucio, el que andaba pidiendo , y que la estaban mintiendo para hacerla sufrir, que no era verdad que su hombre era un pordiosero. Con gestos teatrales y voz implorante exclamó -: ¡Pero Lucio! ¡Oh, Lucio! ¿Tú? ¿Tú, pedir? ¿Te has hecho un mendigo? ¿Has pedido limosna?, ¡tú! Pa que se rían de nosotros. ¿No te avergüenzas?

Otra vez los ojos del hombre se llenaron de lágrimas, lágrimas gordas, abundantes, que le caían como perlas por detras de los lentes. Miró hacia el rincón de la cama turca, donde su hijita parecía estar mirándole, despertada con los ruidos y las voces. No pudo más, apretó los párpados y dio con su nariz abultada de borracho en el antebrazo y estuvo así un rato, deshaciéndose en llanto -. ¿Y qué... quíes que le haga? – dijo al cabo con voz entrecortada, estremecedora -, cuan... cuando uno lleva meses y meses sin trabajo... ni esperanza de encontrarlo... cuando está uno agobiado y... y agotado de dar tantas patadas buscando, preguntando aquí y allá, tratando de encontrar una ayudita... una mano amiga... una sonrisa..., q... que le dejen, que le dejen a uno al menos entrar, ver, presentarse y que pueda uno hablar, sólo hablar, implorar, pedir que le den empleo..., que le den una chapuza... al...al... algo, algo, algo...; que no le abandonen así.... Doro, guapiña, cuando uno tiene hambre y sed y frío y la desesperación en el alma, ¿no sabes?... y el horror ese de ver que nadie le quiere, qués despreciao por tol mundo. Un hazmerreír, nada más.... Los amigos, los parientes, la esposa, los hijos.... Tú dime a mí, Doro, ¿qués lo que pué uno hacer? ¿Qué quíes que yo haga? Dime, ¿qué otra cosa que b...beber un traguíño? Y pa eso se necesita dinero, ¿no?....



Y... y ¿qués la vergüenza de pedir limosna, cuando uno lo n... lo necesita, realmente, Doro?.... ¿Qué otra cosa que ir al atrio de una iglesia y... así... sí... estender la mano...? - No pudo terminar su discurso, que había empezado ya en un estado lamentable, temblando y llorando, y hasta que le llegó la tos, un ataque que duró unos minutos, una tos hueca, horrible. Cuando terminó el espasmo, los ojos todavía rojos de enfermedad y de angustia, se alzó de la silla despacito, y entró en la alcoba, se quedó en calzoncillo y camisa, y se metió en la cama junto a su hijo, que dormía como de costumbre como un tronco.

Y esta vez, la pobre dolorida esposa no se atrevió a añadir palabra.

## CAPITULO 4

El templo en que Lucio Muñeiro y sus comparsas adoraban regularmente al Altísimo, tomando religiosamente abundantes libaciones al efecto, no era ni católico ni protestante, ni ortodoxo ruso o griego, y ni siquiera era judío o moro, que también éstos, según tengo entendido, adoran a un sólo dios verdadero. Era, pues, un templo pagano de pura cepa, con un multiplicidad de divinidades, aunque a una sola adoraban los comparsas, que era el dios de los antiguos romanos, llamado Baco, el Pan de los helenos. Estaba sito este templo en el mismito centro de la ciudad, allí donde hay una plazuela triangular llamada de la Fuente Dorada, que está situada a tiro de canto de la Plaza Mayor, una irregular plazuela (la de la fuente) con soportales en dos de sus tres lados, que el otro consistía en edificios de normal fachada, por así decirlo.

En la parte porticada de esta plazuela más cercana a la Plaza Mayor, conocida por el nombre de Acera de San Francisco, se hallaba un pasaje muy oscuro y pequeñito llamado Callejón de los Boteros. Las casas en esa parte de la plazuela eran todas iguales, con tres plantas de balcones idénticos, cubiertas todas ellas por un largo tejado de terracota, con sendas ventanas retranqueadas, correspondiente cada una a una línea (de arriba a abajo) de balcones. Abajo estaban los soportales o porches, de manera que las fachadas sobresalían, con respecto a las tiendas y portales como cuatro metros. Sostenían estas sobresalientes fachadas grandes columnas, de piedra en su mayoría, pues había dos o tres que lo eran de madera. Las bases de estas columnas eran bloques cuadrados de piedra, y los capiteles, de tipo dórico, eran del mismo material, salvo donde las columnas eran de madera. De madera igualmente eran las vigas, de columna a columna, que sostenían las fachadas, así como los travesaños.

Allí, pues, comenzaba el diminuto Callejón de los Boteros, cuya única entrada más parecía un zaguán que otra cosa. Era un callejón sin salida. Primero había un espacio techado, como si se entrara en un tunel; luego se pasaba a cielo abierto, aunque esto de abierto es un decir: se veía, sí, el firmamento azul allá en las alturas en el buen tiempo; pero era un cielo pequeño, lejano, circunscrito, ajeno a todo lo que podría interesar a las multitudes, especialmente hombres, que continuamente

entraban y salían del lugar. Pues allí lo importante, lo que daba el tono, no era vistas o paisajes, sino un vinillo famoso, excelente y barato, el cual directa o indirectamente daba un olor acre y malsano al lugar ; y el sol, cuando lucía en el firmamento, nunca bañaba más que la última planta de uno u otro lado del callejón. El vino se hallaba, en su estado puro, en el interior de una taberna que había a mano derecha nada más entrar en el callejón. Era esta taberna, pues, el templo de que venimos hablando, donde se reunían y hacían sus libaciones nuestro Biciqueta y sus compadres; a saber, el Tuerto, el Cabo, el Repelente, Chucho y tantos otros.

Al final de este corto callejón sin salida había una especie de taller, donde operaban unos artesanos que producían de cuando en cuando un ruido como de batanes. Eran los señores boteros que daban el nombre al callejón. Es decir que manejaban estos dignos artesanos unos pellejos de buey que estaban destinados a contener mucho vino, después de ser bien cosidos los cueros y ser tratados en su interior con pez.

Era la taberna del Callejón de los Boteros un lugar amplio hermoso, donde entraban holgadamente más de un centenar de adeptos de la secta, elementos de varios estamentos sociales, aunque mayormente obreros y gente baldía que a veces pedían en las calles para sacar unas perras, fueran o no fueran lisiados, con que suplementar jornadas y salarios, y luego tener más para gastarse en vino. Aquí practicaban copiosamente los parroquianos eso que en otras religiones se llama "la comunión de los santos": es decir, que comunicaban libremente unos con otros, hablando cada uno de sus cosas, sus sentimientos, emociones, pesares, amores, o más comúnmente sus odios: confidencias que eran recibidas por todos los demás con muestras de entendimiento, afecto y simpatía; como en las demás religiones, eran gentes afines las que constituían esta secta, ancianos que no tenían donde caerse muertos; lisoados y semilisiados; profesionales del ocio y de la "buena" vida, y hombrones que dábanse unos a otros golpes, cachetes, abrazos; y donde gozaban todos del calorillo de la amistad que no podían encontrar en otras partes. "¡Venga, macho, bebamos!"; y la repartición de las riquezas en sus estado más puro, para que no se quedase nadie sin hacer sus libaciones.

Otra particularidad de los parroquianos de este templo era el ser todos del sexo fuerte, hombres de pelo en pecho. Aunque no quiere esto decir que allí no entrara **nunca** un elemento del otro sexo, o débil. En efecto, algunas veces, hacia el mediodía, veíanse las criadas y amas de casa que, entrando con una botella vacía de Anis del Mono (o de la Asturiana) en la mano, la plantaban en el sucio y maloliente mostrador, y esperaban a que el tabernero la llenase de blanco, tinto, clarete o lo que fuera. Luego desaparecían las féminas sin que se dieran mucho cuenta de todo ello los parroquianos machísimos.

Entre éstos parroquianos hallábase un individuo, a quien llamaban el Cabo, que había hecho la mili en África, lo cual le había marcado para la vida. En efecto, había sido testigo en Melilla de los horrendos crímenes del Ejército, cuando se sublevaron Franco y otros altos mandos, el viernes 17 de julio de 1936. Al día siguiente, pasó a la Península con las tropas facciosas, que fue lo que luego se llamó el Alzamiento. Pero durante todo el día el diecisiete había estado viendo, aterrado, cómo los rebeldes diezmaban las tropas de varios regimientos de la plaza, a fin de sembrar el terror y hacer que nadie entre las gentes del pueblo, es decir, los soldados rasos, opusiera la menor resistencia al levantamiento traidor. Nuestro personaje, Darío Vargas de su verdadero nombre, perdió en aquellas pocas horas toda su fe en los militares, y en la patria y en todas sus instituciones, que fueran religiosas, militares o civiles, pues todas contribuyeron al baño de sangre que siguió. Y, a la primera de cambio desertó y se pasó al ejército republicano. Y fue allí donde luchó y llegó a ser cabo de primera, exactamente el grado que alcanzó otro de los fieles del templo del Callejón (aunque éste lo fue del bando contrario, de los que ganaron la guerra.)

Darío Vargas, el Cabo, era alto y rubio, a pesar de ser andaluz y medio gitano. Cuando se afincó en Valladolid, después de haber pasado una temporadita en un campo de concentración de la provincia de Burgos, encontró en seguida trabajo en la compañía del gas y devino farolero; es decir, que andaba por las calles al anochecer, con un chisquero en el bolsillo y en el hombro una pértiga que tenía en un extremo una lucecita azulada; se paraba delante de cada farol, lo alumbraba, y con la música a otra parte.

Aquella mañana, ya desde hora temprana, se habían hecho muchas libaciones en aquel templo famoso, y tal vez ello fue la causa de que se produjera entre los dos excabos una riña acalorada de la que al menos uno de ellos se habría de acordar ya el resto de su vida. Iba a venir al día siguiente, a la hermosa y monumental ciudad, Su Excelencia el Jefe del Estado, y el alcalde había ordenado que habría dos días de fiesta. De aquí que hubiera, ya a mediodía, una abundancia de embriagados en aquel santo lugar.

Aconteció que estaba el Cabo hablando de "las cosas que había visto en tierras de moros." Y el también cabo de primer, Chucho, lo tomó a mal. Hablaba el Cabo de la belleza del paisaje africano, de las diferentes ciudades que había visto, de los grandes ojos negros de las musulmanas, de la hermosura de las rameritas hebreas, de las cuales había amado él no pocas. Le miraban sus oyentes con la boca abierta, envidiosos de lo macho que era "este Vargas," que había recorrido tanto mundo y poseído tantas hembras. Y cuando relató que los moros que morían combatiendo por su fe recibían en el paraíso un regalo de veintemil vírgenes cada uno, para que se fueran divirtiendo y pasando el tiempo, aquello fue la apoteosis. Todos querían hacerse moros.

Hasta que se cabreó el Chucho. El Repelente trataba de calmarle. Así, cada vez que el Chucho soltaba una risotada, con intención de ofender al "conferenciante", le decía el amigo Vicente que aquello no tenía importancia, y que también el Caudillo quería mucho a la gente moruna, y que pronto le iban a ver desfilando con sus moros en nuestro mismo Valladolid. Trataba de calmarle también el Lucio, cuando no estaba tosiendo como un tísico. Pero Chucho mantenía el ojo avizor, murmurando entre los dientes. Quería estar seguro de que no se sobrepasaba el Cabo, que compartía con sus propios amigos una mesa contigua. Luego pasó Vargas a hablar de las mezquitas. En ellas (decía) la entrada estaba reservada a los feligreses de sexo masculino, los cuales, a una cierta hora de la tarde, se ponían de rodillas, en formación de a cinco, todos mirando en la misma dirección, y hasta que, tocándose la frente con los dedos, daban con sus cabezas en el suelo, rezando en su propia lengua a Dios Nuestro Señor, que allí le llamaban Alá.

-¡Hala! - el Chucho soltó una sonora carcajada, al tiempo que daba con sus botas de barrendero en el suelo, con evidente mal humor. ¡Que no le hablasen a él de herejías morunas! ¡Le hacían vomitar las tripas!

El Repelente, el Bicicleta y otros que con él compartían su mesa de nuevo trataron de clamarle. – Chucho, mira bien – decía el señor Vicente – que eso no tiene importancia, que hay moros y moros, y algunos son muy católicos. Si no, ya te he dicho que el Caudillo entrará mañana en la catedral rodeado de su Escolta Mora.

El Chucho no dijo nada, y continuó mirando a su enemigo por el rabillo de un ojo. Y vio que esas cosas de los moros comenzaban a interesar a muchos de los concurrentes. Había entre estos un enano oriundo de Simancas, que no había salido en su vida del espacio comprendido entre esta cabeza de partido y la capital. Cosme, que así se llamaba, no podía creerse que hubiera en el mundo tales maneras de venerar al Altísimo, y pidió, un tanto imprudentemente, que el Cabo les hiciera una demostración. Para estar seguro de que el farolero accedería a su petición, ofreció pagarle una bebida. (Hay que decir que el Cosme era relativamente rico: tenía una voz muy bonita, y cuando se ponía a cantar villancicos en el mercado o a la entrada de una iglesia, tan chiquitito y con esa voz dolorida de soprano, las beatas le daban muchas perras; perras que él ahorraba “para sus vicios”, pues la comida siempre le resultaba gratis: como era tan diminuto, se paseaba alrededor de los puestos en uno u otro de los tres grandes mercados de la ciudad, y cuando los tenderos, que apenas le veían los ojos, se descuidaban un poco, alzaba él la zarpa y metía en su saco una pieza de lo que fuera.

-Tú ¿qué quíes beber? – le pregunto a su amigo el Cabo -, que invito.

-A mí tráeme un chupito de lo caro – contestó el Cabo, que no era la primera vez que bebía a costa del otro.

Se dirigió el enano al mostrador, volvió con un clarete y una cazalla de marca, bebieron los dos, y el Cabo reanudó la plática. Como media docena de parroquianos le escuchaban ahora, unos sentados, otros de pié alrededor de la mesa.

El Chucho silbaba, impertinente, amenazador, mientras su amigo el Bicicleta tosía cubriéndose la boca con los dedos, y el Cosme insistía que quería ver como era aquello de rezar a lo moro. Vargas pidió voluntarios, pues era mejor – dijo – si se hacía la muestra con varios fieles a la vez.

Se pusieron tres de rodillas (el conferenciante, el Cosme, y otro más), y empezó Vargas a lanzar al aire un serie de chillidos incomprensibles que todos tomaron por rezos en lengua arábica, y a continuación los tres dieron con sus narices por tierra.

Era más de lo que el Chucho podía soportar, él que era tan devoto de la Santa Virgen, delante de cuya imagen se postraba cada día de aquella misma singular manera. Arremetió contra los falsos profetas, gritando: - ¡Me cago en Dios! ¡Yo no consiento estas herejías!

Al primero que atacó fue al enano, a quien propinó una tan formidable patada en el transportín que poco menos que lo envió volando por los aires. Endiño un segundo golpe al otro voluntario, echando pestes contra los moros y otros tullidos de cuerpo y espíritu. Pero el Cabo se había ya levantado cuando se le acercó el otro por detrás; y con una bravura que nadie hubiera ni sospechado, se dirigió al imponente barrigudo Chucho, dispuesto a estrangulale o sacarle los ojos.

En un abrir y cerrar de ojos, se interpuso el Repelente, diciendo: - Es sólo un juego, Chucho. No te pongas así. Que esto no es ofender a Dios ni nada que se lo parezca, te lo juro. Y si quieren saber de cosas morunas, con su pan se lo coman.

De una manotada apartó el Chucho a su amigo, que tuvo la suerte de caer sentado en una silla. El Cabo entonces, aprovechando el consecuente descuido de su enemigo, le agarró el cuello con ambas manos, llamándole “hijoputa”, “cabrón” y otras cosas. Bastó que Bigarreta le apretara con dos dedos su nariz aguileña, haciendo torniquete, para que soltara Vargas la presa; y con un empujón de la panza envió al farolero redondo al suelo. Cogió el panzudo a continuación una sucia botella que había en una mesa, con una vela en el cuello (para cuando cortaban la luz), y con ella en el puño se lanzó, borracho perdido sobre su contrincante, el cual esquivó el golpe rodando ágilmente por el suelo, haciendo con ello que se rompiera el

barrendero la crisma en las baldosas, al mismo tiempo que saltaba la botella hecha añicos.

Al ruido acudieron los guardias de la patrulla, que probablemente habían entrado en el callejón con intención de tomarse unos chatos a costas de Juanito el tabernero. Inmediatamente sacaron las pistolas y dieron voces de que no se moviera nadie. Allí habían asesinado a un hombre y era necesario arrestar al criminal antes de que saliera corriendo, pues en el suelo aparecía ahora el Chucho extendido en decúbito prono cubierto de sangre.

Al cabo se llevaron los "grises" al Cabo a empellones, anunciando severísimas penas que sirvieran de escarmiento a "otros vagos y maleantes." Y todavía se agravó más la cosa cuando salían de la taberna los guardias con el reo por la puerta grande hacia el callejón. Había en aquel lugar (como en todo otro sitio público) un retrato de Su Excelencia el Jefe del Estado. El Cabo, pensando congraciarse así con el régimen, se deshizo del abrazo de los guardias, y se cuadró militarmente delante del retrato. Como estaba completamente embriagado, empezó a decir una serie de tonterías, imitando la voz afeminada del Caudillo: - "¡ Franco, Franco, Franco! – decía - ¡Arriba España!" Lo tomaron a burla los guardias, alguien en la audiencia dijo que "se estaba injuriando al Generalísimo", otros dijeron que "había llamado el Cabo al Caudillo marica", y los guardias preguntaron que dónde estaba el tabernero, para que diera fe de todo aquello. Al instante, se presentó este sumo sacerdote, con su blanco lienzo en el hombro y el negro mandil que apenas le cubría su enorme barriga, y uno de los guardias dijo:

-Vamos a levantar acta. Va a hacer usted de escribano.

Sacó Juanito papel de instancia, una pluma y un tintero, y uno de los concurrentes, que sabía escribir, llenó el papel con lo que le iba dictando el guardia:

« Se presenta delante de la Autoridaz un indibiduo que dice yamarse Darío Vargas alias el Cabo a cometido hoy a las tres de la tarde un delito calificado de Injurias al Jefe del Estado despues de a ber sido cogido en fagrante delito de muerte de hombre. »



Pusieron los garabatos de sus firmas los guardías, hizo otro tanto el tabernero, como testigo cualificado, y naturalmente hubo un par de voluntarios que añadieron sus firmas al documento tan contentos.

- Pobrecillo, le va a caer lo menos quince años! – exclamó en señor Vicente, el Repelente.

El Chucho, que se había levantado ya del suelo, y estaba completamente restablecido, trató de usar de su calidad de hombre de derechas para que no le metieran al otro en chirona. Dijo que allí no había pasado nada, que no le había matado nadie, y que no era verdad que el otro hubiera llamado al Caudillo marica. De nada sirvió que se desgañitase.

-Si ha habido muerte de hombre o no, eso es al tribunal de decidir – dijo uno de los guardias -; pero aquí lo más grave es que ha injuriado el reo al Jefe del Estado. ¡Apártese !

Y vieron los parroquianos como salían los guardias a la Fuente Dorada, arrastrando al pobrecillo Vargas, que parecía haber aceptado ya aquel cambio inesperado en su siempre triste y miserable destino. En la plaza había innumerable público, que había acudido corriendo a ver lo que pasaba.

-¡Mírenles!

-Mírele, señora Amparo. Si se llevan al farolero de nuestro barrio, pobrecillo.

-Si le conozco mejor que tú, Doro – respondió la anciana –, y no le llames pobrecillo, que yo sé que es muy malo y un borracho. Y así aprenderá a ser más comedido y más...

-¡Ay, no! Que es muy buenico, de verdaz, que se lo digo yo, que es muy amigo de mi Lucio, que estuvieron juntos en Miranda de Ebro.

-Pues ahora, según man dicho – dijo un hombre que debía ser trapero, por el saco del oficio que llevaba debajo del brazo –, ése va acusao de injurias al Jefe del Estao. Que le va a caer lo menos veinte años.

-¡Ay, Jesús! No diga ustez eso – exclamó Dorotea -, con la falta que hace en su casa, que tiene una mujer y tres hijos que alimentar.

Para entonces los policias armados, y el reo que arrastraban, habían desaparecido en dirección de la Plaza de los Leones de Castilla, donde se hallaba la comisaría del distrito.

Algunos de los parroquianos de la taberna siguieron a distancia a los guardias. Entre ellos se encontraba Lucio, a quien agarró de la manga Dorotea, diciendo.

-Tú déjate, que antes estás tú pa que te atiendan que para atender tú a nadie, borracho, más que borracho.

Lucio, débil de cuerpo, y con menos voluntad que un espantapájaros, la siguió, obediente como un niño.

A la que llegaban al Calderón, bajando hacia la Calle de las Angustias, tuvo el exebanista un ataque de tos tan fuerte, escupiendo y sofocándose todo, que no parecía sino que le iban a salir los bronquios por la boca.

-¡Ay, qué castigo me manda el Señor – exclamó Dorotea -, si vas a volverte tísico! Y si no, al canto. Anda, vente que te llevo al piso, y hacemos unas sopitas de pan y vino pa que te mejores. Questás tol día tosiendo, desgraciao, más que desgraciao.

## CAPÍTULO 5

Fue una noche espantosa. Hora tras hora estuvo Dorotea oyendo esa terrible tos. Y cuando no era el marido, era la hija, que se debatía a su lado en la cama turca en un baño de sudor. Feli llevaba algún tiempo que no estaba nada bien; para empezar, se había quedado muy delgada: comía tan poco que era un milagro que mantuviera alma y cuerpo juntos. Lucito era otra cosa; fuera porque su constitución era de por sí más fuerte o bien que había resultado de un carácter más tranquilo, menos melindre que la muchacha, el caso era que él nunca estaba enfermo; comía de todo y cuanto le dieran: lentejas, aunque tuvieran bichos; el puré de San Antonio, aunque supiera a diablos (la chica decía que la empalagaba, pero él, cuanto más mejor); las alubias, cuando las había, las devoraba, y pedía arrebañar el puchero a los postres; si caían en sus manos un boniato o una batata asada, hasta se lamía los dedos; y de bellotas y algarrobas, no digamos; parecía como si estuviera deleitándose con una golosina; y si alguien le daba un puñado de cacahuetes, él se los zampaba con cáscara y todo, para llenar más la barriga. Todo se lo metía entre pecho y espaldas, sin protestar, ni hacer ningún comentario; el caso era irse a la cama con la panza llena; y si una noche no quedaba nada, o casi nada, con un pedazo de pan mazacote (de esos de miga amarilla que parecían estar hechos de aserrín) y un vaso de agua del cántaro, se metía entre las sábanas y ¡mañana será otro día!, que cuando no se come lo mejor es dormir mucho.

Pero Feli, ¡Madre de Dios!, ésa no. Quería comer como los hijos de los ricos, ¡coña!, carne y pescado blanco; que de las sardinas decía que estaba harta, y que el olor le daba asco, pescado podrido y aceite que apestaba. Como si la merluza y la pescadilla estuvieran al alcance de cualquiera. Y lo mismo todo. Que no había nada a lo cual no pusiera peros: las habas, que le hacían daño; que las patatas cocidas se le pegaban al paladar, ¡como si les sobrara el aceite para hacerlas fritas! ¡Ay, esta Feli, qué pretensiones! No parecía sino que el Señor la hubiera hecho una señorita, y ¡en una familia tan pobre! Una chica tan lista, ¿no se daba ella cuenta? Hija, confórmate con lo que hay, que ya vendrán tiempos mejores, que siempre se ha dicho, que Dios es muy justo y muy bueno, y que aunque aprieta nunca ahoga.

Así que toda clase de pensamientos le vinieron aquella noche a la mente, con la Feli a un lado, empujando con el culo, que casi la arrojaba de la cama turca. En la cena no había probado bocado, y tan grandota ya que era, ¡qué hija! No podía pegar ojo, pensando en ello ahora. Se estaba quedando su Feli como una tísica: ése era el resultado de poner tantos escrúpulos a todo. Ya antes, cuando iban al Auxilio Social, siempre venía ella (al contrario que su hermano) diciendo que no le gustaba aquello. A todo había hecho ascos. El cocido, que si olía a rancho, y que lo traían en una perola negra que, con sólo verla, le hacía vomitar; y lo mismo si eran tortillas de patatas, amarillas como el azafrán, y que ni tenían huevo ni nada. ¡Que no, que se le cerraba la garganta y que no podía y que no podía! Con lo caro y lo imposible que estaba todo, ¡rechazar así una comida caliente que le daba la Falange gratis!, ¡y sabiendo que no había nada en casa! “Esta Feli, qué delicada y que escogida es, si parece una princesa o una señorita de abolengo – se lamentaba la madre, mirando el cuerpecito de su hijita, dormida a su lado, el pulgar derecho en la boca -, si te vas a quedar en la nada de tan escrupulosa que te has vuelto, ¡como si los pobres pudieramos ser escogidos!; anda y mírate al espejo, verás lo chupadita que te estás quedando.

El caso es que Feli habría sido muy bonita si no hubiera sido por el hambre y la miseria que arrastraba la familia ya desde antes de la guerra; y ello a pesar del ligero estrabismo que le había quedado con el sarampión. Tenía unos ojos grandes verdes ; el cabello castaño ondulado; aunque chupada y con ojeras, su cara era atractiva, y el cutis, en lo que cabía, era fino y bien proporcionados sus rasgos; la frente alta, y el cuerpo estirado. Con todo, por lo que fuera, a primera vista, como mujer, dejaba mucho que desear.

Durante aquellos terribles meses del principio del cuarenta y tres, la tos de Feli fue en aumento de día en día, y su salud se deterioró considerablemente. Fue tan malo aquel invierno, y hubo tantas enfermedades y muertes prematuras en todas partes, especialmente entre los adolescentes, que incluso los dignatarios del régimen tuvieron que admitir: « Tenemos agobiado el corazón por el peso terrible de tantas necesidades y tantas miserias como padece nuestro pueblo. Las cifras estadísticas son singularmente impresionantes en tuberculosis y mortandad infantil. Porque tiene nuestro Movimiento defectos que no podemos corregir mientras por los caminos de

nuestra magistratura se nos quiera minar el terreno por hombres dispuestos a ofendernos sobre un mar de sangre. Se trata de un imperativo histórico ineluctible, y quiérase o no, por encima de todo, la Revolución al fin se hará. La voz de las primeras Centurias, la voz de la Falange y de las Legiones, para que formen oro perenne en nuestra conciencia, con su existencia harán que no desfallezca nuestra fuerza en las batallas de hoy y de mañana. Por el triunfo de nuestra empresa de siempre, la Unidad, la Libertad, y la Grandeza de la Patria ¡VIVA FRANCO! ¡ARRIBA ESPAÑA! » El autor de esta retórica era el cuñado del Caudillo, señor Serrano Suñer, segundo del régimen y Jefe del **Movimiento**, como le llamaban ahora a la Falange Española Tradicionalista y de las JONS.

Tuberculosis. Había salido la palabra. Fue durante aquel horrible invierno que doña María Cristina echó a Dorotea a la calle. No quería verla ni en pintura. Era un peligro esa mujer en su casa. Tenía cuatro mozos, y había empezado a sospechar que su asistente llevaba el bacilo en las ropas, en el aliento mismo. Le habían dicho las criadas que habían visto a la Feli en la calle tosiendo, y que parecía una tísica. “No, que no entre Dorotea, no la dejéis, que yo tengo muchos hijos y si uno coge la tuberculosis, luego se contagian uno a uno los demás, y me quedo sola en el mundo.”

## CAPITULO 6

La enfermedad, pues, compañera inseparable del hambre y la miseria había hecho su entrada solemne en el hogar de los Muñeiros. Y cuando hacía su aparición esos días la enfermedad era muy raro que no trajese consigo la muerte. Cuántas noches se pasó en vela aquel invierno Dorotea. No solamente que la tos, unas veces del marido, otras de la hija, físicamente la agotaba, no dejándola dormir, sino que además, le venían a la mente unas ideas espantosas. Despierta o dormida daba vueltas, y dábale vuelta al cerebro buscando una salida. Imágenes terríficas, de sufrimiento y de muerte. Más que dormir, dormitaba (es decir, si los nervios le daban un momento de reposo.) Veía el interior de un extraño lugar de immaculadas paredes, camas de hierro, un féretro blanco. Y gentes de negro saliendo por un portal a la calle, un paisaje muy frío, un camposanto. Y todos llorando en la lluvia, un vendaval. El joven Paquito, amigo y compañero de clase de Lucito, se estaba muriendo. Un campo de nieve. Un sanatorio. Entre un centenar de niños igualmente condenados que aún no habían despertado a la vida, ¡y que ya se iban! Era como una maldición apocalíptica. “Hospital del Niño Jesús” alguien había dicho, y vio las palabras escritas en la fachada. Era un lugar maldito, nunca mencionado en público sin que en seguida se esparciera un rumor de horror todo alrededor: tantos niños pobrecillos Imposible salir de allí con vida.

Despertaba, los ojos de espanto, veía a su alrededor las negras paredes, su adorada Feli que se le pegaba al costado, y se le figuraba que las dos estaban en una camita del sanatorio: la abrazaba, trataba de separarla de los otros adolescentes infectados, no quería que la contagiaran, angelitos todos ellos que se iban al otro mundo. ¡No, no quería que su Feli muriera, no quería que se fuera al más allá todavía, tan joven!

Se sentía oprimida, atacada injustamente en su condición de madre generadora de aquella vida, atacada por una fuerza superior incontrolable, irresistible; y pedía al Buen Jesús que la perdonase, que salvase a su hijita adorada. Nunca en la vida había sentido Dorotea tanto amor, tan puro. Amor desesperado, amor de madre inigualable. ¿Cómo podía ser?, ¿iba ella a perder aquel ser tan querido que había

llevado en su vientre, dentro de sí? Una vida. Una vida destinada a continuar la suya cuando Dios le llamara a ella al Cielo. ¡Oh, madre, Madre Santa Inmaculada, intercede por nosotros pecadores para que Tu Hijo no se lleve a mi Feli, no todavía! Y le volvían las imágenes. Había ido un día al hospital con la madre de Paquito, el olor ese a cloroformo, los ruidos de las toses de cientos de niños y niñas, esa tos hueca horrible como un extraño silbido que parecía venir de la profundidad de unas gargantas secas, reseca, de jóvenes vidas en peligro. Y su Feli que se deshacía en estos momentos con fiebre a su lado, la cual de repente abrió su boquita adorada, un desgarró, y una baba espesa... ¡No, no, no! ¡Que no quiero verlo! ¡No es sangre, no es sangre, Dios mío, Santo Cristo de la Vega!

Se despertaba gritando, besando a la Feli en la frentecita húmeda, tocándole la boquita, limpiándole el esputo con la punta de la sábana. ¡Virgen Santa, Virgen Pura, líbranos de esta amargura! ¡Madre Inmaculada, que no vomite sangre mi niña como los otros, angelicos todos ellos sin culpa, sufriendo una muerte tan triste, separados de los otros niños por miedo al contagio, qué angustia, que tristeza!

Volvió a pensar en ello al día siguiente, entrando en la Iglesia de las Angustias, postrándose de hinojos delante de la Virgen de los Cuchillos. Pasó allí la mañana, yendo de capilla en capilla; rezó a los diferentes santos y vírgenes, a la Inmaculada blanca y pura, para que limpiase los pulmones de la niña, al Niño Dios en el pesebre tan chiquito, a San Cristóbal que amaba tanto a los pequeños, a San Expedito consejero de los que se agobian, a San Francisco que hasta a los animales protege, cuanto más a una niña pobre; rezó especialmente a Santa Felicitación, santa patrona de la Feli, al Apostol Santiago y a la Virgen del Pilar, patronos ambos de una España cristiana católica apostólica romana, al Santo Ángel de la Guarda, protector particular de la enferma, a la Virgen de los Remedios, para que les remediara del daño que sufrían a cada instante y les sacara de aquel horrible trance, a San Antón, abogado de las cosas imposibles...

Pasó el mes fríasimo de febrero, y entró marzo ventoso. Oía Dorotea las ráfagas de viento que se colaban a través del burlete en el batiente del balcón. Dormía ella ahora sola, junto al tabique que separaba el comedor de la cocina, en un jergón que le había regalado la señora Amparo, allí donde había estado el banco de Lucio, que

habían vendido con las herramientas para sacar para las medicinas. Y desde allí donde se hallaba sentía el viento que entraba por debajo de la puerta y circulaba hasta las rendijas del balcón. Alarmada, se levantaba sin hacer ruido y buscaba en la cocina un trapo con que poder tapar el bajo de la puerta; y a continuación se iba hasta el rincón de la cama turca para ver si su preciosa iba mejor; la cubría bien los hombros, y luego metía la mano al otro extremo para estar bien segura de que la manta estaba cogida por el colchón, no fuera a coger frío la muchacha en los pies. Se arrodillaba en la oscuridad, tan en silencio que casi ni le salía la respiración de la boca; y se quedaba contemplando a su adorada, la carita tan perfecta, los ojos cerraditos, la boquita siempre abierta, respirando que se ahogaba. Ponía un instante la mano en la frente y la apartaba aterrada: tenía la niña una fiebre de fuego. Un ligero movimiento de los labios inflamados le hizo inclinarse aún más.

-Mamita ¿estás ahí? – un suspiro casi inaudible.

-Sí, preciosa – reprimiendo un sollozo -. Estoy contigo.

-Tengo... sed.

-Sí, encanto Te traigo un trago de agua.



## CAPITULO 7

La mujer de la vida que vivía en el tercero fue durante aquel horrible invierno el verdadero ángel de la guarda de la familia Muñeiro. Feli ya no volvió a levantarse, y durante los largos días de su enfermedad Juanita la cuidó, la alimentó, hizo compañía a la familia y fue de hecho tanto como una madre para la pequeña. Venía cada mañana. Le traía un caldo de gallina o una sopa de fideos del cocido, todavía caliente, pan, una loncha de merluza rebozada, y hasta que jamón serrano una vez a la semana. Le compraba las medicinas, que ni en sueños hubieran podido adquirir sus padres. Ella fue la que pagó por las visitas del médico (que a su propia instancia venía.) Ayudaba a la madre cuando ésta se sentía tan deprimida que no era sino un cero a la izquierda. Consolaba al padre e incluso de cuando en cuando le traía un cuartillo de clarete, pues le conocía bien y sabía de qué pie cojeaba. En fin, que Juanita la del tercero se convirtió para aquella familia de la noche a la mañana en una Santa caidita del cielo. Por la noche, si estaba sola en su piso, volvía a bajar con algo caliente para la muchacha; luego ya se quedaba en el segundo, si no esperaba a nadie, hasta ver si se dormía la enferma, ayudando a la madre a recoger las cosas y limpiar un poco el lugar. Tenía Juanita García a la sazón veintidós años de edad, una energía inagotable y un corazón de oro. Y que no viniera nadie a decir que era una mujer mala: eso era lo más bueno que había parido madre: que se lo preguntasen a Dorotea. Y así era la verdad. No había sino bondad en aquella muchacha, aunque fuera “mujer de la vida.” Lo más probable es que, como había sufrido mucho en su niñez la pobre, y sabía lo que era pasarlo mal, sentía esa necesidad de hacer algo por los que veía aún más desdichados que ella y que sufrían tanto.

Una tarde, según entraba la joven para ver cómo seguía su amiguita, encontró a Dorotea en el suelo, postrada de hinojos ante la cama turca, llorando en silencio. El piso estaba sucio y desordenado, el aire en extremo viciado, y todo muy oscuro. En la cocina, Lucio, que debía haber sacado en algún sitio para hacer una chapuza, se hallaba de rodillas en el suelo, un tablero en la mano, el martillo en la otra y unas puntas por el suelo. Gemía lastimeramente. Feli yacía quietecita en la cama, los

ojos cerrados, la boca hinchada, abierta. Como le habían cortado el pelo muy corto, parecía un Niño Jesús.

-Hemos tenido al médico – le dijo Dorotea entre sollozos -. Está muy mal, Juani. Dice que si no la operamos se nos muere.

-¿Qué tiene? – inquirió alarmada la vecina.

-La pleura. Hay que llevarla al quirófano, nos ha dicho.

-Pues ¿a qué aguardáis? – suspiró Juanita, compungida de ver tanto dolor.

-Y ¿qué podemos hacer? Las operaciones cuestan dinero. Y nosotros no lo tenemos. Tú bien lo sabes.

Aquella tarde subió a su piso corriendo la Juanita, pues esperaba al querido. Pasó la noche con éste, haciendo el amor. A las ocho se levantó la hermosa, se echó una bata al hombro, atizó el brasero, le puso un poquito más de encina, encendió la lumbre en la cocina, y se dispuso a preparar el desayuno. El robusto coronel, su amante, se sentó a la mesa satisfecho y cansado al mismo tiempo. Cansado, por haber hecho tanto el amor, no habiendo casi pegado un ojo en toda la noche. Pero al mismo tiempo contento, contento de sí mismo sobre todo. Su cabello (que dejaba ver un hueco en la coronilla, como la tonsura de un fraile), por ser rubio, ocultaba bien las canas, y cuando se metía delante del espejo, él no veía ninguna calva. Sonrió con gusto. Su enorme bigote, ámbar a causa del tabaco, le daba un aspecto de general revolucionario mejicano, muy lejos de su verdadero carácter.

Sacó un puro del bolsillo del chaleco, y lo encendió con parsimonia, pensando en un juicio sumarísimo que tenía aquella tarde, pues era del Cuerpo Jurídico. Le dio una vuelta al habano con dos dedos, entre los labios, humedeciéndolo un poco. Fumó. Tan satisfecho estaba don Joaquín Argamesilla Picavía de sí mismo y de todo lo que le rodeaba, que le fue imposible comprender a su bella joven amante cuando ésta, postrándose semidesnuda a sus pies, le dijo emocionada: - La muchacha del segundo está muriéndose, Joaquín. Tienes que ayudarme a salvarla.

-¿Qué pamplinas son éstas, Juani? ¿Qué te pasa? – preguntó él, dejando el puro en el cenicero para alzarla, agarrándola de los brazos.

-Es sólo una niña. Sus padres son muy pobres. Va morirse, está muy grave.

-¿Quién? La verdad que no te comprendo. ¿Qué tiene todo eso que ver conmigo?

-Está muriéndose – repitió la joven.

-Y ¿qué le vamos a hacer? Si está muriéndose, yo no puedo hacer nada.

-Enchúfala en un hospital de caridad. ¡Sálvala!

-Imposible de toda imposibilidad. Yo no soy médico.

-Tú tienes mucha influencia en todas partes. Tienes que buscarles una recomendación.

-¡A cuento de qué! – dijo el coronel, cogiendo otra vez el habano.

-A cuento de qué, ¿dices? Pues pa que la azmitan en un hospital gratis. Ya te lo he dicho. No tienen dinero. Tú les conoces. La madre trabajó años atrás en tu casa.

El mencionarle su propio hogar fue equivalente a enviarle de nuevo a dormir, esparramado allí en su silla. Dejó el puro. Se llevó el envés de una mano a la boca. Bostezó.

-Tienen que operarla – repitió la joven -. Un día más y puede morir. Lo ha dicho el médico de cabecera.

Todo lo que consiguió la buena de Juanita fue que su gordo y poderoso amante le diera una dirección, acompañada de una tarjeta de recomendación a presentar a un amigo íntimo que operaba en el hospital militar y que tenía fama de ser uno de los mejores cirujanos de Valladolid.

## CAPITULO 8

El doctor don Mariano Quesada, que así se llamaba el amigo del coronel, no era solamente un excelente cirujano, sino que además resultó ser una bellísima persona. Vino aquel mismo día a ver a la pequeña Muñeiro, vio que efectivamente había que operar sin pérdida de tiempo, contempló la miseria en que vivía la familia, y decidió que por su parte no les cobraría nada por la operación y los cuidados médicos. Más aún, él mismo pagó (o hizo lo indecible para que se anularan) los gastos del quirófano y la cama del hospital.

Por primera vez después de muchos meses, Dorotea entró aquella tarde en la iglesia para confesarse. Le pilló con el cura párroco, don Segundo, que le impuso de penitencia un montón de Credos, como mujer que había sido de poca fe. Se postró Dorotea, a rezar la penitencia, delante de la imagen de la Virgen de los Cuchillos. Estuvo el resto de la tarde rezando, admirando esa expresión de dolor, de sufrimiento, de la pena de una madre, como ella, que además era Madre de Dios. - ¡Tú que tanto amaste a tu Hijo, que tanto sufriste y que le perdiste en el Calvario – exclamaba después de cada Credo – logra que no muera mi Feli, que no muera! - Y luego -: ¡Madre Santísima, gracias por habernos enviado al cirujano don Mariano, que es un dechado de bondad; logra Madre Santa que él nos traiga la salvación, ruega por nosotros pecadores cerca de tu Altísimo Hijo! – Estaba la pobre hecha un manojito de nervios.

Después de la operación comenzó para Felicitación Muñeiro un largo y lento período de convalecencia. Cuando llegó el buen tiempo, empezó a levantarse un poco, y en el verano ya salía al balcón, teniendo siempre cuidado de que el batiente de la parte de la cocina no estuviera también abierto, para que no se produjese una corriente que pudiera serle fatal a la criaturica. Veía ésta pasar la gente, el tranvía eléctrico, los coches, los niños jugando y corriendo de un lado a otro de la calle o doblando la esquina hacia el Portugalete y la Antigua, y sonreía, casi participando en los juegos. Y cuando se cansaba, se volvía ella misma a la cama, a fin de ganar fuerzas para la próxima vez. Así pasaron algunos meses.

Lucio al fin había encontrado trabajo. Fue Dorotea quien se lo consiguió, yendo una mañana a Miguel Iscar, no a ver al primo, sino a su esposa. El bufete de Gonzalo se había hecho tan grande que ahora ocupaba un piso entero en el principal. Así que Dorotea se fue directa, en el ascensor, a hablar con Anamari, que era muy religiosa y muy buena y que de seguro la escucharía.

-Preciosa – la dijo, agarrándole las manos nada más entrar Anamari en el recibidor, donde la había dejado una doncella -. Ya sabes que Feli, a Dios gracias, salió bien de la operación y está poniéndose mejor.

-¡Ay, sí! Sí que lo sé – cantó en su dialecto canario la prima - ¡Oh, cuánto me alegro! ¡Oh, cuánto me alegré cuando me lo contaron!

Agradecida, Dorotea le besó y besó las manos.

-¡Doro, hoy mismo le voy a poner una vela al Santísimo! Para darle gracias por el don que nos ha concedido. ¡Queridísima Feli!

Se habían sentado en sendos tapizados sillones de terciopelo, mano a mano. Dorotea no sabía cómo empezar. – Que Nuestro Padre Celestial te bendiga por ello, Anamari – dijo -, que eres buenísima. – Hizo una pausa -. Oye...

-Dime.

-Pues que necesitamos ayuda. Tú lo sabes. Lucio está aún sin trabajo.

-¡Virgen Soberana! ¿No le ha atendido, pues, el delegado ese del ayuntamiento ?

A este punto Dorotea abrió las compuertas de sus ojos, y sin dejar de acariciar las manos de la otra, se dehizo en llanto.

-¿Qué ha pasado? – le preguntó la prima, alarmada -. Dime, por el amor de Dios.

-No ha pasado nada, nada..., es decir... que no... que ni siquiera le vio... al camisa vieja ese amigo de Gonzalo – contestó Dorotea, secándose las lágrimas con el ribete del mandil, que le llevaba puesto.

-Doro, bonita, cálmate – le susurró la prima al oído -, que la ayuda del Señor viene desde el Cielo cuando menos una se lo espera. ¡Hale! Vamos a rezar juntas al Altísimo, verás como te hace caso y todo se arregla.

Rezaron en efecto un buen rato, de rodillas las dos delante de un santo que en una repisa había, y el resultado fue positivo en que al menos logró la prima calmar a Dorotea. Luego le prometió que ella hablaría con su marido esa misma noche. – Si ese señor es camarada de Gonzalo de primera hora, mujer, ¡no te va a escuchar!

Dorotea entonces le soltó el rollo, para que no dejara la otra de cumplir su promesa. Vivían del aire (dijo), ni para pan tenían. Ella no trabajaba. Y su Lucio tampoco. ¡Si no tenía este marido salero para nada! Como ya había dicho, ni siquiera le dejaron entrar aquel día en la Casa Consistorial, con lo amigo que era de Gonzalo el alcalde, según ella le decía. Ni para enseñar la tarjeta de recomendación para el Camisa Vieja ese servía este Lucio suyo, que le trataban todos como a un carajo. Y el tío Urbano ya no soltaba prenda. Ni siquiera la recibía. Así estaba poniéndose ella de enferma, que aunque la veía tan flamenca, no era lo suyo gordura, Anamari, sino alguna enfermedad que tenía por dentro y que la hinchaba y le hacía el cuerpo fofo, que esa barriga abultada no presagiaba nada bueno, ¡ay, qué vida, qué vida !

-¡Cuánta tristeza, qué de dolores me cuentas, Doro, bonita! Y ¿habéis estado todo este tiempo así, sin venir a nosotros? Habernos dicho, mujer, que no había usado Lucio esa recomendación. Si no sólo el alcalde, si hasta el mismo arzobispo le respeta al Camisa Vieja ése, ¡mujer!

-¡Oh, si es muy soso, mi marido, si no se atreve a nada!

La hermosa prima no salía de su asombro.

-Si yo creo, Anamari, que hasta le da vergüenza arrimarse, así, mal vestido, al señor ése, conque fíjate. Tan influyente que dices que es.

-Verás, Doro, hermosa – pronunció suave y divinamente la prima -. Tú ten fe en Dios, que todo lo puede. Y, entre tanto, verás, yo voy a hablar, como tengo dicho, con Gonzalo, y te prometo que será él el que vaya hablar con el delegado, y muy pronto. Y Lucio irá con él, no faltaba más. Y Dios mediante saldrá triunfante. Y si no, irán al mismo Ministro de Trabajo, que ya sabes es de Valladolid, y estudiaron juntos en la universidad. Así que no te preocupes, maja, ten paciencia, que todos tenemos una Cruz que llevar, ¿no sabes?, y Nuestro Padre infunde el consuelo a los corazones limpios, y siempre tras la desesperación llega la gracia....

-¡Ah, sí, Anamari! – interrumpió Dorotea -, que tras la llaga nos da la medicina, como tú dices, que es muy bueno Dios Salvador.

-Sí que lo es, que Jesús hizo oración durante toda su vida y escucha nuestras plegarias. Así que tú agradécele ya por el don que estoy segura va a concederte.

Y se hincaron las dos de rodillas y se pusieron de nuevo a rezar a Jesús Salvador.

Durante la plegaria Dorotea miraba a la prima como si estuviera contemplando el mismo cielo, una bellísima Inmaculada descendiendo del azul para salvarla, ayudarla y consolarla. Y se puso a amarla mucho. Amaba esa carina de virgen, los susurros de esos rezos canarios, amaba esas manos tan finas que estuvo un rato besuqueando y empapando de lágrimas, lágrimas de alegría y de agradecimiento.

-¡Oh, gracias, preciosa! – decía, cuando ya estaban sentadas, tocándola, acariciando el bello vestido, habiéndose acercado a ella sin correr el sillón, reposando inclinada el culo en el borde del asiento de terciopelo.

-No me des las gracias, Doro, y atribúyeselo todo a Jesús, que con su gracia nos ayuda a todos.



-¡Sí, Jesús, Jesús bendito adorado! – gemía Dorotea.

Y la ayuda esta vez fue tan eficaz que Lucio no sólo cogió el empleo, sino que su primo político logró que el camarada jefe de sección, su amigo, le pagase además tres meses de entrada, “por servicios atrasados”, que era lo máximo que el Camisa Vieja podía hacer. (El ex-ebanista había ido a la entrevista con un traje del otro, escogido entre varios que Anamari había pasado a Dorotea.)

-¡Ay, son unos santos, son unos santos los primos ! – todo se le volvía decir a Dorotea -. Sobre todo ella, que es una dulzura.

Al final del verano volvió a salir Feli a la calle, primero para ir a misa los domingos y fiestas de guardar, a agradecerle al Señor, que la había arrebatado de la muerte, y luego a dar una vuelta de vez en cuando. Y como en los tiempos lejanos de los primeros años de la República, se volvió a ver a los cuatro Muñeiros juntos, paseando por el Campo Grande y a orillas del río, por la parte del Paseo de las Moreras, sentándose los cuatro de cuando en cuando en un banco o en un tronco de árbol caído, si acaso se fatigaba la muchachita.

Fue entonces que empezaron a salirle a Dorotea erupciones y achaques varios por todo el cuerpo, sobre todo unas llagas muy feas que se le extendieron por las piernas, resultado según ella de aquellas quemaduras que había sufrido cuando el aborto, aquellos dolorosos tiempos del bienio negro que todavía con tristeza recordaba.

Pero no eran sólo las piernas. Todo le salió a relucir entonces: males del cuerpo, dolores del alma. De una manera o de otra, el peso irrevocable del pasado había cobrado su censo... y era imposible volver atrás. Los cuidados, trabajos, deseos, amores que esporádicamente se habían manifestado en estos últimos tiempos habían desembocado en la nada. ¡Bah, ilusiones que se había hecho! (pensó.) Esperanzas también, todo lo bueno se esfumaba, le fue arrebatado por completo durante estos terribles años del hambre..., y sólo le quedó una gran confusión en el vacío que fue en adelante su vida.



## CAPITULO 9

Era domingo. La hora la del alba. El joven Lucio Muñeiro Platero acaba de salir del viejo edificio del Diario Regional, junto a la Plaza Zorrilla, y ahora se dirigía hacia la Calle Santiago, en dirección a casa. Iba respirando el aire fresco de la mañana, llenándose bien los pulmones después de una noche pasada en la linotipia entre las máquinas, los rollos inmensos de papel, los moldes de plomo con que se componían las diferentes placas de los textos, y ese olor ácido a tinta de imprimir. Del bolsillo izquierdo del pantalón subía el tintineo de unas monedas de níquel, chocando unas con otras según caminaba el muchacho. De vez en cuando se metía una mano en el bolsillo y acaricaba los duros, tres en número. Era la paga que había recibido por su trabajo de aprendiz. Se sentía contento y orgulloso. Era todo un hombre.

Al dejar la Calle Santiago, echó una mirada al reloj de la Casa Consistorial. Las cinco y cinco; aunque no estaba seguro de la exactitud de ese reloj, que nunca había ido muy bien que digamos. Caminó bajo los soportales, Acera de San Francisco, hacia la Plaza de la Fuente Dorada, provocando todo el tiempo el tintineo de los duros y mirando a su alrededor con aire de suma importancia. Qué pena que no hubiera nadie en las calles, jóvenes como él que le hubieran visto con sus pantalones largos y la americana, saliendo del trabajo como una persona mayor y con dinero en el bolsillo. Deleitábase asimismo oír el ruido que producían las tachuelas de sus botas nuevas al marchar allí en los porches a aquella hora. Por la puerta abierta de un café salió el agradable tufillo de ese café brasileño (o lo que fuera) tan diferente de la achicoría que tomaba en casa.

Atravesó la Plaza de la Fuente Dorada, todavía bajo los soportales, y entró en la Calle Queipo de Llano, asó la Plaza de Onésimo Redondo, y al cabo se paró delante del Gran Teatro Calderón. Agarrándose a la verja de una de las puetras en arco, miró, más allá del pórtico, hacia el interior del oscuro vestíbulo. Alcanzó a ver la cartelera, con las fotos de las películas, imágenes preciosísimas de aeroplanos, aviadores con cascos de cuero y otras escenas fantásticas. Leyó el título de una de ellas, PILOTOS DE PRUEBAS. ¡Estupendo! Con Clark Gable y Spencer Tracy.

“¡Cagable! - se dijo -, y de aviones, ¡caramba! Será muy buena, seguro. Tengo que venir esta tarde.”

Ya empezaban a distinguirse los bultos negros de algunas beatas, viejas en su mayoría, que iban a ocupar un puesto en la misa de las marmotas, como se llamaba a las criadas del servicio doméstico (y antes que llegaran éstas, pobrecillas, todas juntas y en tropel.). Se paró delante de su casa, un edificio estrechísimo en un grupo de media docena de destartaladas viviendas, que estaban como apoyándose las unas en las otras para no caer en el vacío. Abrió la puerta del portal con una llave de hierro que ocupaba casi enteramente el bolsillo de su americana, subió la empinada escalera saltando los peldaños de dos en dos, sacó otra llave, y se coló en el piso. El aire enrarecido casi le hizo volverse atrás. Refunfuñando abrió el batiente del balcón, dejó al pasar diez pesetas en la mesa, sin hacer caso de su madre que le preguntaba algo en voz muy queda desde su jergón, y se metió en la alcoba. Y, desnudándose a oscuras, entró en la cama. Su padre estaba roncando, un ronquido débil, pero sumamente desagradable. Le dio un empujón con el culo para que le hiciera sitio, y a ver si al mismo tiempo se callaba y dejaba de echarse pedos.

-¿Qué... q... qué pasa? – murmuró Lucio asustado; y, dando la vuelta, se volvió a quedar dormido.

Momentos más tarde Lucito también estaba dormido.

## CAPITULO 10

Por la tarde salió con Virgilio y Blasito, dos muchachos que, como él, habían empezado a trabajar aquella primavera. Habían decidido ir al cine, a la sesión infantil, para pagar menos por los billetes. Fueron momentos de ensueño. ¡Qué de imaginaciones pasaron por sus mentes desde antes mismo de que comenzara el programa, esperando en la cola, con toda la juventud del barrio, a que se abrieran las taquillas! Allí, en aquellos carteles, estaba todo el empeño de sus vidas, mil esperanzas, deseos, aspiraciones, el intenso y fervoroso movimiento hacia el progreso: artistas, maestros, modelos, héroes que tenían que imitar y que podrían parangonar un día si seguían el ejemplo. Clark Gable, Spencer Tracy, Mickey Rooney, Freddy Bartholomew y tantos otros espejos de la vida humana, ejemplo de las costumbres, imágenes de la verdad allende los mares. ¡Ah, poder un día escapar, salir de la miseria que les ahogaba, cruzar el charco, llegar a aquellas fabulosas tierras de América!

A las dos y cuarto abrieron las taquillas; y en seguida ese subir alborotado de la chiquillería hacia el gallinero, aquella algarabía propia de la tropa desordenada de la 'sesión infantil'. Y en los estrados, el correr de aquí para allá de los chiquillos, el ruidoso bajar de los asientos de madera, ese griterío tan agudo de la gente menuda, las voces de los sorches de caballería que olían tan profundamente a cuadra, las llamadas de las muchachas de servicio, soltadas después de la comida del domingo; y las fulanas y pajilleras de a tres pesetas, con sus risotadas y provocativo alboroto. Todo ello en medio de un olor a tabaco, cuadra, ropa y botas sucias, alpargatas muy usadas, polvo de inmueble viejo y en general falta de oxígeno.

Y a esperar todos, ansiosos y divertidos, a que se apagaran las luces, desplazándose algunos todavía, bajando los más revoltosos los empinados peldaños hasta la barandilla, al objeto de echar una mirada a los plateas y al patio de butacas, soñadores antes de emprender el fervoroso vuelo hacia el mundo paradisíaco de las películas, ese universo rico inalcanzable, que estaba representado por esos cuerpos bonitos, esas caras suaves satisfechas, y esos gestos que todos conocían tan bien: y extensas propiedades, objetos, autos, garajes y piscinas, y los céspedes, las flores, jardines y casas de calcamonía, el cielo purísimo, un mundo que en el pardo

celuloide las masas infantiles se imaginaban lleno de color.. Luego las orquestas, jazz, rumba, samba, los cantos cariocas, los trajes, vestidos apretados, las plumas, los bailes y las sirenas.

-¡Algarrobas, pipas, bolitas de anís! – gritaban los vendedores, bajando los empinados escalones.

-¡Bombones, caramelos, pastillas de café con leche! – llegaban igualmente los gritos del principal y del patio de butacas.

Y otra vez la algarabía al apagarse las luces, que no había quien oyera la música; el contento evidente de los espectadores del gallinero; los chillidos de aprobación, las llamadas, los contratos entre los soldados y las mujeres de la vida. Y al fin se alumbró la pantalla, el magnífico león rugiente de la Metro Goldwyn Mayer de la primera película. Y qué decir del pataleo con la aparición del famoso Dick Turpin, llenándose de polvo la atmósfera irrespirable; y lo mismo durante aquellas interminables carreras de Tom Mix en las praderas del Far West, cabalgando en su caballo blanco, unas veces delante y otras detrás de los zafios (pero inalcanzables) malos, siempre montados en caballos negros. ¡Qué estupendo! Gente agresiva, dinámica, conquistadores todos ellos, buenos y malos tan magníficos, cada uno persiguiendo un ideal. Y, después del descanso, la película principal, aquella por la que habían venido aquella tarde Lucito y sus amigos. Cagable, con su inconfundible bigotillo, tan bien peinado con brillantina, y esa sonrisa triunfal a toda prueba. Su compañero inseparable, Espence Traze, perpetuamente mascando una barra de ese chicle famoso norteamericano (¡quién lo pillara!), siempre sereno y siempre tristón, como si ya supiera que le iba a llegar la desgracia muy pronto. Más pequeño y menos guapo que su compañero de pruebas (¡aviadores, qué machos!), pero tan listo, aunque lento y reposado. Los dos enamorados de la misma lindísima muchacha, rubia platino hermosísima y tan sumamente extranjera. Los dos héroes disputándose la honrada y abiertamente, como debe ser, y siempre manteniendo la amistad por encima de todo. Y qué emoción cuando uno u otro se ponía el gorro redondo de pilotaje, una palmada en el cuero, y las gafas abultadas bien sujetas con tiras de goma negra. Se metía el piloto en la carlinga, y un saludo amistoso con la

mano enguantada. Listo para despegar. Qué momento de peligro y de angustia para los espectadores.

Y si era el turno del Espence Traze, con un nuevo avión de prueba, con qué gracia y qué denuedo se movía el valeroso piloto alrededor del aparato, balanceándose como hacían los norteamericanos al andar. Se iba hacia la cola del biplano y, ¡zas!, le endiñaba una carada al bicho, dejándole pegado al cuerpo de aluminio el chicle, para que le diera buena suerte: supersticioso, él. Era su amuleto, algo así como un Angel de la Guarda, que mantenía la avioneta en las alturas sin que el piloto corriera riesgo alguno. ¿Peligro ellos, pilotos de pruebas?, ¡jamás! Eran los espíritus aventureros del siglo a quienes Dios no podía faltar, ni su experiencia fallar.

Los dos héroes norteamericanos rompiendo records, celebrándolo luego con champán al lado de la rubia platino sonriente siempre. Otro record, un motor todavía mayor, perfeccionado, una nueva patente de invención..., y en el aire de nuevo, cada vez a más velocidad, con más valentía, más todavía. El nombre del biplano allí en lengua extranjera, un nombre que sonaba (según se leía) deliciosamente extraño, y a su lado siempre el chicle pegado en el cuerpo del avión, si se trataba del Espence Trace. Siempre, menos una vez, la de la tragedia. Error o fatalidad. El horror se anunciaba con ello. ¡La llamada de la Muerte!

¡Oh! ¿Cómo pudo hacerlo, cómo pudo haberlo olvidado, ese hombre siempre tristón, siempre tan ponderado? Espence Traze en la carlinga, gorro de cuero, saludando y... ¡mascando aún el chicle! Desciende piloto, vuelve; no emprendas todavía el vuelo, mira lo que haces temerario, no mueras. Con qué ahinco los chiquillos del gallinero se alzaban de sus asientos para llamarle, chillarle, decirle que mirase, que mirase bien lo que hacía, por favor, que no emprendiera el vuelo todavía, que se bajara, anduviese americanamente, como él sabía hacerlo, y que diera el manotazo con el chicle que había de darle la suerte, su amuleto. Y luego: que no, que no pusiera el motor en marcha. Y, cuando ya volaba el imprudente, se renovó con los gritos el pataleo. Que se diera la vuelta, que no tentase a los cielos así. Y el magnífico biplano volaba, volaba, mejor y más rápidamente que nunca, ¡un éxito! Hasta que llegó el accidente fatal de repente, la caída en picado, la muerte trágica

del héroe semidivino.... Y la hermosa norteamericana del delicioso cabello rubio reluciente, tan reluciente que parecía un espejo al sol, llorando amargamente, pegándose al pecho acogedor del igualmente agobiado Cagable.

Salieron los tres del cine confusos y aturdidos. Era triste ver morir al Espence ese; pero la verdad era que la rubia no podía pertenecer a los dos, no en un país cristiano como era Norteamérica. Por ello tal vez mejor así, le quedaba el más guapo. Y ¡ese beso, las dos caras grandes, juntas, del final de película! Además a Espence Traze le volverían a ver en la próxima película, vivo y coleando, y una vez más les llenaría de regocijo esa visión de un mundo mejor, un esfuerzo, un deseo, una esperanza, una meta.... ¡A ver qué vida! Durante toda la semana tendrían el ensueño de América, un mundo de abundancia y de hermosura sin igual, donde todos tenían dinero, propiedades, mujeres, y donde nadie tenía que irse a la cama con hambre. Así bebieron aquellos años Lucito y sus compañeros, y millones de jóvenes como ellos, el caliz opiado de aquella fábrica de sueños de un país conocido por el nombre de Estados Unidos.

Pasearon los tres muchachos a lo largo de la Calle Santiago, siempre tan concurrida. Arriba y abajo anduvieron varias veces. Estaba la calle a aquella hora abarrotada de gente, caminando todo el mundo despacito, sin rumbo fijo, haciendo pequeños grupos, gesticulando, riendo, charlando, fumando los hombres, agarrándoseles del brazo las mujeres. Algunos se paraban y entraban en la iglesia, a rezar al Santo Matamoros, ponerle una vela a una Virgen, o sentarse en uno de los bancos de madera barnizada a descansar un poco en la oscuridad.

Se paraba el gentío a la entrada de la Plaza Mayor, y media vuelta; y lo mismo al llegar a la Plaza Zorrilla. Caminaban unos para aquí y otros para allá, parándose unos y otros a cambiar impresiones cuando se daban de bruces con amigos y conocidos; o si pasaban de largo, se daban unos u otros en los codos, ¡adiós!, ¡hola, qué tal!, ¿cómo vas?, ¡yo bien!, ¡hombre, qué casualidad! Algunos se paraban delante de los escaparates que todavía estaban iluminados (aun estando cerradas todas las tiendas, salvo los cafés y las pastelerías.) Otros se pegaban de espalda a las fachadas, a contemplar el gentío, los chicos mirando con ganas a las chicas, y éstas incitándoles con risitas a que les siguieran; aquéllos las seguían lanzando



piropos o haciendo como que les pellizcaban los muslos hermosos a través de las faldas de percal. Más de una vez, cruzándose en el paseo las chicas y los chicos, al sobrepasarse uno de éstos, respondía la ofendida soltándole al atrevido una carada, que resonaba con fuerza, al volverse la muchacha con el brazo extendido en un movimiento preciso, atrevido, semicircular.

Echó el ojo de repente Blasito a la hermana de su amigo, que andaba apresuradamente entre la multitud, recogida en sabía Dios qué pensamientos.

-¿Que le pasa, Lucito? – preguntó, sorprendido.

-¡Yo qué sé! Siempre va sola a toas partes.

-Pos vamos a preguntarla si quié unirse a nosotros – sugirió Virgilio, que era el mayor de los tres.

-No, déjala – gruñó Lucito.

Ya en esto llegaba la solitaria joven a la Plaza Zorrilla. Los dos amigos seguíanla con los ojos, y los tres vieron que cruzaba la plaza, entrando en el Campo Grande, en cuya avenida principal había un amplio edificio de ladrillo, rodeado de gente.

-¡Esta Feli! – exclamó Blasito –, no se ajunta con naide.

-Debe estar yendo al Teatro Pradera – sugirió Virgilio -, ¿no, Lucito?

Éste no respondió. Condujo a los dos amigos, agarrándoles por los codos, hacia la Acera del Generalísimo (antes de Recoletos), sentáronse los tres caballeros, como tres gorriones, en el respaldo de un banco de piedra y metal, reposando el sucio calzado en el asiento.

-¡Venga, liaos un pitillo! – dijo Virgilio, ofreciendo una petaca sobada y maloliente.

Agarró Lucito la petaca y, al abrirla, se echó para atrás, diciendo: - ¡Hostia!, ¿de dónde coños has sacao este tabaco? No me digas que andas por ahí cogiendo colillas.

-¡Joder! Tú fuma y calla – le respondió el amigo -. No me cabrees.

-Es verdá – interpuso Blasito -. ¿Pa qué preguntas, leche?

-No, si yo, hombre...

-¡Pues, arrea! Venga, date prisa.

-Y pasa la petaca, ¡cojones!

-Espera. Ya voy. Aquí la tienes, ¡cagaprisa!

-O se es o no se es – profirió filosófico el Virgilio una vez que la petaca había hecho la ronda -. Y ¿tú te pasas por hombre?

-No, hombre no – dijo, humillado, Lucito - Si yo lo decía..., bueno, mira qué pitillo mé liao.

Virgilio era el que más pericia tenía en estas cosas. Dejando un papelillo bien cogido entre dos dedos, sirvióse en la palma de esa misma mano un puñado de tabaco, y con la otra se metió la petaca en el bolsillo trasero del pantalón, habiendo encajado a un lado el paquetito del papel de arroz; pasó pincho a pincho el sucio tabaco de la palma al extendido papel, lió el cigarro, y deslizó la puntita de la lengua por el viro engomado, una vuelta con el pulgar y el índice para cerciorarse de la redondez del pitillo, y a metérselo entre los labios ávidos de humo y de placer; otra vueltecilla con dos dedos, humedeciendo de saliva la puntita del cigarro; y a arrojar esa mirada de orgullo, tan suya, a sus dos compañeros.

Terminada la operación, se levantó el muchacho del banco, escupió un poco, y viendo que pasaba un soldado de caballería fumando, se le acercó, y le pidió fuego. Luego se volvió a sentar, y pasó el encendido cigarro a los otros.

Momentos más tarde estaban los tres exhalando humo. Fumaban y tosían al mismo tiempo. Lucito, que se había quedado de pies, dio un par de pasos, simulando contento, y al cabo se volvió de espaldas para que no le vieran los amigos que el humo le hacía llorar.

Hacia las nueve fue la despedida. Virgilio y Blasito, que vivían en un barrio extremo, se fueron a la parada del tranvía. Lucito, después de un paseo en solitario en la cocurrada Calle Santiago, entró en los soportales de la Plaza Mayor, y emprendió el camino de vuelta a casa. Se paró junto a un quiosco de periódicos, que estaba cerrado. Había visto a su padre saliendo del Callejón de los Boteros, borracho como una cuba. Iba rodeado de un grupo de amigos alborotadores, los cuales le llamaban Bicicleta. Se apartó ostensiblemente, a tiempo de ver a su progenitor vomitando contra una columna de los soportales.

-¡Uf! ¡La leche! – suspiró. Dio gracias al Cielo que no le había visto; pues le humillaba sobre manera el que la gente supiera que era hijo de un alcohólico, que se gastaba en vino lo poco que ganaba -. ¡Qué mierda! ¡Qué asco le tengo! - Anduvo ahora en la calzada, para entrar directamente en la acera izquierda de Queipo de Llano -. ¡Si se muriera! - se dijo, en un murmullo -. Me cago en la leche puta que le han dao.

## CAPITULO 11

Iba Lucito para los quince años. Más bien pequeño de estatura y rechoncho de cuerpo, tenía un aspecto arisco y fiero. Se cortaba el pelo al cepillo, y tenía la cara redonda de la madre y los mismos ojos marrones; pero mientras que en el caso de la madre esos cachetes y esos ojos había dado prueba, al menos durante la juventud, de una bien señalada hermosura, en su caso no había más que vulgaridad. A pesar de su poco talle parecía el muchacho mayor de lo que era; pues el vello asomaba ya por la barbilla, y aún más sobre el labio superior, a todo lo cual se unía esa voz ronca que le caracterizaba. El traje que llevaba puesto se lo había hecho su tía Zita de uno viejo de su tío Santiago. Era éste, precisamente, quien le había enchufado para que se colocase de aprendiz en la linotipia del Diario Regional.

-¡El Bicicleta! ¡Hay que joderse! – murmuró, todavía pensando en su padre. Movi6 la cabeza, rechazando las imágenes -. Qué desgracia tener un padre así. Buena diferencia con el tío. Ése si que era un hombre. Correcto, elegante, religioso, y no pensando más que en trabajar y producir. Que en el Diario los curas le adoraban. Que decían que nunca había habido un encargado de la linotipia tan seguro y eficaz como Platero; siempre atento a todo, siempre meneándose y haciendo trabajar a los obreros: el primero en llegar cada noche a las diez, y el último en irse, ya bien entrada la madrugada.

-¡Pos anda que **ella!** – se dijo, pasando en su mente del padre a la madre. ¡Qué elemento! Ésa no se quedaba atrás engullendo vino. ¡Qué horrible! Si más que mujer parecía un barril de pecina. ¡Cristo, qué padres! No, si no se podía negar. Todavía **hay** clases (pensaba otra vez en sus tíos Santiago y Eleonora.) Hay hombres y hombres. Si no, ¿por qué había triunfado su tío? Y no era verdad eso de que Santiago fuera un jesuita falso que, habiendo sido rojo, ahora se había apuntado a la Acción Católica. Envidias. Ése lo que ocurría, que todos lo decían, es que era muy trabajador. Por eso subía. Y si no, que le preguntaran al tío abuelo Urbano, que le quería tanto. Por algo sería.

Entró en el piso abriendo la puerta con su propia llave. Y lo primero que vio fue el bulto arrebujaado de la vieja Amparo, la odiada figura pequeñita de la vendedora de pipas y caramelos, sentada en un taburete contra el batiente del balcón; y su señora madre, abultadísima, al lado. Las dos charlaban como cotorras, juntando un poco los rostros cuando soltaba una u otra algo interesante o de mayor veneno. Eso es lo que mejor sabían hacer, insultar, criticar a las demás, como indecentes comadres.

Fue en verdad una visión fatasmagórica la que presenció el muchacho al entrar en el hogar. La luz apagada, las dos siluetas negras, una pegada como de prestado al taburete; la otra abultadota en su sila, haciéndole sombra, y la tenue luz azulada del gas de los faroles de la calle haciendo contraste; se oía el susurro de dos voces cascadas, y una carcajada espeluznante que una de ellas soltaba de cuando en cuando, como el aullido de una hechicera.

Habiendo encendido la luz, que dio un aspecto amarillento, no menos macabro, al conjunto, se sentó el muchacho a la mesa y gritó, sin ningún comedimiento ni cumplido: -¡La cena, que tengo hambre!

Las dos mujeres continuaron conversando como si tal cosa.

-La cena, ¡cojones! Siempre cotilleando como brujas. Estoy harto de ver a esa vieja alcahueta tol día en esta casa, ¿no se pué ir a su jodido sótano?

La pobre señora Amparo, como quien ya está acostumbrada a insultos y ultrajes, recogió sus cosas, se levantó sin decir esta boca es mía; y en actitud bastante digna, en las circunstancias, se salió del piso, dejando la puerta abierta.

Inmediatamente Lucito, desde su silla, dio un puntapié a la puerta, que se cerró con un estallido.

-Verás como se caiga y se mate, pobreta – dijo Dorotea compasiva -. Que sabes de sobra que no pué ver los peldaños, que se ha fundío la bombilla, ¡burro, más que burro!

-Tú dame la cena y ¡a callar tocan! – contestó el muchacho, dando un manotazo en la mesa -, que ahora ya lo gano.

Después de la cena, como no tenía que ir aquella noche a la linotipia, ya que el Diario no salía el lunes, se metió en la cama y se quedó dormido pensando en las dos brujas. Una noche, llegando de la calle como cada domingo, les había oído decir algo que le había llenado de revulsión y de asco. Y ahora le venía **eso** en sueños: un sacerdote del que había sido doncella su madre, jovencita. “Pues claro que sí, señora Amparo – oía la voz de su madre –, fuí su querida, que me quería mucho. ¿Se ha olvidao? Pues usted debería saberlo; sí, mujer, don Niceto.” Y la otra contestando “Pos claro que sí,” y riéndose como una carraca vieja. Y le vino en el sueño al muchacho la imagen de un padre furibundo, sacudiéndole a la madre, ya desde antes de la guerra, llamándola a voz en grito puta, y puta, puta, más que puta.

Se despertó sobresaltado, y se volvió a dormir, un sueño más pacífico esta vez.

Lucio volvió a casa aquella noche en un estado lamentable de embriaguez, dándose golpes en la escalera y armando un escándalo de mil demonios, especialmente al llegar al descansillo y no encontrar la llave, buscando torpemente en cada uno de sus bolsillos; y luego, cuando al fin la encontró, al no acertar con ella en la cerradura. Dorotea estaba ya en su jergón, y fue un vecino, Madrugo, que vivía en el tercero, quien bajó a ayudarle a abrir la puerta, le metió en el piso, y lo sentó en una silla, para que no diera más guerra. Ni por ésas. Lucio pedía su cena.

-Pero no des voces – le decía la esposa -, que ahora te la traigo. No alborotes, que asustas a toda la vecindad, burranco, más que burranco.

-¡La cena!

-Pero ¡questán durmiendo los vecinos! – repitió la mujer.

-¡Los vecinos a mí me la traen floja! – chilló el marido, yendo impaciente hacia la cocina, de donde venía ya Dorotea con el puchero.

-Cuidado, no te caigas – dijo la mujer evitando el choque de justeza -. Anda, come y no metas más ruido.

El marido quedó balanceándose un buen rato, sin acertar a sentarse otra vez. Se cayó al cabo, y dio con sus posaderas en el suelo, de donde ya no acertó a levantarse. Ella trató de ayudarlo para que se levantara; y él, para llevar la contraria, dijo que iba a tomar la cena en el suelo. Arrastróse luego hasta la alcoba y se quedó dormido junto al orinal, encima de una esterilla que hacía de alfombra.

Feli fue la última en llegar. Temía las escenas como se teme a la peste, y por eso se iba los domingos, aunque fuera sola, a ver una película, a la sesión de las once, que costaba menos que si se iba a la hora de la vermú. Así que era la una de la madrugada del lunes cuando regresaba a casa.

Se quitó los zapatos en la escalera para no hacer ningún ruido, y entró en la casa de puntillas. Saludó con la cabeza a la madre, que le hacía una seña desde la oscuridad de su jergón, y se fue derecha a la cocina, donde al encender la luz, contempló una bandada de cucarachas de todos los estilos y tamaños, negras, rojas, rubias, marrones, todas corriendo asustadas de aquí para allá y de allí para acá, como ladrones pillados en flagrante delito, subiendo y bajando de muebles y paredes, sobre el hierro grasiento del fogón, entrando y saliendo por debajo de la puerta del retrete, escondiéndose alarmadas donde podían.

Se sentó en el taburete, delante de un poyo que llamaba la familia mesa de cocina, y se dispuso a tomar su cena: cinco sardinas fritas y una patata cocida, partida en cuatro cachos, que su madre había dejado entre dos platos, en forma de tartera. Estuvo contemplando el alimento un largo rato, sin decidirse. La vista de los ortópteros le había quitado por completo el apetito, y apenas probó bocado. Se había pasado la tarde del domingo paseando en el Campo Grande, completamente sola. A las siete había ido a ver a sus tías de la Fuente Dorada, que habían comprado a plazos, a un agente de comercio, una máquina de coser Singer. Zita le había invitado a que pasase una tarde a contemplar aquella maravilla. Habían tomado la merienda juntas, habían abierto la máquina, le habían dejado que cosiera

ella también un poco, para que viera, y había sido una experiencia magnífica. Luego la muchacha se había ido al cine.

Cuando acabó de comer, tornó a cubrir el plato y se volvió al comedor. Se desnudó. Apagó la luz de la cocina, y otra vez de puntillas, se dirigió a la cama turca, donde estuvo un rato pensando, los brazos sobre la almohada, antes de quedarse dormida.



## CAPITULO 12

La escuela en que Felicitación Muñeiro Platero pasó una parte de su infancia y adolescencia y recibió toda la educación que fue su destino recibir en centro docente alguno, fue una de esas que llaman de caridad o de la caridad. Se hallaba situada en un convento antiguo que había recibido varios nombres en el curso de su historia, y que a la sazón estaba ocupado por una Orden dedicada a la educación de gente joven del sexo femenino: Orden seráfica, por tanto, de religiosas, llamadas en su tiempo “Las Salesas Reales”, y ahora simplemente Salesas, pues nadie sabía si eso de “real” estaba permitido, no habiéndose decidido Franco y los suyos sobre si había que restablecer o no la monarquía.

Estaba dividido el convento (es decir la parte de éste dedicada a la enseñanza) en dos compartimentos estancos, o secciones, donde las ilustres religiosas impartían sus conocimientos a la gente menuda a su disposición de dos distintas maneras de transmisión del saber, y en condiciones materiales de aulas y otras cosas igualmente diferentes. De un lado, las jóvenes de postín pertenecientes a las ilustres familias, que incluían ahora los nuevos ricos de la guerra y los falangistas y otras gentes del Movimiento. Éstas iban al colegio de pago, de los cinco a los dieciocho años. La otra sección, a que daba la gente el apelativo de escuela de caridad, era donde las dedicadas monjitas enseñaban gratuitamente a las chicas de la clase baja ciertos preceptos a ellas exclusivamente destinados, llevándolas así de la mano hacia Dios, último término y destino de la vida en esta tierra. A esta escuela llegaban las hijas de obreros y otros indigentes que por suerte (más comúnmente por recomendación) recibían una beca, representada físicamente en la escuela por una fajita de paño pardo que lucían las chicas por encima de sus batas gris de hospicio, con hilera de botones blancos de madera: todo lo cual servía para señalar su condición de humildes; que la humildad, como se sabe, hace que se ganen puntos para ir al Cielo.

A pesar de hallarse estas dos secciones de un mismo centro docente en contacto físico, por así decirlo, estaban tan separadas las alumnas de postín de las de la clase baja, como si hubieran habitado dos ínsulas diferentes del globo, o casi

dos planetas de distintos universos. Tal era la devoción y el cuidado con que a ello se aplicaban las ilustres Hijas de la Caridad.

Todas las alumnas, ricas y pobres, recibían, eso sí, una educación esmerada *en lo esencial*, sin distingos de clase, pues todas pertenecían al mismo sexo, y estaban destinadas a ser madres de los niños y las niñas que habrían de constituir las nuevas generaciones de patriotas, que fuera en posiciones de mando o de servidumbre. En este respeto, a todas se les impartía “doctrinas y conocimientos provechosos y cristianos.”

Había en este convento una veintena de hermanitas religiosas, todas ellas expertas en el ramo de la educación, con títulos universitarios y todo: al menos algunas de ellas los tenían. Y las que no los tenían, poseían de todas formas “ese intenso y fervoroso celo que tienen que tener las religiosas para preparar el movimiento de las almas hacia las alturas.”

Pero como Dios no ha instituido que todos los estamentos sociales sean iguales, ni siquiera entre los religiosos, se daba en aquel convento, titulado de Nuestra Santa Madre del Perpetuo Socorro, como en todo otro lugar, que unos tenían más y otros tenían menos. De todo. Es decir, se respetaban religiosamente las diferencias. Y en lo que se refería a la docencia, aquellas niñas y adolescentes a quienes el Señor había hecho ricas y privilegiadas contaban con más profesoras que las niñas pobres, en proporción de cuatro a uno (el de aritmética, para las que hacían el bachillerato, era un fraile, un hombre de pelo en pecho.) Por su parte, las alumnas de caridad tenían de maestras a monjitas que no sabían nada de nada.

Todo esto era bien natural. Lo que ya lo era menos era que, por añadidura, a las alumnas de caridad se les hacía trabajar para las de pago, poniéndolas a sacar el brillo a cristos y vírgenes, estanterías y pupitres a fin de que las señoritas de postín encontraran las aulas limpias y brillantes al llegar a ellas a las nueve; y así las religiosas podían dedicar cada mañana unas horas al servicio del Altísimo, con cantos y oraciones, antes de ir al refectorio para el copioso desayuno a que tan dignas hembras estaban acostumbradas..

Separando los patios de recreo de los dos centros (el de las alumnas de caridad, por así llamar a un corral inmundo) había un muro tan alto que, uno se preguntaba, qué necesidad había de añadir esos pedacitos de vidrio incrustados en el cemento de las bardas si nadie ni por pienso podría montarse hasta allí. Y todo para evitar que las hijas de los pobres pudieran cruzarse al otro sitio, o incluso pudieran ver cómo jugaban las niñas ricas entre los bellos bancos barnizados, los tiestos de rosas y claveles, las estatuas de piedra y otros adornos y comodidades. Las estatuas, naturalmente, eran de santas y vírgenes que se habían distinguido, por su incesante y perenne ardor en la propagación de la fe, siempre castas y siempre buenas.

Allí, pues, se paseaban las alumnas ricas, luciendo el uniforme azul marino con bandas y cintitas color malva, y el cuello almidonado blanco y un sombrero redondo color beige. A menudo las monjitas paseaban con ellas, y les decían que tuvieran cuidado, que no cometieran pecados mortales y que no se juntasen con los chicos y las chicas de la clase baja que los cometían; que las malas compañías pueden pervertir a las niñas de bien, al igual que en un cesto de manzanas hermosas, una que esté podrida, y ya corrompe en seguida a las demás. “Las Santas Vírgenes - se decían las señoritas, unas a otras – siempre huyeron de las malas compañías, y por ello fueron santas y están hoy en el cielo.”

Ni qué decir tiene que las respectivas entradas de estas dos secciones de un mismo centro docente estaban en diferentes fachadas del convento. Una era por delante (o fachada principal), y daba a una plazuela donde había bancos, césped y un ciprés. Era un edificio hermoso, de piedra, con cuatro columnas estriadas que sostenían una cornisa, encima de la cual había otras dos columnas, de menor tamaño, con una hornacina en el medio que ocupaba una estatua de Nuestra Santa Madre del Perpetuo Socorro, que daba el nombre al convento. La entrada de las alumnas de caridad se efectuaba por la parte trasera del edificio, donde había un callejón sin salida. Era una especie de postigo, cortado en una grande puerta tachonada fija que hacía arco.

Pues bien, a pesar de todas estas barreras, a pesar de tantas precauciones como tomaron las dignas religiosas para evitar la mezcla de las dos razas de niñas, a

pesar de los peligros que corrían y las sanciones que amenazaban a las alumnas pobres si se hacía público que una de ellas se había acercado a las señoritas de pago, venciendo estas dificultades y algunas más, la alumna de caridad Felicitación Muñeiro Platero no solamente logró varias veces hablar con unas y otras de las de postín, sino que además, cuando ya llevaba en la escuela como cuatro años, hizo positivamente amistad con una de ellas: Encarnita Alcocea, que era hija del dueño de un restaurante famoso, de ideología franquista, que había hecho mucho dinero con eso del estraperlo. Y a través de esta simpática señorita, conoció Feli asimismo a otras dos: Teresita Puyol, que había venido con sus padres de Barcelona, y eran dueños de una fábrica de lejías y jabones; y María Engracia de Hoyos de la Rebolleda, que ésa sí que era aristocrática.

Como quien ha conocido muchas privaciones en su vida, Feli no fomentó estas amistades exclusivamente por amor al compañerismo, el contacto social, ese afán de comunicar que siente uno generalmente, la gente joven sobre todo. Y, aunque esto también le agradaba mucho (¡no todo el mundo podía presumir de hablar con muchachas tan ricas!), ella lo hacía más que nada por intereses puramente egoístas. En su interior algo le decía que si un día necesitara ayuda, estas tres señoritas, más que todas las chicas pobres del barrio juntas, iban a constituir ese soporte que era absolutamente necesario en la España del hambre para que una persona como ella pudiera salir del atolladero.

No por nada había repetido siempre su madre: “Tú, Feli, júntate bien con los ricos, que de pobres ya tenemos bastantes con nosotros mismos; y de las amistades pobres no se saca nunca nada.”

En puridad Feli había decidido ya hacía tiempo acabar con la escuela y ponerse a trabajar, como su hermano, para ganar algún dinero y poder comprarse ropa y presumir. El empleo le vino al fin, pero no por donde lo esperaba. Un día Sor Angélica, la madre superiora, la mandó llamar y le habló muy tierna y detenidamente de muchas cosas humanas y divinas, como era la costumbre de esa ilustre dama. Se espació particularmente en la belleza de la vida religiosa, la posibilidad de una existencia consagrada enteramente a Dios; habló con mucho esmero del mucho bien que habían dicho de ella las Hermanas, cómo la habían encontrado siempre

muy trabajadora y muy limpia; y finalmente le preguntó si deseaba quedarse en el convento, pues siempre había allí necesidad de una mandarera o de una novicia más. Era durante el último mes del último año escolar que solicitó verla la superiora, cuando acababa de cumplir la niña los quince años.

Durante la entrevista ocupaba Sor Angélica un magnífico sillón, detrás de una mesa grande de despacho. Era una hembra guapota, grande, de anchas espaldas, cara redonda que le salía de la toca almidonada acentuando los mofletes, casi como el rostro de un ángel grandote en el medio de una nube. Miró a la joven alumna detenidamente, como si la estuviera estudiando, sopesando sus virtudes y defectos: la fuerza y agilidad de los brazos, la estrechez de las caderas, los muslos, las pantorrillas; contempló detenidamente el rostro, preguntándose si esos ojos verdes extraviados denotaban docilidad o, al contrario, rebeldía e irreligiosidad. ¿Sería esa jovencita una buena o una mala adquisición?

-Mira, chica – dijo en conclusión -, que el Señor sea contigo. Tú decide por ti misma. Si quieres trabajar y quedarte en el convento aquí con nosotras, tú dímelo. Que Nuestra Santa Madre del Perpetuo Socorro siempre necesita mucha ayuda. A ver, arremángate y déjame ver esos brazos.

Feli hizo lo ordenado, murmurando una oración de gracias.

Levantóse Sor Angélica y vino al otro lado de la mesa, donde Feli ya se había levantado. Le agarró uno por uno los nervudos brazos, los palpó con ambas manos al mismo tiempo. - ¡Ay, sí! – formuló -. Bueno, pues si quieres poner estos brazos a trabajar, aquí no te faltará tarea, gracias a Dios. – Se volvió a su sillón -. Y luego, sabes, no te faltará ocasión de hacerte novicia, si la Santa Virgen te da la vocación. Que muchas de nuestras antiguas alumnas de caridad hermanas son hoy día.

Esta última frase no dejó de causarle a la muchacha una gran impresión. La posibilidad de hacerse un día monja hizo mella en su joven espíritu. “Y ¿por qué no ? – se dijo -, pues ¡menudo cómo comen las monjas!” (Ella las había visto comer más de una vez en el refectorio; cada comida un banquete: huevos, jamón serrano , filetes, croquetas, albóndigas, merluza rebozada, pimientos morrones rellenos,

caldos de gallina, chuletitas de cordero con patatas fritas, toda la fruta de la huerta, flanes, arroz con leche, pastitas de almendras de Villafrechós y numerosos fiambres y golosinas.)

Así que aceptó la proposición de Sor Angélica.

## CAPITULO 13

Resultó sin embargo que el trabajo no era juego de niños. Había cinco sirvientas, con ella, y una empleada de cocina (la cocinera jefe era una monja.) Pero como el convento era muy grande y las monjitas se pasaban la vida rezando y no haciendo nada, las seis desdichadas se pasaban todo el día bregando: tenían que fregar los suelos, dar cera al entarimado y a los muebles; luego el lavado de ropa, hacer la plancha, las camas, los cristales de puertas y ventanas; servir todo el día comidas, lavar los platos y cubiertos, pasar la balleta hasta por las paredes y, naturalmente quitar el polvo del medio centenar de cristos, vírgenes y santos de todas las categorías y tamaños que por todas partes se hallaban en pedestales y repisas. Aquello era, en fin, peor que lo de los hebreos en los tiempos de Nabuconodosor, pura esclavitud. ¡Vaya unas hermanitas de la caridad, jopelines!

Y ahora le venía a la joven Muñeiro Platero el recuerdo de sus años de escuela, cuando volvía cada tarde a casa, después de un paseo con sus amiguitas de postín, que era lo que más le había gustado entonces. Esperaba lejos del convento, para que no le echaran el ojo las monjas o una de sus espías, y en cuanto veía a una de las amiguitas, se le acercaba, y caminaban juntas hacía la Plaza de Onésimo Redondo, que era donde vivían dos de ellas, que eran vecinas de la misma casa (la otra vivía en la Calle de los Héroe del Alcázar.) A veces las cuatro caminaban juntas, y se sentaban en un banco del Campo Grande, a charlar un poco, antes de retirarse cada una a su hogar.

Al contrario, ahora era simplemente una esclava sin alma ni voluntad, ni vida propia; sin poder salir o ir al cine los domingos por la noche, o aunque nada más fuera de paseo unas horas al día; y sin poder descansar un minuto en la jornada, y a veces ni la dejaban dormir tranquila por la noche. ¿Qué hacer? ¿Cómo podría escapar de aquel infierno? Si se salía, sin haber antes encontrado otro trabajo, sus padres se enfadarían muchísimo. Otra cosa, allí en el convento al menos comía bien, y había empezado incluso a poner carnes, a pesar del mucho trabajo y el poco dormir; mientras que en otras partes pasaría hambre.

Con todo, tenía que salirse de allí. Lo había estado pensando mucho, y había llegado a la conclusión de que así no podía seguir: la matarían a trabajar las hermanitas; nunca ni por casualidad un descanso, una siesta, o poderse ir pronto por la noche a la cama si se encontraba muy fatigada. Y buscaba, en consecuencia, una salida, un milagro.

Un día, tropezó por casualidad, en los pasillos del convento, con su antigua amiga Encarnita Alcocea; la paró y le preguntó a bocajarro si no necesitaría su mamá por un casual una doncella.

La joven pareció, en un principio, sorprenderse mucho. - ¿Una doncella? ¡Qué cosas tienes, Feli! - . Ya hacía tiempo que no se veían, y a decir verdad, la señorita no había ni reconocido a Feli, allí medio tirada por el suelo como ésta se hallaba. Ella misma estaba muy guapa, con su uniforme azul marino, zapatitos de charol, medias igualmente oscuras, el cuello almidonado y el cabello rubio luminoso, recogido. Estaba haciendo ahora el penúltimo año del bachillerato.

-¡Chica, me has pillado! – repitió, mirando discretamente a su alrededor -. Así, de sopetón. Te lo digo. No sé qué decirte, mona, palabra.

Feli insistió. También a ella le había costado un esfuerzo inmenso el aproximarse a la Alcocea, rebajarse así a pedirle un favor. No iba a soltar la presa ahora tan fácilmente. Sabía que no tenía más remedio que implorar, ponerse de rodillas por así decirlo, si quería llegar a alguna parte. - ¡Encarnita, por favor! ¡Te lo suplico! No sabes lo desesperada que estoy.

Sólo el Altísimo hubiera podido conocer, en toda su complejidad, lo que pasó por la mente de la joven adinerada en aquellos momentos. Era una chica, Feli, muy agradable y simpática, incluso si sonreía poco, y a su modo la Alcocea la quería bien. De todos modos, algo quedaba de la amistad de entonces, de aquel juego de niñas cuando paseaba por las calles con la otra y sus propias amiguitas María Engracia y Teresita. No era escrupulosa o excesivamente presumida la Encarnita, y estaba cansada de ver cómo otras señoritas jóvenes como ella incluso charlaban con las criadas de la casa y las llamaban de tú. Su madre misma era muy campechana,



que, como ella decía, no se le caían las sortijas de los dedos si hablaba con una sirvienta. ¿Qué importancia podía entonces tener el que Feli entrara de servicio en su casa, si además practicaba así la caridad cristiana, le hacía un favor, como ella había dicho, y encima se ganaba puntos para ir luego al Cielo?

Feli entre tanto sollozaba, suplicaba, lloraba, le tocaba a la otra en los brazos, las manos, toda alborotada.

-Por favor, Encarnita, por favor – repetía.

Al fin, no sabiendo Encarnita a ciencia cierta qué hacer o qué decir, suspiró conmovida: -Mira, Feli. No te preocupes, maja. Yo hablaré con mamá, y ya te lo diré la próxima vez que te vea.

A lo cual respondió Feli que estaría al tanto para ver si la veía mañana.

Así es como se salió Feli del convento de Nuestra Santa Madre del Perpetuo Socorro y entró al servicio de los Alcoceas, que ya tenían a la sazón una primera doncella. Pero como la familia tenía mucha prole (nueve hijos, de los cuales Encarnita era la mayor), había siempre mucho trabajo en esa casa, y resultó que había salido Feli de un infierno para meterse en otro aún peor. Levantábase a las siete y trabajaba casi sin descanso hasta las once de la noche, cuando recogía y lavaba los platos y cubiertos de la cena, arreglaba la cocina y se metía en la cama; así todos los días salvo los domingos, en que a partir de las tres y media la soltaba la señora para que pudiera ir al cine, y lo mismo un jueves si y otro no, una simple escapada a la sesión de las cuatro.

Felicitación Muñeiro era una de esas personas que parecen estar destinadas desde el nacimiento a sufrir y trabajar interminablemente, y a llevar un vida triste y solitaria. A los quince años había conocido ya lo que es pasarse una buena temporada enferma, sin poder salir a la calle ni ir a la escuela. Siempre había ido, en las clases y en el catecismo, detrás de las niñas de su misma edad a causa de su estado de salud, siempre la más alta y delgada del grupo, y por ello mismo, siempre aislada y siempre sola. Así que cuando en el último año de la escuela entabló

amistad con una muchacha del colegio de pago tan modosa y esmerada como lo era Encarnita, casi se enamoró de ella. Era como si toda su capacidad de amar de adolescente, hasta entonces subconsciente, se hubiera despertado de repente y depositado por entero en aquella muchachita rubia y suave de su misma edad. Con qué alegría la esperaba cada tarde a la salida del colegio, detrás de un quiosco de los periódicos, como previamente acordado, y luego se iban las dos charlando por las calles menos concurridas y a esconderse en el Campo Grande. A veces también venían Teresita y María Engracia; y entonces ella las seguía, sin decir palabra, escuchando como hablaban las otras de cosas que para ella sonaban a chino, inalcanzables, bellas: el bachillerato, los chicos, salidas, los guateques, el próximo veraneo, Santander, El Sardinero. Cosas todas ellas tan extrañas, y al mismo tiempo tan atractivas, deliciosas como un sueño, una visión de gentes y lugares de calcamonía. Todo eso terminó abruptamente, claro está, el día que se salió de la escuela y entró en el convento como sirvienta. Y luego cuando cambió de empleo aún peor. ¿Aspirar a tener amigas entre las gentes de bien, salir con Encarnita un día, aunque nada más fuera para sentarse por un cuarto de hora en un banco de la Acera a charlar y cambiar impresiones como antes? ¡Imposible de los imposibles!

Es más, ya no había entre las dos jóvenes ni siquiera el **recuerdo** de aquellos días pasados, tan felices. Feli hubiera preferido, en todo caso, no recordarlo. La otra ni siquiera eso, ¿qué le importaba y por qué se iba a afanar sobre una media amistad de la infancia, si no veía cómo continuarla, y además nunca podría ganar nada con ello? Un poquito de *aquello*, sin embargo, sí que había quedado en el alma también de la joven de abolengo, una especie de reminiscencia de algo que había sido y ya no era, que no podría nunca más existir entre las dos. Es decir, Feli lo que ahora más deseaba era borrar todo aquello de su mente, porque le dolía. Encarnita ni siquiera eso; ¿cómo podría sufrir ella por cosas tan remotas, muchacha rica y atractiva ella, lleno el cerebro de aspiraciones tan concretas, un futuro tan prometedor? A decir verdad, su mente estaba llena de otras cosas, y como es sabido el cerebro a veces no da para mucho.

Se veían naturalmente las dos jóvenes a menudo, cuando pasaba la señorita, camino de algún encuentro, y la otra se hallaba en los suelos el estropajo a la mano, por ejemplo. Y cambiaban a veces unas palabras. Luego cada una a lo suyo. Por

alguna causa extraña inexplicable, las dos usaban el “tú”, como habían hecho de pequeñas en el convento: es decir, no en el convento (que allí no se veían), sino en el camino de vuelta a casa.

En honor a la verdad hay que decir que esta segregación, esta actitud de una hacia la otra, y viceversa, era muy natural, especialmente de parte de la Alcocea. Formaban las dos jóvenes parte de dos mundos distintos, por no decir antagónicos, como los elementos físicos que no se mezclan, no entrar en reacción química para formar un nuevo cuerpo. ¿Cómo podía la Feli aspirar a la amistad de una Encarnita, con sus inseparables Teresita y María Engracia, que iban con los chicos de paseo en moto, los cuales hablaban de la facultad y de las milicias, y que iban a hacer oposiciones y esas cosas? Cosas que sonaban a maravillosos cuentos de hadas en los oídos de la Feli, pobre hija de obreros sin trabajo. En otras palabras, a lo más que podía aspirar la joven Muñeiro era a cultivar con la Alcocea una ‘amistad’ semejante a la que había tenido su madre hacía años con la ahora difunta doña María Cristina. Y eso, Feli lo odiaba.

Así llegó Felicitación Muñeiro Platero a esa peligrosa edad en que poco a poco una niña se transforma en mujer y empieza a hacerse mil preguntas sobre su vida y la de los que le rodean. Sin una hermana, una prima, una amiga con quien compartir sus dudas, confesarse, o una madre a quien acudir buscando consejo y consuelo, a quién abrir de par en par un pecho dolorido. Sola en un mundo solitario y triste.

Su madre era ahora una pura rabanera que se pasaba el día en la calle, con otras de su género, cacareando todas juntas como gallinas en un corral; o bien una chillona alborotadora que se asomaba al balcón dando voces, llamando a unas y otras, insultando a todo el mundo. Antes de que la de Argamesilla pasase a mejor vida, ella había sido su mayor enemiga, su antigua señorita a quien había adorado y ahora odiaba. Siempre la llamaba cuando la veía que se precipitaba hacia su automóvil para ir a oír misa en la catedral. “¡Doña María Cristina! - escupía, más que decía - ¿Creía que mi Feli tenía la tuberculosis, eh? Pues ahí está bien hermosa, trabajando ya.” No le había perdonado el que la hubiera echado a la calle por el miedo al contagio por lo de la enfermedad de la Feli. A veces, cuando no venía el coche oficial a buscarla, y se metía la de Argamesilla con su enfermera directamente

en la iglesia de las Angustias, ella las seguía y trataba de entrar también en el templo; pero no la dejaban los sacristanes, a los que se unían los pordioseros de turno, que venían a endiñarla un mojicón o una patada, para que se fuera con la música a otra parte, pues tenían miedo, los desdichados, de que llegaran los guardias y se los llevaran arrestados a todos hacia la comisaría.

Hasta que vio un día, desde su balcón, salir el féretro del portal, seguido de don Joaquín Argamesilla Picavía y los cuatro vástagos, dos o tres de ellos ya mayorcitos. Entonces fue el llorar y lamentarse de que hubiera muerto su señorita, a quien había querido siempre mucho, un verdadero ángel, la mujer más santa del mundo.

## CAPITULO 14

A veces parecíale la vida más un peso que otra cosa. Qué desamparada se sentía la muchacha. Si venía a casa de sus padres, se sentaba en una silla, y allí se pasaba la tarde del domingo, sin saber qué hacer o qué decir. Trató de sacar a su madre un poco, ir con ella al cine; pero Dorotea en seguida decía que estaba muy cansada.

Otras veces entraba la muchacha en el Callejón de los Boteros y subía a ver a las primas. Las dos se habían quedado solteras y salían poco aquellos días. Feli compraba unas pastas o unos bizcochos, y así pasaban unas horas, charlando las tres, mojando los dulces en un chocolate espeso que preparaba para la ocasión Teodosia. Ella masticaba una pasta y se quedaba pensando, mirando a sus dos tías, sin decir nada. La tía Zita, que debía ser de la misma edad que su propia madre, parecía mucho más guapa y más joven que ésta: había un ángel en su cara que Feli no se explicaba, en las circunstancias; pues había sufrido tanto como su madre, o más: conocía la historia de la muerte de Agapito, asesinado en la Casa del Pueblo, al comenzar la guerra, cuando ella misma apenas tenía siete años. Más de una vez la invitó su tía a que viniera cuando quisiera, que le enseñaría la costura y a coser a máquina.

Si un domingo hacía buen tiempo, llevaba Feli a su madre al paseo: el Campo Grande o el Paseo Zorrilla, y le compraba un mantecado helado u otra golosina, para que se callara y no protestara más de que le dolían las piernas. O bien se pasaban la tarde del domingo junticas en el balcón, viendo pasar la gente, los carros, los autobuses y de vez en cuando algún coche. Luego se metían en el piso y Feli, que había comprado una botella de anís de la Asturiana, la sacaba del comodín, y servía unas copas, mojaban en el licor unas galletas, compradas en la pastelería Olmos (que estaba de camino de casa de los Alcocea), y hasta que era la hora de volver a su puesto de sirvienta.

Pero en seguida se dio cuenta Feli que su madre se aburría con ella soberanamente, y que no se interesaba en lo más mínimo en lo que le contaba.

Terminaba la joven por levantarse de su silla, dejando a la madre a la mesa (esa mesa de nogal hermosa que era lo único que quedaba de los tiempos de la República), y entraba en la cocina. Lavaba los platitos y las copas; y luego se quedaba limpiando otras cosas allí sola, medio llorando. Volvía al comedor, y si empezaba a hablar en seguida notaba que su madre no escuchaba, que más bien estaba atenta al murmullo de una radio que habían comprado hacía poco los vecinos del tercero.

-¡Qué gusto, bobina! – decía incomprensiblemente, pues tenía ya voz de borracha y soltaba las palabras, como entre dientes - ¡Si alguna vez tuviéramos un arradio, Feli! Diz que hace mucha compañía.

Había Feli empezado a hablarle de sus trabajos, de los disgustos que se llevaba, con tanto niño, tanta obligación y tanto cuidado que tenía que derrochar; de la tristeza de ver cómo se le pasaban los días, las semanas y los meses, tan deprisa; de las dudas, preocupaciones y fantasmas que le asaltaban. Y apenas había comenzado, y ya su madre la interrumpía, diciendo:

-¡Ay, Feli! No me vengas con sufrimientos, que pa sufrimientos y dolores ya bastante tengo yo con los míos.

Otras veces la veía adormilada, contestando entre bostezos, “Sí”, “¡Claro!” o algo parecido; sin expresión, sin el menor interés, hasta que decía, de repente, sin ton ni son: - Sabes, hija, lo que estoy pensando: no te molestes en traerme golosinas. Mejor que gastarte esas pesetas en venir a verme cada domingo mira, maja, dame esos dineros en mano que yo sabré en que gastarlos. Que me hacen mucha falta siempre un par de duros; y a mí los bollos y las galletas no me hacen mucha gracia.

No le quedó al fin otra alternativa a la desventurada joven que irse por ahí cada domingo, sola y sin propósito. A veces se metía en la Iglesia Penitencial de la Santa Vera Cruz, que estaba allí cerquita. Allí se veneraba una imagen de la Dolorosa al pie de la Cruz, y otra de Jesús atado a la columna. Eran estas bellísimas imágenes que la atraían y le hacían pasarse allí unas horas, sentada en un banco o

postrada de rodillas. El afligido, conmovedor semblante de la Santa Virgen le hacía sentirse muy cerca de ella, una compañera casi; y le pedía ayuda; mientras las beatas, que siempre abundaban en aquel santo lugar, rezaban al pie de cada una de las estatuas, besuqueándolas y alzando la voz en sus rezos, Feli se recogía en sí misma en la sombra, y terminaba anegándose en lágrimas, silenciosa, quietecita. Luego se volvía a la casa, entraba en su cuarto (que compartía con la otra criada), y se quedaba extendida en la cama turca, mirando fijamente al techo, sin poder siquiera dormir.

Un día se fue con la otra criada, Conchita, que tenía diez años más que ella, a un lugar junto al río donde había un baile al aire libre. Cogieron el tranvía en la Plaza Mayor, cruzaron el Pisuerga por el Puente Colgante, anduvieron un rato entre los pinos, y ya oían la música procedente de un amplio merendero llamado "La Bombilla", que estaba siempre lleno de gente.

Los hombres sacaron a la Feli a bailar, y uno la llevó a una mesa, con amigos, y estuvieron bebiendo vino y gaseosa. Uno de ellos le tocó donde no debía, y ella le dio una carada. Entre tanto perdió de vista a la amiga, y tuvo que volver sola a casa.

Después de aquella experiencia, Feli se miraba mucho al espejo. Se pintó los labios, se depiló las cejas, se puso colorete en las mejillas; y con el cabello suelto y dejándolo caer un poco por delante como las artistas de cine, parecía más mujer de lo que era. Y a bailar todos los domingos y divertirse.

A menudo, cuando era la hora de volver, los hombres se ofrecían a acompañarla a casa. Eran en su mayoría estudiantes y soldados, muy atrevidos, que luego en la oscuridad de los pinos, caminando hacia la ciudad, la tocaban, abrazaban y trataban de alzarle la falda.

Definitivamente era un camino escabroso el que estaba destinada a recorrer en esta vida, pobre Feli. Fueron unos días verdaderamente difíciles para una jovencita como ella. El descubrir que atraía a los hombres, ver que era lo suficientemente bonita para que quisieran abrazarla y besarla, la halagaba. Mas había detrás de aquello algo que le daba mucho miedo, aunque no sabía a ciencia cierta qué. Luego

venía la cuestión de cómo mantener aquel ritmo, dinero. ¿Cómo satisfacer el deseo de vestirse bien, maquillarse y hacerse hermosa, en un mundo que condenaba a las chicas como ella a estar desde el nacimiento privadas de todo, pertenecientes a una llamada clase baja, bajísima, sin derechos ni existencia ciudadana siquiera? Bien poco le daba de sí el sueldo de miseria que le pagaba cada mes su señorita como quien hace un acto de caridad. Y encima sus padres esperaban que algo de ello fuera a parar a sus bolsillos, para gastarlo en vino y emborracharse, y luego pelear como dos fieras. ¡De cuántas luchas no había sido ella testigo desde su más tierna edad! Esa era toda la vida de hogar que había conocido.

Invariablemente le venían a la mente las ideas más extrañas, deseos horribles, conceptos o planes absurdos, y la desesperación más completa. Su vida, ¿es que iba a ser siempre así?, ¿por qué estaba ella condenada a no ver más que miseria y tristezas, cuando otras lo tenían todo tan bien y tan fácil? No, no llegaría nunca a salir de aquel pozo: un existencia dolorida, un torbellino, un círculo de ansias y congojas: vicio, suciedad y privaciones de todas las clases. Para las Encarnitas, las Teresitas y las Mariengracias eran todos los placeres, abundancias, vestidos, libros, carreras, veraneos en Santander, chicos que enamorar en los guateques de las casas ricas. Mientras que ella sola conocía el abuso, los insultos, la soledad, la falta de todo. ¿Por qué? ¿Por qué? Y aún más apremiante era la pregunta, ¿cómo ponerle remedio?, ¿cómo escapar de aquel callejón sin salida que parecía ser su sino, su natural destino? Y le venían muchos pensamientos tristes y provocadores, momentos de desesperación, de odio hacia todo lo existente. Se le ocurrían cosas muy raras, ideas locas casi imposibles de realizar, riesgos enormes, aventuras peligrosas, pasos irreversibles, conduciendo cada vez a algo aún más profundo y negro.

Al levantarse de la cama cada lunes, estando Conchita todavía dormida en la otra cama, salía Feli de puntillas y se dirigía al hermoso cuarto de baño de los señoritos, pensando en cómo la habrían visto los chicos ayer tarde. Se acercaba al espejo, veía ese cabello abundante, rizado, alborotado, esos grandes ojos de un mirar diferente (exóticos, le había dicho un estudiante de medicina); la nariz un poco respingona y fina, los labios bien formados, abultados, y que hacían como dos hoyuelos deliciosos en cada extremo de la boca; y esa hilera de dientes armoniosos,



blanquísimos. ¡Ah, si fuera ella capaz de hacer como había hecho aquella Juanita, antigua vecina del tercero, de quien gustaban tanto los hombres, y que la habían hecho tan adinerada!

## CAPITULO 15

Al domingo siguiente no fue al baile de “La Bombilla” del otro lado del Pisuerga. Telefonó a Juanita, que vivía ahora en la Avenida de José Antonio, y preguntó si se podrían ver aquella misma tarde; que iría, si le parecía, a visitarla. En efecto, hacía ya tiempo que, habiéndose encontrado en la plaza las antiguas vecinas, Juanita le había pedido muy encarecidamente que viniera a verla, que viniera cuando quisiera, y que le enseñaría el piso tan majo que le había puesto su Joaquín. “Y hasta que me han puesto un aparato telefónico – había dicho Juanita, muy exagerada y muy simpática -; aquí tienes el número. Tienes que prometerme que me llamarás, Feli, mona. Ya sabes hacerlo, ¿no?”

Cuando se decidió la muchacha a aceptar la invitación, yéndose al Café España a fin de telefonar a su antigua vecina, ésta se puso muy contenta. - Sí, Feli, guapina – llegó la voz del otro extremo del cable -, no faltaba más; hoy mismo, claro. Aquí te espero. Cuando quieras; - y su alegría sonaba genuina.

-¿Es... estará don Joaquín? – todavía insistió la joven, tartamudeando – Yo n... no quiero molestar, sabes.

-No, mona, no. Ya te he dicho que cuando quieras. ¿Me oyes? ¿Estás ahí? Pues ya sabes. Además si los domingos no viene, boba. Que los pasa con sus hijos, ¿no sabes? Oye... ¿estás ahí?

-Sí. Dime.

-¡Hum! Pues que te estaba diciendo que, no faltaba más. Tú ven cuando quieras. Esté o no esté él. Tú ya sabes que entre nosotras no debe haber cumplidos.

Por la tarde Juanita recibió a su amiguita con los brazos abiertos. Le enseñó el piso con orgullo de ama de casa, todo él muy limpio y arreglado con sumo esmero, lleno de estantes, y comodines con cristales biselados, mostrando objetos y

ornamentos de calidad. – Es que Joaquín tiene muy buen gusto, mujer, ya sabes que es de abolengo. Y yo quiero darle gusto en todo – explicaba, mirándose muy coqueta en espejos, lunas y vitrinas según se movían por la casa. - Le mostró el armario de tres cuerpos, repletito de buenísima ropa, vestidos hechos por las mejores modistas, faldas de lana para el invierno, chaquetas de hechura de sastre, pieles, terciopelos; y, a un lado, en amplios cajones, gasas, medias, vestidos vaporosos, organdí, braguitas menudas con encaje en las costuras y de todos los colores, ropa que era una delicia, tanto al tacto como a la vista, y aun al olfato, habiendo su propietaria rociado todo aquello con agua de colonia y finos pétalos de flores. – Es que quiere que vaya muy bien vestida, bobina, que Joaquín es muy elegante en todo, ya sabes -. (Todavía no le llamaba Quinito, como le había llamado *la otra*.) Luego pasaron a la despensa, repletita con cosas que le había traído el asistente de la pastelería Olmos y de los economatos del Cuerpo. La bodega de su Joaquín estaba también bien surtida, con vinos y licores, de los cuales escogió una botella de anís de una marca desconocida para Feli, *Marie alguna cosa*. Se sentaron juntas en un sofá, y bebieron unas copitas con pastas; luego volvió Juanita sola a la cocina, a preparar unas tazas de café, no sin antes haber vuelto al comedor con el molinillo, para que lo oliera su amiguita: - Café de verdaz, no te creas; que se lo han traído a mi Joaquín de Lisboa, un diplomático. – Continuó dando vueltas a la manivela, para que se empapase bien Feli del aroma, y después se volvió a la cocina, de donde tornó a salir con las dos humeantes tacitas.

Hablaron de muchas cosas las dos amigas, y Juanita confesó, agarrando nerviosa las manos de su exvecinita, que había puesto una vela a San Antonio para que le concediera un don muy preciado, que ahora se lo podía pedir, habiendo pasado más de un año desde la muerte de la otra. Y, como Feli expresara ignorancia o sorpresa, ella exclamó : - ¡Ay, no te lo puedo decir, es un don especial que quiero que me conceda el Santo: ya sabes que es el de los enamoraos.

Feli entonces, despertada su curiosidad, pidió que le dijera de qué se trataba, por favor, que ella lo quería saber, y que no se lo diría a nadie.

-Pues, chica – exclamó Juanita, juntando las manos en actitud en parte de histeria y en parte de fervoroso rezo -, que no pierdo la esperanza de que me lleve algún día al altar, ya sabes.

A las ocho, prepararon entre las dos una merienda cena. No, que no era nada, boba; que tenía mucho gusto en invitarla, y que no dijera que no. Y allí no faltó de nada: pan blanco de hogaza, salchichón, chorizo, jamón serrano, butifarra, y hasta mantequilla para el pan, que de todo había en aquella casa; y arrojándolo todo, un vino de mesa que Juanita llamaba vega sicilia, y que la muchacha no había catado ni oído nombrar nunca: una botella entera de esas que había que sacar un corcho y todo, con un sacacorcho lo sacó la Juani. Ambas riéndose y besándose de amistad todo el tiempo.

Terminada la botella, ya para irse la amiguita, preguntó Juanita: - Y ¿cómo te van a ti las cosas, chica?, que con tanto hablar de lo mío, ni siquiera me ha dao tiempo a preguntarte.

-Pues yo continúo igual. Es decir, bastante regular.

-¿Con los Alcoceas?

-¡Ah, sí!, con los Alcocea.

-Y ¿cómo te tratan?

Feli emitió un sonido, semejante a un resoplido. – ¡Bafff! Ya ves, trabajando de ocho a diez, casi todos los días, mañana y tarde, por cien pesetas y la comida. Para una familia de siete, bien poco es, ¿no?

-¡Ay, ay, ay, qué escándalo! Y ¿cómo lo aguantas, majina?

-Ya ves. ¿Qué voy a hacer? A la fuerza ahorcan, ¿no?

Estaban despidiéndose en el descansillo cuando cambiaron estas últimas palabras, y el ascensor estaba ya llegando al piso: abrió la verja Feli, para que no se le fuera, y se volvió a la amiga: - Bien poco es – dijo, con esa mirada triste que le caracterizaba -, pero menos da una piedra, ¿no?

Ya entraba en el ascensor, cuando se le acercó Juanita y la dio un beso en la frente, casi como una madre. – Mira – articuló -, te lo digo con toda confianza. Si algo se te ofrece, maja. Aquí me tienes. - Y todavía sin cerrar la puerta del ascensor, cogiendo la mano de la joven, confirmó la amiga, por si acaso no se había hecho entender: - Lo digo por si algún día desearas cambiarte de casa, que yo estoy buscando chica, ¿no sabes? Lo dicho, pues. Ya sabes donde me tienes.

## CAPITULO 16

Aquello fue para Feli un gran acontecimiento, algo así como si le hubiera tocado el gordo de Navidad. Todo se le volvía pensar, en el camino de vuelta a casa, en lo que le acababa de ocurrir: su conversación con Juanita, la suerte que había tenido al decidirse a ir a verla, lo que ella le había dicho en la escalera al despedirse. ¿Qué podía y que debía hacer ahora? ¿Cómo se lo plantearía a su señorita, si en efecto se decidía a despedirse de ella? Quizá tuviera que darle una o dos semanas de aviso, para que fuera ella buscando otra doncella, pues con tantos hijos no le resultaría fácil, cuanto más que quería siempre doncellas experimentadas y la mayoría de las que andaban buscando plaza eran paletas venidas recientemente de los pueblos.

Estaba cogitando sobre todo esto cuando se dio cuenta que había llegado a la Calle de las Angustias. No eran todavía las diez, así que decidió hacer una visita a sus padres: seguramente que su madre se alegraría cuando le hiciese partícipe de la buena nueva. En seguida oyó las voces y chillidos de sus progenitores, saliendo por el balcón abierto. Y en la escalera todavía peor. Al padre casi no se le oía, es decir, se le oían poco; pero cuando abría la boca, eran insoportables sus gritos estentóreos de borracho. A punto estuvo la muchacha de volverse atrás; y si no lo hizo fue, paradójicamente, a causa de su misma timidez, y esa fuerza común a todas las acciones u omisiones que es la inercia. Se dejó llevar, continuó subiendo.

Como siempre en el verano, habían dejado la puerta abierta, para que circulara el aire. Y en seguida vio Feli, en el medio del cuarto, a su madre, sofocada y sucia, en actitud como de estrangular a su padre, habiéndole agarrado por detrás, abarcándole con un brazo el cuello; y al mismo tiempo, le agarraba con los dientes la oreja. Lucio, tan delgado que parecía un tísico, trataba de deshacerse del abrazo dándole a la esposa golpes con el codo en la barriga. Debía haber perdido las gafas en la refriega, y estrechaba tanto los párpados que apenas se le veían los ojos. Ambos estaban embriagados (era obvio), y tanto que no parecían, vomitando espuma como estaban, sino que en lugar de seres humanos fueren dos sierpes o reptiles venenosos. A un momento dado, haciendo una horrible mueca, hincó bien

los dientes la madre, dando lugar a que saliera un grito desgarrador de la garganta del padre.

-¡Ay! ¡Ah, hideputa! ¡Suéltame, que te mato!

Uno de los golpes de Lucio, hincando un codo en una teta, debió causarle a Dorotea tanto dolor, que inmediatamente soltó ésta la presa, doblándose al mismo tiempo en dos. Lo cual supo aprovechar al instante el marido, que agarrándole a tientas la cara con sus grandes manos huesudas estuvo a punto de dejarla ciega, metiendo bien los pulgares en las pupilas.

Feli se había quedado inmóvil en el umbral, transida de vergüenza y de dolor. Aun acostumbrada como estaba a ver a sus padres insultarse y pelear, aquello era, en aquel instante, más de lo que había esperado nunca contemplar, o humanamente soportar. Ese viejo cadavérico, y esas manos; aquella cara abotargada, esos ojos, los dientes casi podridos, manchados de sangre. Y ¡eran esos sus padres!

De pronto oyó un alarido, y vio a su madre que se apartaba llevándose las manos a los ojos, retorciéndose de dolor; momento que aprovechó el padre para lanzarse sobre ella, dando un gruñido de fiera salvaje; de la oreja izquierda chorreábale la sangre. Ella estaba de rodillas, las palmas en la cara. - ¡Zorra, más que zorra! – gritaba él, pegándola en el cráneo con los puños.

Resistiendo a la náusea que le subía de las entrañas, un dolor en todo el cuerpo que hasta entonces la había paralizado, corrió Feli a la alcoba donde estaba durmiendo su hermano tan campante, tapándose las orejas con la aholmada, los brazos en tenaza, y le zarandó, diciendo: - ¡Despierta! ¡Levántate, Lucito, que la está matando!

-Vete a la mierda.

-¡Ayúdame a separarlos! ¡¡Lucito, que la va a matar!!

- Y ¿qué ? Un estorbo menos, ¡joder!

En esto oyeron un golpe seco, augurando lo peor.

Se levantó asustado el muchacho, y entró en el comedor, donde ya su hermana se había hincado de rodillas junto al cuerpo de su madre. – Déjala ya, papá – tuvo la fuerza Feli de volver la mirada y suplicar.

Al mismo tiempo el muchacho había agarrado al padre por detrás, como para estrangularle. - ¡Se acabó, cabronazo, lo oyes! – gritó. Y empujando el cuerpo enclenque del borrachó, añadió: - ¡Hala, hostia, a dormir! ¡Que ni siquía beber sabes, marica!

-Dejarme, de... dejarme ca... cacabe c... con ella – todavía gritaba el pobre esqueleto, todo el tiempo arrojando esa espuma por la boca.

-¡Déjala té dicho! – volvió a gritar el muchacho, dándole una carada.

Lucio se apartó asustado y empezó a llorar. - ¿A... a mí? – gemía - ¿A tu padre le levantas la mano? Hi... hijo desnaturalizado, que... ni religión ni respeto ni... ni... nada tienes, nada más que maldad, hi... hijo desnatu... desnatu.... A tu padre le... le...-. Y cayó en la cama turca, temblando y llorando como un niño.

Ya lo peor había pasado. Dejaron a la madre durmiendo en su jergón, y Lucito volvió a su alcoba, donde en seguida otra vez se quedó dormido. Feli se quedó sola, en una silla, esperando a ver si se dormía el padre. Luego se fue a la cocina. Tenía los codos en el poyo que hacía de mesa, la cara en la palma de las manos, cuando oyó que daban las once por el reloj de la catedral. Ya era tarde para volver a casa. Así que decidió quedarse allí hasta la madrugada. De aquella ilusión con que había llegado al antiguo hogar, para anunciar a la madre la posibilidad de un nuevo empleo, con Juanita, ya no le quedaba nada. Nada le importaba ya en la vida, absolutamente nada: el que continuara con los Alcocea, o fuera de doncella con la antigua vecina del tercero, o incluso que cambiara de rumbo y se metiera otra vez en el convento para hacerse novicia, todo le era igual; sólo quería que pasase el tiempo, que se hiciera vieja, y que al fin dejara de existir, ¡para vivir una vida así!



Sintió unas ganas enormes de arrojar. Había apagado todas las luces del piso (dos bombillas) para que no se despertaran los otros, y anduvo hacia el retrete a tientas; no llegó a tiempo, y estuvo vomitando en la pila de piedra unos momentos terribles, angustiosamente largos.

Ni siquiera tuvo fuerzas para coger un cántaro del balcón y limpiar la porquería. Se limpio un poco el morro con una rodea, Y terminó sentándose en el suelo, junto al medio balcón abierto, para respirar el aire fresco de la mañana; y doblado el cuerpo en dos, el rostro entre las rodillas, se quedó dormida.

La despertó el sonido de unas campanadas que venía de la parroquia de enfrente. Se levantó sin hacer ruido, y salió a la escalera. Momentos más tarde estaba atravesando la calle en dirección a la iglesia, donde entró con un grupo de devotas viejecitas silenciosas, todas ellas tocadas de negro. Se sentó en la capilla del lado derecho, oyendo misa, evitando el altar mayor para no ser vista y reconocida, hacerse en lo posible invisible. Siguió le oficio mirando a Nuestra Madre de las Angustias, que ya no era una virgen “de los cuchillos”, ya que ni siquiera le quedaban los puñales que habían sustituido durante algunos años las espadas de plata del tiempo de la guerra (ahora los cuchillitos de acero estaban en un estuche de cristal encima de una repisa.) Contempló aquella preciosa joya escultórica con el corazón lleno: se veía a la Virgen con la cabeza traspuesta, la vista arrebatada al cielo, la boca entreabierta, algunas lágrimas en la mejillas y la derecha mano al pecho. Y se le llenaron de lágrimas sus propias mejillas de hermosa muchacha entristecida. Sí, lloró abundantemente: no la pérdida de un hijo (como la Virgen Santísima), sino de unos padres indignos, un hermano que no lo era menos, y una humanidad que la despreciaba, que la apartaba de sí, y a la que terminaría odiando, enteramente.

Salió del templo hacia las siete, cuando decidió que ya podía volver a su puesto. Entró en la casa, como de costumbre, por la escalera de servicio. Dio unos golpecitos en la puerta con los nudillos, y no habían pasado diez o doce segundos, cuando se abrió ésta sigilosamente, y ya Conchita la tenía en sus brazos, besándola

y dando gracias a Dios que había vuelto su compañera. ¡Tan contenta estaba de ver que no le había pasado nada a Feli! Y empezaron las dos juntas las tareas del día.

## CAPITULO 17

El día amaneció para Dorotea mustio y desabrido, como cada mañana últimamente. No se encontraba nada bien. Le dolía el alma, se decía. Tenía el cuerpo magullado, las vísceras a punto de estallar, no solamente por la riña de la pasada noche, que le había dejado cardenales por todas partes, sino además y sobre todo por la mala vida que llevaba, que había llevado todos estos años, sin que ya hubiese mucha posibilidad de remedio.

En parte toda esa decadencia, decrepitud o como quiera llamársele se debía a las circunstancias, la explotación de que había sido siempre objeto, una víctima expiatoria en todo, por su falta de fortuna y por su condición de mujer. Y luego, había pasado por una guerra, la victoria del fascismo, la instauración de la dictadura ...; pero en parte también ello se debía a su propia desidia, sus contradicciones, su cobardía, su falta en todo momento de sentido común. Como tantos otros.

Su cuerpo en realidad era ya un trapo viejo: no valía nada. De ahí que tuviera que acudir en sus pensamientos a otra cosa, aunque hubiese que inventarla : el alma imperecedera. En fin, lo que le habían enseñado los curas y las monjas ya desde pequeña. En los momentos difíciles, cuando se encuentra una sin fuerza para continuar sosteniendo este peso que es la vida, hay que encontrar algo, salir adelante con algo sublime, superior, por irracional que ello sea. Y ¿qué mejor que el Espíritu invisible, que nadie puede probar que **no** existe?

« ¡Oh! ¡Si nunca tuvieras necesidad de comer, beber y dormir, sino que siempre estuvieses alabando a Dios, y solamente ocupándote de cosas espirituales! »

Como un sueño hermoso. Pero su sueño de la noche pasada **no** había sido hermoso. Se le habían aparecido unos seres que le estaban haciendo sufrir mucho. Y todo lo veía ahora, despierta, otra vez. Contiendas y disensiones que la habían

agitado y hecho mucho llorar. Y ahora sabía por qué: había mucho ofendido a Dios, que no quiere la discordia, sino la paz. Por eso.

Ella quería escapar, volar, buscar la libertad. Y no podía. Miraba a su alrededor, y no era nada: cuerpo, materia, pus.

« Era a Dios a quien buscaba, dentro y fuera de su corazón; porque sin Dios nada se alcanza, y Él nos abraza a todos con amor entrañable. »

Así que despertó temblándose toda. ¡Un mal sabor de boca tal!, y ¡ese cansancio, ese vacío! Era como morir de despecho y de deseo, dos dolores anejos. Se mordía las uñas, sin moverse de la silla en que, saliendo de la cama, había caído sentada, incapaz de actuar o pensar. ¿El cuerpo? Era definitivamente una inútil.

« ¡Gente de la clase baja, sin religión y sin los dones del alma. Sin ese hálito de vida, ese efluvio suave, apacible que flota vaporosamente por los aires, trayendo la Buena Nueva... »

¿Cómo podía una vivir, haber vivido tantos años en la ausencia del Redentor, condenada, sin la posibilidad de salvarse siquiera en **la otra vida**?

No era su culpa. Aquella casa, el barrio, su Lucio, los hijos, tanta miseria, el hambre y la falta de todo... la habían conducido a la desesperación y al pecado. Tenía que haber un Dios a quien acudir, un Salvador. Aún arrastrada como estaba, tenía que intentarlo, nacer a una Nueva Vida. Le escucharía el Altísimo, porque Él ama y perdona a su pueblo.

« Alúmbrame, Buen Jesús, con la claridad de tu lumbre interior, y quita de la morada de mi corazón toda tiniebla. »

No había sido Dorotea nunca una beata como las otras. La Fe le venía a rachas, por momentos; y esta triste, oscura mañana sentía la necesidad de acudir al Padre Celestial. Arrastró su cuerpo fofo hasta la cocina, y se paró delante del medio

balcón, el batiente que ocupaba el espacio entre el minúsculo retrete y el tabique de madera que dividía el piso en dos partes desiguales.

No se había equivocado. Soplaban un viento otoñal que había llegado de repente a la ciudad y había transformado un tiempo casi veraniego en algo desagradable y frío, anunciador de un invierno prematuro. Transportaba el viento en las alturas infinitas hojas muertas que flotaban moviéndose en desorden: hojas negras, rojas, mustias y amarillas, sin que ella pudiera explicarse de donde venía todo aquello, pues allí no había ni árbol, ni arbusto, ni nada que se le pareciera.

Vio unos bultos oscuros que se movían allá abajo lentamente, envueltos por una especie de neblina, como una multitud de objetos animados que a la iglesia parecían dirigirse. Y sintió de pronto unas ganas tremendas de unirse a ellas, esas viejecitas negras, pues era de las beatas del barrio que se trataba. Campanas.

-¡Ay! ¡Si me doy prisa todavía llegaré al evangelio!

Así que se preparó un desayuno de achicoria y, a renglón seguido, tal como había salido del lecho, dejando a su marido que continuara durmiéndola en la alcoba, abrió la puerta del piso y descendió torpemente la escalera, palpando las paredes para no dar un traspié y caer rodando en el vacío.

Cruzó la calle y entro en el templo, pasando entre el desecho humano que ya se acumulaba en el atrio, mendigos que extendían los brazos implorantes desde el suelo, ¡esas manos!

“¡Una limosnita por el amor de Dios!”

Entró en la Casa del Señor, iluminada, esplendorosa. ¿Qué mejor morada para consolarse de los sufrimientos y desvelos de la vida? ¿Cómo podía haber tardado tanto tiempo en volver? Allí estaba la Virgen Santísima, madre sufriente, y el cuerpo ensangrentado de Jesús de Nazaret. A sus sagrados pies postrose de rodillas. Rezaba.

El sacerdote, en su casulla dorada y de otros colores, vuelto de espaldas, decía la Santa Misa. Al llegar al Evangelio se volvió a los fieles y los exhortó a que entraran en el Cuerpo de Cristo, como había repetidamente instado el Papa.

- ¡Volvez vuestros ojos a la Cruz, avanzad en el mismo espíritu en que avanzó Nuestro Señor Jesucristo, cuyo Cuerpo inmolado está presente!

Y ella seguía rezando, torpemente como en todo, pero rezaba, imploraba que no la abandonase el Señor., mientras el sacerdote oficiaba, hablando de las dificultades de la vida, diciendo que, ahora que Rusia había ganado la guerra, había que hacerse uno en el corazón de nuestro Caudillo, pues no quedaba más que España como baluarte de la civilización cristiana, baluarte que había que defender y sostener con nuestras vidas, si fuera necesario.

-Momentos difíciles se aproximan – continuó -, especialmente en lo que se refiera a la abundancia de bienes materiales, pues van a hacer el bloqueo de nuestra amada patria todos los rojos del mundo. Mayor razón para que gocemos de los bienes del alma. Los designios del Altísimo no son que os colméis de las veleidades que alimentan el cuerpo, sino de los bienes que engrandecen el Espíritu. Tenéis que desprenderos de todo el bagaje encumbrante y seguir el Camino de la Cruz, que es la verdadera revelación. Porque el cuerpo es perecedero y el alma tiene vocación de eternidad. Olvidad vuestras penas y dolores personales. Mirad hacia Jesucristo que murió para salvarnos a los hombres. Seguid el ejemplo de los Santos y los Mártires, y haced dulce vuestro sufrimiento, que la intención de Dios ha sido siempre favorecer a los hombres para que, cada uno en su propio estamento, alcancemos todos el grado de felicidad que nos corresponde aquí en la tierra, y luego la vida eterna del Cielo.



## CAPITULO 18

Empezó a trabajar Feli en su nuevo empleo tan pronto como satisfizo los requisitos para salirse de la otra casa, donde la señora la llamó entre otras cosas egoísta, desagradecida y mal educada, añadiendo que ya vería lo mal que lo iba a pasar en adelante, con lo bien que le había ido en aquella casa, correterona, más que correterona. Y en verdad que continuó trabajando de lo lindo, la pobre, en su nuevo empleo; pues su nueva señorita no daba golpe: que se pasaba el día maquillándose y durmiendo siestas. ¡Así se había puesto ella de guapa y de rolliza!

Lo que sí tenía ahora Feli era más libertad, más tiempo para dedicarse a sus cosas, ya que en los anteriores empleos no había tenido tiempo ni para arreglarse de vez en cuando un poquito. Ni era Juanita de esas mujeres que se pasaban el día entero detrás de las criadas para ver si trabajaban y espiando para que no comieran a escondidas los fiambres de la casa, destinados exclusivamente para los señores y otros privilegiados. Y hasta le prestó a la Feli un juego de llaves, incluyendo la de la despensa, y otra para el portal, por si algún domingo se le ocurría ir al cine y volvía tarde a casa: y que no tuviera que andar llamando al sereno.

-Ahora, eso sí, una cosa te pido, Feli, y es que no andes tuteándome de ahora en adelante, ni a solas ni en presencia de otras personas – le dijo, en conclusión -, porque no estaría bien visto, mujer, por mi posición, ¿no sabes?, que digan que no me hago respetar. Y luego, que Joaquín no lo consentiría; yo por qué te voy a engañar. – Y ella misma dejó de llamar a la muchacha ‘majina,’ o ‘mona,’ u otros calificativos de cariño y amistad, que habían parecido tan naturales cuando las dos vivían en el mismo inmueble de la Calle de las Angustias.

Una de las mejoras más perceptibles en la nueva vida fue la comida, la alimentación de la pobre muchacha, que al pasar del convento a la casa de Alcocea había dado un bajón muy sensible; pues en aquella casa, a pesar de que era el cabeza propietario de un restaurante famoso, se comía muy mal, y la señora tenía siempre muy agarradas las llaves de la despensa; y aunque todos los miembros de



la familia se metían buenas tajadas en el cuerpo a escondidas de las criadas, éstas pasaban hambre: servían el cocido o el guisado de turno en la mesa, y con lo que quedaba en el puchero, que de ordinario no era mucho, ya iban ellas que ardían: que estaban los tiempos muy malos para dar más. Hasta le había vuelto a Feli aquella tos maligna que fue crónica desde antes de la operación, y que desapareció nada más entrar a servir en el convento. ¡Así de desmejorada se había quedado sirviendo en la casa del estraperlista Alcocea!

Ahora no. Con la nueva señorita, doña Juanita García Gómez, comía la Feli muy bien, y no sólo de lo que daban los de Abastos, con las cartillas del racionamiento, que en verdad que en aquella casa había de todo, y lo de los cupones casi que se despreciaba; como buen militar, don Joaquín Argamesilla Picavía sacaba tajada en todas partes, y estaba siempre en consecuencia bien repleta la despensa. Estaba establecido que el coronel vendría a ver a su amante un día sí y otro no: más o menos, pues a veces dejaba pasar varios días sin aparecer, teniéndose en cuenta las circunstancias de cada momento: familiares o profesionales, o simplemente que se encontrara cansado. El trabajo en realidad era lo de menos, y en su posición él ya se podía permitir todo. Los juicios sumarísimos, en todo caso, ya no le tomaban tanto tiempo como cuando todavía vivía su ahora difunta esposa; es decir, se celebraban menos de ellos, pues habían caído ya tantos en el penoso período de la posguerra, y estaba ya el pueblo español tan acojonado y tan sumiso, que don Joaquín, como todos los mandos del régimen, disfrutaba de largos períodos de descanso o ausencia, sin que nadie le echara de menos. Entonces se pasaba el día entero encerrado con Juanita, o salían los dos de viaje a algún pueblo importante de los alrededores.

Nunca se les veía juntos en la calle, paseando del brazo por ejemplo en la Acera, como habían hecho en otros tiempos, cuando paradójicamente vivía la esposa legítima, y él lo tomaba aquello como pura bravata de hombre macho. Probablemente es que tenía el caballero miedo ahora de que le vieran sus hijos, dos de los cuales eran ya mayorcitos. Para compensar, se iban los dos juntos de viaje, él vestido de paisano, ella pasándose por su esposa (para lo cual les había proporcionado un amigo sacerdote un certificado de matrimonio, que no se diferenciaba en nada de los verdaderos.) Y viajaban en los coches camas de los

trenes de lujo en un mismo compartimento, y compartían una habitación 'legalmente' en los hoteles, donde registraba él la entrada del 'matrimonio' como si tal cosa. Hoteles de abolengo, desde luego. Uno de ellos el del Sardinero de Santander. ¡No le gustaba poco a la Juani pasearse del brazo de su 'marido', durante aquellos deliciosos veraneos, en los jardines del Piquío, contemplando el mar, que era la primera vez que lo veía , o entrar en la Taberna del Puerto a tomar algo en la barra, entre los santanderinos, o entre los veraneantes en el Paseo Pereda (reconstruido después del Gran Incendio), sentarse en la mejor terraza a la hora de la vermú, los restaurantes caros por la noche! Era para ella como entrar en el Paraíso Terrenal, una vida de ensueño, un gozo jamás imaginado antaño.

## CAPÍTULO 19

Durante estas escapadas de su señorita hacía Feli de su capa un sayo, y se vestía y arreglaba como una señora, luciendo objetos de bisutería que se había comprado con los dineros que sisaba cuando iba a las tiendas y a la plaza. Ahora bien, ella no había sido nunca una libertina o una abusona, y en esos momentos de 'libertad' fue siempre hasta cierto punto comedida: no tocaba las joyas o prendas de lujo de la señora, si se dejaba ésta atrás, por un decir, algún collar, o una piel cara o incluso bufandas de seda, medias y esas cosas. No quiso nunca presumir de casa, por ejemplo, o actuar indecentemente, invitando a hombres, como hacían otras criadas cuando se ausentaban los señores para el veraneo o iban al pueblo para la Semana Santa. Además que no tenía en aquel entonces ningún amigo que invitar. Era una muchacha tan tímida y reservada y había vivido siempre en el fondo tan sola que, aun cuando sentía la necesidad de comunicar o confesarse con alguien, pedir ayuda o consejo, se callaba y no buscaba a nadie. Siempre encerrada en sí misma. Si necesidad había, descargaba el nublado medio escondida en una iglesia, delante de la imagen de una Virgen, y cuando había cesado de llorar, se enjugaba las lágrimas y se salía a deambular por un rato en las calles, evitando las miradas de las gentes. Y a otra cosa.

La única excepción a la regla fue Conchita de Dios, la sirvienta con quien había compartido un cuarto interior en casa de los Alcocea durante casi nueve meses. Entonces sí que se excedía la Feli: enseñaba la casa a la amiga, la habitación de su señorita, levantaba la cama para que viera el organdi de las sábanas, lo palpara un poquitín; sacaba los cosméticos de la cómoda, se perfumaban y pintorrojeaban las dos como 'unas señoras' y se reían muchísimo.

Conchita era una muchacha algo miope, con cara redonda, que venía de un pueblo miserable de Zamora llamado Guarrate, donde no había habido nunca nada de nada, y era la pobre por tanto un poco paleta. De ahí el entusiasmo con que lo absorbía todo; pues era dedicada e inteligente. Y la casa de doña Juanita García estaba para ella llena de novedades. Usó el teléfono, llamando un número al tuntún,

dio cuerda a un reloj antiguo, luego vueltas a la manivela del molinillo de café, y parecíale aquello un delicioso juego. A Feli se le caía la baba, viendo como se divertía su amiga, y bastaba que las dos se cruzasen las miradas para romper otra vez en carcajada limpia, acercándose una a otra y dándose golpecitos de amistad en los dedos y en los antebrazos. Y vuelta a las risitas.

-¡Ay chica, mona, voy a sacarte una cosa especial que le han traído a Joaquín de Francia – dijo la Feli, imitando la voz melosa de Juanita, de cuando ésta le invitó a que viniera a su casa, aquella primera vez. Y sacó una botella de cuadrada sección, que Conchita cogió entusiasmada en sus manos.

-Ma...ríe Bri...zar –medio deletreó, acercando la botella a la cara, que casi tocaba con las gafas la etiqueta.

-¿Quieres probarlo? Es un anís muy dulce, vas a ver.

Lo probaron, y repitieron, llenando una segunda vez las copas. Luego, más alegre que unas castañuelas, sacó Feli de un cajón una olorosa cajita de habanos, que guardaba en la casa el querido de la señorita; la abrieron, cogió cada una un puro, y ¡a la boca! Y luego, haciéndole girar entre los labios con los dedos. En seguida, alarmadas (aunque todavía soltando esas risitas), empezaron a limpiar las babas de las puntas con una suave bayeta, y volvieron a dejar la caja donde la habían hallado.

-No importa – decía la Feli -. No lo va a notar. Y si lo ve, que se fastidie. Es un hipócrita y un cobardón, que tenías que ver como se doblega ante ella. Sólo para que le deje meterse con ella en la cama, ya ves.

Y continuaron hablando mal de los dos, especialmente de Juanita que, por pura coincidencia, la había conocido Conchita en su niñez, en la escuela de Fuentesauco.

-Pues si vieras lo cursi que se ha vuelto – señalaba la joven Muñeiro, tronchándose de risa. - ¡Ay, no me llames de tú, Feli –, continuó, mimcando a la señorita -, que no estaría bien visto en mi posición actual, y luego todo se comenta!

-¡Huy, ya lo sé! Si era así ya en la escuela – confirmó la De Dios.

Feli volvió naturalmente a buscar y solicitar a su madre durante aquellos períodos, relativamente breves, de libertad condicional; pues le hubiera encantado enseñarle el piso de Juanita, pasar con ella una tarde tomando un chocolate con bizcochos o cualquier otra cosa. Sin resultado. De su madre ya no podía esperarse nada. Era ésta ahora tan egoísta que, aun si ella le hubiera hablado de sus propios achaques y dificultades de persona ya de edad, las piernas que se le iban hinchado cada vez más, la tensión, y esas palpitaciones de que se había quejado antaño, ni siquiera la hubiera escuchado. De nada hubiera servido hablarla. Sí, para entristecerse ella misma aún más, hacerla sentirse más sola en el mundo. Miraba a la madre en los ojos, según le contaba alguna de sus cosas, y veía que no había nada que hacer, que no registraba aquello, que su mente estaba flotando en otros asuntos, o quizá que no pensaba en nada. Era como si se hubiera puesto a platicar con la pared. Antaño, en el convento, cuando tenía el corazón lleno, y buscaba con quién comunicar, siempre había temido que si hablaba de sus cosas con las monjas, éstas terminarían por convencerla que la verdadera vida estaba en el más allá, y que la forzarían a que se hiciese novicia. Pero incluso eso, el peligro de caer en la mojigatería, era mejor que aguantar el silencio de su madre. Ultimamente, en casa de los Alcocea, había encontrado al fin un alma afín, su compañera de habitación, con la cual se había confesado más de una vez aquellos días. Y ahora hasta esa Conchita había de hecho desaparecido de su vida, al menos de su vida diaria. Y estaba en consecuencia sola. Con ella había conocido a algunos hombres, cuando salían juntas los domingos e iban a los merenderos, los bailes y las verbenas. Había aprendido mucho aquellos días; y había encontrado que los hombres eran todos unos abusones egoístas, que sólo perseguían su propio placer, llevarla a un sitio escondido, engañarla; además que eran todos unos dominadores que se creían dioses, por muy zafios que fueran. Si alguna vez ella decidiera casarse, al menos buscaría un hombre rico y que la pusiera casa, la obsequiase y le comprara regalos caros; pues, si había que someterse, mejor que fuera él adinerado: qué más daba lo otro, si todos eran iguales, y ¿para qué someterse a un obrero que le hiciera trabajar y pasar calamidades, como había visto que ocurrió en su propia casa con su madre, las voces, las riñas y los odios, ya desde pequeña?

Mucho le hubiera gustado evitar en su propia vida esas escenas de insultos y peleas a que parecían estar condenados sus padres por no sabía qué razón, qué fuerza superior o causa incontrolable o dios supremo, o lo que fuera. Si iba a la Calle de las Angustias estos días (y lo hacía regularmente) era porque sabía que sus padres, con la salida de Lucito, lo estaban pasando muy mal. Se acercaba, después de haber hecho la compra en el Mercado del Portugalete, y les dejaba algunas cosillas de comer, y si era día de pago, una parte de su sueldo, para que pagasen sus deudas, las cosas que compraban al fiado, como en realidad había hecho siempre, la pobre, desde que empezó a trabajar.

En cuanto a su hermano, los lazos devinieron cada vez más débiles. Fue en un principio a visitarle los domingos al Callejón de los Boteros donde residía, habiendo tomado el joven pensión en la casa de las primas de su madre, donde ocupaba el cuarto interior en que había vivido el tío abuelo Hipólito. Pero Lucito duró poco en la Fuente Dorada, siempre un culo de mal asiento; y fue a parar a un barrio extremo, donde estableció su nueva morada en una fonda en que a menudo se juntaban hombres y mujeres de mal vivir. Así que a la postre Feli se cansó de ir a visitarle allí tan lejos, en tan desagradable ambiente: cuanto más que ¡para el caso que le hacía su adorado hermano mellizo! Entre tanto, habiéndose acostumbrado a pasar la tarde de los domingos con Zita y Teodosia (que era con ellas, más que con Lucito, que había platicado todos esos domingos), continuó yendo al Callejón de los Boteros, donde se pasaba unas horas con sus tías, cosiendo junto a uno de los balcones que daban a la Plaza de la Fuente Dorada.

Fue platicando con las dos hermanas que volvió a interesarse en ciertos acontecimientos pasados de su propia vida, es decir, de su familia: disgustos, pesares, hambres, la guerra. Y fue así que, en su interior, fue tomando poco a poco a la mayor, Zita, casi como a una segunda madre. Extraño es decirlo, porque Feli a la verdad era una jovencita algo tozuda, que no abría su corazón fácilmente a nadie. Con los hombres no tenía casi ningún contacto. Y lo que había visto en las mujeres con las que lo había tenido no era en verdad muy alentador. Para ella, las mujeres de la anterior generación, que habían sufrido tanto con la guerra, ya no servían para mucho; de hecho sentía que estaban todas un poco taradas: tenían el germen de la

**sumisión** inyectado en la misma sangre, y en lugar de luchar lo habían abandonado todo, dejándoles que les dominaran los machos, los curas sobre todo: les faltaba algo, un sentido de dignidad, entendimiento, acción. Su tía Zita era una excepción, pero incluso ella no hacía más que quejarse de los sufrimientos que daba la vida, como había hecho siempre su madre, esperando tal vez que un dios todopoderoso vendría a sacar a los españoles todos del inmenso atolladero en que habían caído. Era Felicitación Muñeiro todavía joven, apenas diecisiete años, y pronto vería que se equivocaba en su apreciación de Zita; y en conversaciones sucesivas con su tía aprendería que las cosas del mundo han de mirarse detenidamente para llegar a comprenderlas siquiera un tanto así; que muchas veces para llegar a desentrañar el misterio de las cosas humanas, hay que ponerlo todo boca abajo para poder verlo al derecho. Sí, las cosas **son** a menudo al revés de lo que **parecen**.

-¡Ay, hija, no sabes – decía Zita un domingo -, tu señorita, ésa lo que es, mira tú, pues una coqueta presumida, que parece que se le caen los anillos si se le dice ¡hola! cuando se la encuentra una por la calle. Pero yo la conocí bien en otros tiempos y sé lo que ésa **es**. Que, como decía tu madre, ‘¡chica!, ¿quién la ha visto y quién la ve ahora?

-Sí, claro – es todo lo que contestó Feli. Para ella la Juanita que le tocaba aguantar ahora era, en efecto, una presumida indecente; pero no podía olvidar que muchos años atrás había sido su ángel de la guarda.

-Una cualquiera. Tú bien lo sabes, que vivisteis en la misma casa y todo.

-Bueno. Yo para mí. Mira, para qué voy a decir lo contrario; que conmigo fue siempre muy buena y muy cariñosa - replicó la sobrina, y después de un breve silencio, añadió -: Y todavía lo es.

-Pero atiende, mujer – interpuso Teodosia -, si nosotras no decimos que haya sido mala. Al contrario, muy lista y muy despabilada que es, y que ha sabido ser siempre cariñosa con todos, y lograr al fin una buena situación, mira -. Se ruborizó un

poco, antes de continuar -: Que a sacar tajada a ésa no la enseña nadie, que ésa entiende bien la vida.

Esta vez Feli no abrió la boca, y contestó Zita por ella.

-¿Tú crees, Teo? ¡Que entiende la vida, dices! A mí lo que me parece es que ésa sabe arrimarse al sol que más calienta. Que cuando llegó de Fuentesauco que no era así. Ha dado la vuelta a la chaqueta: al pan pan, y al vino vino.

-Bueno. Yo no sé. ¿Por qué decís eso? – dijo a desgana la Feli.

-Pues mira, sobrina, las cosas claras y el chocolate espeso. Y si queremos que mejore nuestra suerte..., pues la verdad por delante. Y no hay cosa más indigna que el ver cómo la gente se doblega ante los... En fin, que, en aquel entonces, bien de izquierdas era... tu señorita – había bajando Zita la voz, por si acaso andaba por allí uno de los huéspedes -; si su pobre padre era un agricultor de un pueblo de Salamanca, no sabes, que le mataron los nacionales, hija. Y ella escapó por los pelos. Que era entonces ya una pollita, ¿no sabes?, linda y morenita, que ésa de rubia no tiene nada. Bien sabes tú todo esto. Pero lo que no sabes es que la tuvieron encerrada en el cuartelillo antes de entregarla en capitanía. Que a saber las diabluras que la hicieron los civiles, de un lado, y los soldados en el otro. Tal vez es por eso que la dejaron en seguida libre.

-Tía, por favor.

-Pues no me extraña eso a mí tampoco – añadió Teodosia -. Atiende, mujer, que más de uno lo ha dicho, que la desfloraron. Que no está tan lejos Salamanca de aquí, y cuando el río suena agua lleva. Y mucho palo y mucho abuso debió de sufrir durante la guerra, ¡claro que sí!. Y mírala, ahora de la Falange.

-¡Ah, de la Falange no, eso no ! – exclamó la joven.



-Pues si no es falangista, poco la falta – añadió Zita – que yo sé que es íntima de Sera, y ya sabes tú que mi sobrina es delegada provincial de la Sección Femenina. Tú dime a mí.

-Sí – concedió Feli -, yo también la he visto con mi prima Sera.

-Pues mira, chica, atiende, que te lo digo yo – dijo suavemente la menor de las hermanas, tocando las dos manos de la Feli, cuyos dedos se retorcían y entrelazaban curiosamente -, que a la postre, unos y otros, todos volvemos la chaqueta. Y si no, venga Dios y véalo.

-¡Ay, pues yo no me lo creo! Que a su padre lo fusilaron, eso sí. Pero no puede ser que mi señorita sea del Movimiento. Que de política no sabe ni pun.

-Si no es eso, tontina, escucha. Si no es que haga falta saber, es el ser una aprovechona y arrimarse al sol que más calienta, boba, que ya te lo he dicho. Que para eso, y para medrar como sea, hay algunas que mudan hasta de piel como las serpientes Chaquetera cien por cien. Que lo único que cuenta para ellas es ganar y hacer dinero, sin preocuparse de nada. Aunque hayan sufrido con el triunfo de esta gentuza, ellas a chupar, hija.

-¡Ay, cállate! –exclamó Feli.

-¡Qué pronto olvidan las personas! – dijo Zita, pensativa.

Años atrás Juanita García se había llevado muy bien con las dos hermanas, que habían cosido para ella desde su llegada a la Calle de las Angustias. Pero en cuanto empezó la bella salmantina a hacer fortuna, se olvidó de sus antiguas amigas y buscó nueva modista por la parte elegante de la ciudad; y ésa era una de las razones del resentimiento de las Martínez, que no perdonaban a la hermosa su traición. Todo ello le dolía a Feli, pues se encontraba en medio de lo que para ella era una disputa estéril. Zita era buena, fiel y muy acertada en sus principios, pero era rencorosa y no olvidaba fácilmente las ofensas recibidas. Sabía Feli que su tía había sufrido mucho con la guerra y que para ella todo lo que olía a fascismo era

insoponible. Por eso la perdonaba, y hasta comprendía los excesos de lenguaje cuando se platicaba de esas cosas.

-¡Sí, eso! ¡Qué pronto se olvidan de todo las personas! – repitió Zita, apretando la quijadas con rabia.

-Pues para mí – exclamó Feli, sin poderse contener – (no te importe que te lo diga, Zita querida, por favor, no lo tomes a mal), tú harías muy bien en olvidar también un poco, ¿no? -. Y vió que de los ojos de su tía discurrían unas lágrimas.

La próxima vez que se quedó sola en el piso de la Avenida de José Antonio, antiguo Paseo Zorrilla, estuvo la muchacha curioseando en los cajones de su señorita, influenciada tal vez por lo que Zita le había contado . Quería saber si en verdad Juanita pertenecía a la Sección Femenina de la Falange, como había insinuado la otra. Y no encontró nada que sustanciase en lo más mínimo aquellas alegaciones. Ni carnet, ni instancias, papeles, periódicos, un “Arriba”, un “Alcázar”, nada . Lo que sí encontró fueron muchas estampitas, revistas religiosas, y un librito titulado “Camino” y otro sobre la Vida de los Santos con ilustraciones en color, el cual llevaba una dedicatoria de ‘Joaquín’ ‘a mi más bella gatita’. Se entretuvo mirando las fotografías de retratos y esculturas de las diferentes beatas y otras santas y vírgenes, a cada cual más hermosa, todas ellas obras en color de grandes fotógrafos, acuarelas y pinturas al óleo; y las estatuas talladas por los más grandes imagineros y artistas de España y del extranjero. Al pie de una de estas ilustraciones, en que se veía a una santa de rodillas a la entrada de una caverna, se leía la siguiente frase: «*La venerable Ana de Jesús sintió a menudo como flotaba una marea suave y olorosa que iba desde la cueva al convento: sus huesos, encontrados más tarde allí enterrados, obraron numerosas curas milagrosas.*» Y era la cara de la santa monja de un tal grado de belleza y suavidad que la pobre muchacha pensó para sí:

“Tal vez hice mal en salirme de convento.”

## CAPITULO 20

Era el año 1946. En la Asamblea de la Naciones Unidas se había condenado a nuestra patria, calificándola de país totalitario enemigo de la paz. En adelante viviría España aislada del resto del mundo. ¡Qué más querían los franquistas y aquellos que desde la sombra regían nuestros destinos nacionales! Ahora incluso podrían instigar entre sus propias victimas un chovinismo burdo y primitivo, resucitando los viejos demonios, fomentando los aspectos más retrogrados del alma española: el mundo no nos quería porque nos tenía envidia; el franquismo era bueno, y si lo condenaban fuera de España era a causa del odio que sentían por nosotros esos extranjeros afeminados y corrompidos hasta la médula, que hacían nacer una nueva Leyenda Negra, prueba palpable de que éramos los mejores, la única nación en el mundo entero a haber vencido al comunismo en el suelo patrio, el marxismo asesino, salido de las estepas asiáticas que ahora triunfaba en otras partes de Europa, ¡ay, pobres víctimas del virus asesino!

Fueron organizadas, en todas las ciudades, diversas manifestaciones de «Adhesión al Caudillo y a los Principios del Movimiento.» Y naturalmente no podían faltar tales manifestaciones en Valladolid, Alma de la Patria. Una semana antes del día previsto para la *gran asamblea del pueblo* se procedió a requisar camiones y autocares para traer a la capital toda clase de personas del campo y de los pueblos. Las fábricas, talleres, almacenes y comercios permanecieron cerrados todo el día, así como facultades, institutos, colegios y escuelas públicas o privadas. Los bares, las tabernas, los cafés y otros establecimientos de diversión y casas de comida echaron los cierres al menos durante la manifestación. Muchas oficinas de la administración y no pocas empresas, públicas o privadas, convocaron a sus empleados y obligáronles a dirigirse en formación hacia el lugar destinado a la celebración de tan fausto acontecimiento. Y ¡ay! del que se opusiera, o simplemente no acudiera a la cita y se enteraran sus jefes, o le denunciara un vecino, o más comúnmente el jefe de casa (un vecino, falangista o simpatizante, que en cada edificio hacía de espía del régimen.)

Los periódicos entre tanto hacían la propaganda, hablaban del patriotismo de los españoles. Se hicieron proclamas, declaraciones, rezos, sermones; salieron todos y cada uno de los picatostes del régimen a la plaza pública: los diarios y revistas, las emisoras de radio, en todas las regiones, dedicaron sus mejores párrafos a aquel acto de adhesión al Caudillo. Todos acudiendo juntos en unión a defender a nuestros paladines de la Fe, los valores del Cristianismo patrio, que habían inculcado en nuestros pechos nuestras madres.

Aquellos días salía Dorotea poco a la calle. De una carrera hacía la compra. Y otra vez a casa. No es que trabajara mucho, ni en el hogar ni fuera de él. Se pasaba horas enteras tumbada en su jergón, o sentada junto al balcón, la botella siempre al alcance de la mano. Contemplaba el mundo exterior quietecita, mordiéndose de cuando en cuando un dedo, un padastro, lo que quedase de una uña. Charlaba con las vecinas de los balcones de al lado, a veces con la gente de la calle. Su casa era la más minúscula de la Calle de las Angustias: no en altura, que tenía tres pisos, y había otras de dos; pero era tan estrecha que parecía encajada, como con calzador, entre otras dos más anchas, igualmente dilapidadas y miserables.

Así que desde su balcón de un segundo piso veía el mundo exterior y allí pasaba una parte considerable de su vida. No era difícil platicar con las vecinas de otros balcones, porque aunque no había más que uno en cada piso de su propia casa, los de las casas de al lado, derecha e izquierda, estaban casi pegándose con el suyo. Casi no le habría hecho falta alzar la voz, si no hubiera sido que ella ya no podía hablar sino a voz en grito. Había devenido – el chillar – parte de su naturaleza, su cualidad más intrínseca, que ejercitaba mayormente cada vez que veía pasar una amiga en la calle, más bien por la acera de enfrente. Entonces se alzaba, agarrándose a la barandilla de hierro, y llamaba a la individuo, resoplando acalorada:

-¿Que haces ahí, Marcela, coña? A la iglesia, ¿eh? Tú, rica, como el otro: a Dios rogando y con el mazo dando. No creas que no te conozco. - Y soltaba una carcajada.

O si veía a una saliendo de la tienda de ultramarinos, exclamaba: - ¿Qué has comprado, Rosario, hermosa? Dime qué dan de racionamiento esta semana, quen

todavía no he ido yo con las cartillas. – O, si de la farmacia: - ¿Tomasa, mujer, a quién tienes enfermo en casa? -. O si le parecía que venía del mercado una conocida, ella quería saberlo todo. - ¿De la plaza, Fanía, no? Te veo tan cargadita. ¿Y a cómo están los tomates (o la merluza, filetes o lo que se le ocurriera)? - Se hacía ilusiones, pues ella no tenía nunca ni una gorda para comprar esas cosas que parecían interesarle tanto.

A veces tanto se agitaba que parecía que iba a caerse de bruces a la acera. Como cuando echaba el ojo a su prima, la del militar, que aunque no vivía en el barrio, venía a confesarse con un sacerdote de la parroquia de las Angustias.

-¡Ay, Serafina! – explotaba, frenética, casi doblada en dos -. ¡Qué poco nos conocemos hoy día, eh! Vuelve esos ojos, guapa. Que tú, si te he visto no me acuerdo, ¡qué urbanidaz! Anda, da recuerdos de mi parte al chusquero de tu esposo.

La prima partía como un rayo, pero ella no se callaba, y hasta que veía a otra: - ¡Amparo! ¡Amparooo! – llamaba, y según alzaba la amiga su carita arrugada, se ponía a aconsejarla -: ¡No vayas al atrio, mujer, que eres tú ya muy viejecita pa ir pidiendo limosna, coña, anda súbete y echamos un trago juntas!

La anciana emitía una especie de silbido entre sus dientes podridos, algo así como “Ya voy, Doro, hija!”, y piano piano subía las escaleras al segundo, y se sentaban las dos en sendos taburetes junto al balcón. Luego Dorotea ayudaba a la amiga a bajar, para que no se cayera y se rompiera la crisma.

Tenía también Dorotea sus momentos de melancolía. Si andando por la calle pasaba por delante del portal de su antigua señorita, la difunta señora de Argamesilla, a menudo entraba un momento a fisgar y rememorar, evitando que le viera la portera y la tomase por una pordiosera, tan desaliñada como siempre iba. Se figuraba que había sido en otros tiempos un dechado de limpieza, y que por eso le había empleado la otra; que había trabajado siempre muy bien, y que la querían mucho en todas partes; que era la culpa de Lucio si había últimamente empezado a caer. ¿Los Argamesilla? ¡Lo indispensable que había sido ella entonces en aquel

cristiano hogar. ¡Aquellos años, cuando subía a la planta cuarta, dos o tres veces a la semana, y que pasaba unos momentos deliciosos con su señorita, casi una amiga! Y se le representaba la figura de aquella santa mujer que tanto la había querido. “¡Qué diferente sería la vida – se decía – si todos los ricos fueran tan buenos como ella!” (Se había olvidado que la había echado a la calle su señora cuando lo de la enfermedad de la Feli, y que en aquella ocasión la había perseguido para ofenderla y hacerla sufrir, despotricando como una rabanera.) Se acordaba, en fin, de cuando la llevaron al cementerio... ¿Dónde estaría ya el cuerpo de aquella santa mujer, descompuesto que no habría más que ver: pudriéndose bajo tierra como una cualquiera. ¡Y tan rícamente enjoyada como se la había visto siempre en vida? “Devorándola estarán los gusanos. No, si la vida ya se sabe, es sólo sufrimiento, ¡bah!”

## CAPÍTULO 21

El día de la espontánea manifestación de “Adhesión al Caudillo y a los Principios del Movimiento”, Dorotea se levantó del lecho con un fuerte dolor de cabeza, indicativo del estado de embriaguez en que se había acostado la víspera.

Le pareció extraño no ver a Lucio tendido en la cama turca, pues él siempre *la dormía* hasta bien entrado el mediodía. “Ya ha vuelto a quedarse dormido en los soportales,” pensó según salía al balcón a ver lo que pasaba, pues de la calle **no** subía ese murmullo habitual tan de aquel barrio, la circulación de carros y tartanas, los automóviles, esos acentos pronunciados de los viandantes a casi todas las horas.

Había por doquier banderas y colgaduras. No podía figurarse lo que pudiera estar pasando, tanto silencio, tanto vacío. Y, en los balcones, tanta ornamentación. En los dos de la casa de enfrente, a la altura de su propio piso, vio unos cuantos tiestos agarrados a la barandilla con unos hierros, y en ellos había flores, geranios rojos que la hicieron pensar en el campo, las cosechas, amapolas, las florecillas silvestres que ella había tanto admirado de niña. Y sintió una especie de optimismo renacer en su corazón. Había estado vacío ese piso desde la primavera, y no recordaba haber visto entrar a nadie. “Debe de haber nuevos inquilinos,” pensó. Hacía años que no había visto ella flores de ninguna clase, y la idea le vino a la mente de comprar, ella también, unos tiestos para exhibirlos en el balcón, y no aquellas sucias tinajas con las tapaderas de madera carcomida.

Agarró uno de los cántaros, bebió un buen trago en la cocina, y después de haber hecho una visita al retrete, para aguas menores, se acercó al fogón, prendió fuego a unas astillas, se hizo un café de achicoria, desayunó y volvió al balcón.

Sorprendidísima estuvo de ver tan poca gente en la calle. “¡Si no parece – musitó – sino que hubiera pasado algo!” Había un par de pájaros volteando en las alturas, hacia el campanario de la iglesia, y se quedó otra vez muy extrañada. “Si allá en el pueblo – pensó -, a estas alturas, las golondrinas ya habrían desaparecido.... Y esas aves son bien golondrinas.”

-¡Usted! – oyó que alguien le gritaba desde la calle -. ¿Qué hace ahí!”

Dos guardias de uniforme gris, con botas negras de caña y mosquetón al hombro, estaban observándola desde la acera de enfrente. - Sí, usted, ¿es que no oye? - repitió uno de ellos.

-¿Yo? ¡Aquí!. ¿Qué preguntas? – respondió Dorotea -. Pues estoy en mi propia casa, ¿no?

-No se haga usted la lista – oyó que decía el guardia.

-¡Arreando! – añadió su compañero.

-¿Cómo que arreando? – inquirió sorprendida la mujer.

-¿Pero es que no se ha dado cuenta, tía vieja? – chilló provocador el primero de los guardias, que tenía cara de bruto -. ¿No sabe que hay una manifestación? ¿Por qué se queda ahí?

-¡Oye, mono! – gritó Dorotea indignadísima -, ¿por qué no llamas vieja a tu madre? Vaya unos modales.

-Más respeto ¡eh!, ¿está dirigiéndose a la autoridad.

-Más respeto tú, desgraciao – dijo ella -, que tengo sólo cuarenta y cuatro años, pa que teneres, y podría todavía enseñarte un par de cosas... -. Se puso de repente a reír a carcajada suelta, una risa seca, cascada que sonaba como una carraca.

-Eso habría que verlo – soltó el otro, asimismo riendo.

-Basta de palique – gritó su compañero -. Ahora mismo a la Plaza Mayor, ¿lo oye?



Había tal acento de autoridad en el grito del guardia, que Dorotea respondió al instante -: Pues ya voy, hombre, ya voy. Pero dígame a mí, ¿qué es lo que hay en la Plaza Mayor?

-Ya lo hemos dicho. Lávese los oídos si no oye. ¿O es que quiere que la tomen por roja?

-¡Roja! ¿Yo? – chilló Dorotea, amedrentada. Y repitiendo -: Ya voy, ya voy, - se metió en el piso.

Se arregló murmurando, mientras se pasaba el peine -: ¿Roja, yo? En cuanto baje voy a soltarle una fresca a ése. Yo roja, ni por pienso, que de roja yo no tengo nada, y no se lo consiento, insultarme así. Y ¿qués eso de que me lave los oídos, si me los he lavado ya el otro día, qué se cree? Lávate tú esa cara de gorila que tienes, desgraciao. - Estaba haciéndose el moño, y no cesaba de murmurar -: Le voy a enseñar yo a ése pa que aprenda; que de urbanidaz ni pun; ¡la madre que le parió! Y luego, que lo chille así en la calle, pa que se entere tol mundo. ¡Ni que estuviera una sorda! Ni roja ni nada que se le parezca. Estaríamos buenos.

Cuando salió a la calle, los guardias ya se habían ido a ejercer su autoridad en alguna otra parte. Pronto empezó a ver la mujer un animado gentío que, a través de la Calle Queipo de Llano y otros puntos adyacentes, se dirigían a la Plaza Mayor. Estaba ésta atestada de gente; solos o en pequeños grupos; en formación o en completo desorden; gritando eslóganes o en silencio; cantando el Cara al Sol, o el himno nacional; viejos y jóvenes, grandes y pequeños, mujeres y hombres. Algunos portaban pancartas: frases acaloradas, contra Naciones Unidas, o Méjico, o Polonia, pero sobre todo contra la endemoniada Rusia, llamada unas veces así y otras con las iniciales URSS. Insultos graciosos, o que querían serlo, por habernos esos países atacado, o abandonado, en la Asamblea General de la ONU, eslóganes, llamadas contra el comunismo internacional, las hordas marxistas de las estepas asiáticas, o en contra de la democracia, el liberalismo y la masonería. Había banderas, estandartes, grandes carteles alabando al Generalísimo, que había salvado España: exhortaciones patrioterías de la más honda raigambre hispánica. La gente aplaudía contemplando unos diseños indecentes: alguien de Naciones

Unidas sentado en un orinal, los pañales en la mano, una gallina poniendo dos huevos enormes, afirmándo que los españoles los teníamos grandes y bien puestos; y que eso ya se sabía, siempre nos habían odiado los extranjeros por tenernos mucha envidia, de lo machos que éramos, ¡claro que sí! Y esas otras pancartas en las que se nos hacía saber que a esos masones, liberales y demócratas del extranjero se los había cortado Estalin, capándolos a todos ellos como cabrones. Pero lo que más abundaba eran letreros en todas las partes, columnas, faroles, fachadas, árboles, estatuas, ensalzando la grandeza, unidad y destino de la Patria. ¡ESPAÑA UNA! ¡ESPAÑA GRANDE! ¡ESPAÑA LIBRE! ¡FRANCO SÍ, COMUNISMO NO! ¡FRANCO! ¡FRANCO! ¡FRANCO!

La mala suerte de Dorotea hizo que entre tanto gentío viniera a parar en un grupo de falangistas entre los que se encontraba el corpulento señor Cipriano, su tendero, a quien debía por lo menos veinte duros. ¡Qué mala pata! Tener que tropezar con él, con lo que había hecho ella para evitar la tienda de ultramarinos últimamente, incluso (si pasaba por la calle) parándose antes de llegar a ella, metiendo el ojo avizor, y saltando al otro lado cuando el otro no miraba!

Estaba el gordinflón en mangas de camisa, chillando eslóganes como un bocazas. - ¡Ay, madre, madre! – suspiró Dorotea, separándose azarada -, con lo que a mí me hacen falta esos veinte duros, y que me los va a pedir.

Pero el señor Cipriano ni la olió (“ ¡Gracias a Dios!”), tan ocupado estaba en soltar sus gritos de adhesión al régimen, que Dorotea, dejándose simplemente llevar por la masa, pudo evitar el peligro.

Al cabo de un rato largo, salieron al balcón de piedra del ayuntamiento una decena de dignatarios del régimen, eclesiásticos, civiles y militares, todos ellos bien hermosos, sobre todo Su Eminencia y las Altas Jerarquías del Movimiento que se apelotonaban alrededor del orador de turno, vallisoletano hasta la médula.

Iban acompañados estos prohombres de una legión de periodistas y fotógrafos, con sus grandes aparatos en altos trípodes. Encima del balcón principal, de manera que llegaba hasta el tejado, había un emblema gigante de las Cinco Flechas y el

Yugo. Y en las colgaduras (que también las había) se veía, entre otras cosas, el emblema de la ciudad, con sus lenguas de oro en fondo rojo y los ocho castillos en derredor. Se habían colocado, en altas astas, las tres banderas de rigor, la Nacional, la de Falange y la del Requeté.

Innecesario es decir que el público recibió a estos dignatarios con grandes aclamaciones y otras muestras de adhesión y simpatía: vítores a España y a su Invicto Caudillo, el nombre de Franco siempre repetido tres veces, un ¡Viva! para su persona y un ¡Arriba! para España.

-« ¡FRANCO FRANCO FRANCO! » « ¡VIVA FRANCO, ARRIBA ESPAÑA! »

Entre los manifestantes de las primeras líneas menudeaban los policías secretas y elementos con la camisa azul de la Falange, de la Sección Femenina y del Frente de Juventudes. Fueron los encargados de mantener el orden cuando la masa, desbordando de entusiasmo, avanzó hacia el edificio, en el momento en que apareció prominente el camarada Girón, miembro de la Vieja Guardia, vástago de la Nobleza castellana y Jonsista de primera hora.

Había también por allí (¡hasta en los tejados de las casas!), soldados del Ejército, guardias de la Policía Armada y otros elementos de choque, pues no podía nadie estar seguro de nada, y había que evitar una revuelta a toda costa.

Todo se calmó cuando el mencionado camarada, de aspecto de troglodita, con su camisa azul y guerrera negra con correa del mismo color, empezó a dar su discurso. Era enorme el caballero, su cara tan espaciosa y su cabello y bigotillo afilado tan del color de azabache que resultaba una delicia verlo entre tanta oficialía en extremo ornamentada, de malsana palidez y más bien demacrados. Hasta hermoso parecía el ciclópeo elemento.

-« ¡Vuestro entusiasmo! – salió su voz por los altavoces - ¡vuestro entusiasmo y vuestra unidad... -(pausa)-, a los siete años de nuestra victoria gloriosa!... -(aquí el entusiasmo de la masa fue desbordante)-. ¡Este entusiasmo y esta unidad, digo,

muestran que nuestra victoria... -(pausa)- muestran que nuestra victoria gloriosa es permanente. Es permanente y gloriosa nuestra victoria porque... »

Dorotea, que había logrado hacerse camino en la masa hasta el medio de la plaza, preguntó a su vecina: - ¿Quién es ése del bigote negro que habla, ¿sabe usted?

-¡Pzesss! Es el camarada Ministro de Trabajo.

-« ¡Vuestra presencia! – iba diciendo el prohombre - ¡vuestra presencia aquí en estos momentos... -(pausa)-, por lo que tiene de comprensión y de Adhesión a Nuestros Principios..., significa en nuestra lucha un aliento y una promesa. Un aliento y una promesa... porque aunque a nosotros nos pagan muy poco las manifestaciones externas, en un momento como éste las aceptamos. Las aceptamos en cuanto representan un coraje interior que enciende e ilumina.... Enciende e ilumina otras almas, camaradas, en el fuego de la propia idea y de la propia fe. Por eso recogemos... recogemos complacidos vuestro gesto de afirmación, vuestro gesto de afirmación y asentimiento, ¡camaradas!... -(pausa larga; vítores y aplausos)-. Vuestro gesto de afirmación y asentimiento en los abiertos sentidos revolucionarios que a las órdenes del Caudillo... -(interrupción apoteósica)-, que a las órdenes de Nuestro Caudillo perseguimos mirando al sol con incansable afán y determinación. Pero quiero advertiros, sin embargo, que hoy... -(pausa)-, que hoy, cuando las metas de nuestra ofensiva liberadora se hallan todavía lejos..., se hallan todavía lejos porque hoy cuando en nuestra marcha revolucionaria tenemos cotas muy altas todavía que escalar y barrancos muy profundos que transpasar.... »

Dorotea empezaba a sentirse muy incómoda: sus tobillos ya no soportaban más el peso de su cuerpo gordinflón. Hizo un gran esfuerzo para llegar a la estatua del Conde Ansúrez, en el medio de la plaza, y recostarse contra el pedestal. Había logrado abrirse camino con los codos entre protestas y siseos, y al fin pudo medio sentarse al pie de la estatua, sudorosa y sin aliento.

-« ... estos avances – el jerarca del bigote acicalado y abundante pelo negro continuó diciendo, - ... estos avances si halagan nuestro orgullo y si calman un

momento el dolor de nuestra inquietud social de conquista y de victoria, no son por ahora motivo suficiente para explosiones de entusiasmo ni gritos triunfales... -(pausa de reflexión)-, porque las batallas, como ésta que estamos hoy ganando contra la ONU y contra el comunismo internacional..., porque estas batallas que vamos ganando contra los enemigos de España y de la Hispanidad, aunque nos aproximan a la victoria final, por acercarnos a la justicia, no son todavía la Revolución que España tiene pendiente, no son todavía **nuestra** Revolución... -(grandes aplausos)-, y la Revolución al fin se hará. -(pausa larga)- Nuestra Revolución al fin se hará porque Nuestra Revolución es más que un.... »

Dorotea se volvió a su vecino, un viejo endomingado que escuchaba al camarada ministro con la boca abierta. - ¿De qué revolución está hablando?

-Pues eso, la Revolución Nacional Sindicalista.

-¿La Falange?

-Si usted quiere.

-Anda la porra, y yo que creía que eso de la revolución eran los rojos – exclamó Dorotea con voz ronca que contrastaba con el relativo silencio que reinaba a su alrededor; y como el viejo no dijera nada, insistió -: Pero oiga, ¿la revolución no es la guerra?

-No - soltó el anciano, impaciente.

-Pues ya ve qué tonta soy.

-¡Pssss! ¡Escuche!

-« ... tenemos más altas metas; y tenemos metas muy altas porque en nuestra lucha luchamos por implantar en la Patria – iba diciendo entre tanto el orador – por implantar en la Patria, digo, una nueva concepción de la Justicia..., una nueva concepción de la Justicia que... » Pero Dorotea ya no escuchaba. Oía las palabras,

pero había perdido la pobre el hilo del discurso; además acababa de ver entre los dignatarios del balcón principal de la Casa Consistorial la morada figura de don Niceto Pérez Monasterio, y se le fue el santo al cielo. Viéndole tan hermosote y colorado, y recordando el gallardo coadjutor de provincia que había visto de niña en Rioseco, pensó: “Hay que ver cómo cambian las personas.”

Paseó la mirada a su alrededor: un mar de cabezas relucientes al sol del mediodía de un otoño hermoso, algunos sombreros, los gorros de los soldados, las boinas rojas de los falangistas y requetés. Como estaba en el pedestal de la estatua, lo veía todo con relativa facilidad: las filas de mujeres y hombres hasta llegar a la barrera que formaban los agentes del orden, a unos metros de la fachada del edificio, el público de los balcones innumerables, áticos retranqueados, y aun en los tejados; muchos de ellos eran militares. Algunos espectadores se habían subido a los árboles y farolas de la plaza; otros habían traído sillas duras, de apoyo, y escaleras de mano, para ver mejor. Hasta en la Calle Santiago y demás vías que daban a la plaza había gente.

-« ...al mismo tiempo que vamos perfilando los grandes armazones; grandes armazones que han de sostener y sustentar el Nuevo Orden que vamos creando con afán. Debemos enfrentarnos... » - El sol batía ahora en toda la plaza, y hacía tanto calor, allí con todo el mundo junto, apretadito, que una hubiera imaginado que era el pleno verano – « ... que funde los pensamientos y las voluntades..., los pensamientos y las voluntades de una hermandad caliente y española..., por un interés y una fe... » - ¡Ay madre, qué pesado! – murmuró Dorotea, mirando al camarada del bigotillo negro, que alzaba los brazos como un energúmeno - « Y nada más. Ya sabéis donde estamos y adonde nos dirigimos; nuestra lucha es dura, una lucha dura y larga que emprendemos con afán, y para ello queremos y necesitamos hombres con rebeldía y pasión que sepan batirse por un ideal... (pausa larga)... que sepan batirse por un ideal en cuya meta luminosa está la redención de nuestras propias vidas... y de la Raza. No lo olvidéis. No olvidéis nunca jamás que Nuestros Héroes y Mártires lucharon para defender la civilización occidental y fueron los primeros en el mundo entero a combatir la hidra del Comunismo Internacional. ¡Nuestros Héroes y Mártires de la Santa Cruzada! Nuestra Santa Cruzada cuyos héroes y mártires mezclaron para siempre su sangre con la consigna viva de la Fe al

morir en la batalla de cara al sol, por el mundo, por la patria y por nuestra Nueva Vida. ¡VIVA FRANCO! ¡ARRIBA ESPAÑA!

Hubo una apoteósica ovación, aclamaciones y vítores al Camarada Ministro, a la Patria y al Nuevo Verbo Encarnado, Generalísimo de los Ejércitos. - ¡FRANCO SÍ, COMUNISMO NO!... ¡FRANCO SÍ, COMUNISMO NO! - se oyó todo a lo largo y todo a lo ancho de la plaza. Luego se adelantó otro dignatario a los micrófonos, un militar con banda azul sobre abultadísima barriga. Contrariamente a lo que le había pasado al ver a su antiguo señorito don Niceto, al reconocer al gordo general se llenó Dorotea de genuina alegría: pues era don Augusto Núñez de Campos. - ¡Caray! – se dijo, y volviéndose al viejo de al lado -: Pero ¿sabe usted quién es ése? ¿No le ve?

-Pues claro que le veo. No es menudo el gobernador militar para que no le vea, o ¿cree que estoy ciego? – vino la respuesta.

-Pues ahí donde le ve, quiero decir que ése es de mi tierra.

-Todos somos de la tierra, ¿no? Yo también soy castellano de pura cepa.

Dorotea soltó una carcajada. – De la Tierra de Campos, quiero decir.

-Déjeme usted en paz, que quiero oír lo que dice.

-« Llega a nuestros corazones – iba diciendo el general – el fervor y el entusiasmo espontáneo del pueblo de Valladolid... esta manifestación contra los ataques del comunismo internacional... »

Dorotea, dándole otra vez con el codo al vecino, insistió -: No le digo más que ése, bueno, su hermano don Hernando y mi padre, así íntimos; jugaban la partida...

-Que no me chille al oído, que no estoy sordo. Y déjeme escuchar.

-« ... de adhesión al Caudillo y a los Principios Fundamentales del Movimiento.... »

-Le digo que como hermanos. El marqués y mi padre quen paz descanse, pues que jugaban a las cartas juntos. Fué él quien le arruinó.

-¿Qué dice? – dijo el otro con desprecio.

-Pues quel marqués de mi tierra, que no sé si sabra... que compraron muchas tierras cuando la monarquía... y pues que con mi padre (quen paz descanse), pues eso... que como hermanos.

-Todos somos hermanos en la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo.

-¡Jesús, Jesús! Qué cosas tiene, abuelo.

-Oiga, **abuela**, váyase a tomar vientos, y déjeme en paz.

-« Para que llegara la hora feliz de podernos reunir el pueblo, en la Plaza Mayor, a dar nuestra adhesión al Caudillo, ha sido necesario que quedaran muchos de nuestros camaradas en el camino, que cayera una parte de la flor y nata de nuestra juventud... » (“Tú mejor que nadie lo sabes, cabrón – pensó Dorotea, encerrándose en si misma – más que cabrón”; estaba quedándose dormida: despertó espantada, y volivó a cerrar los ojos) «... con nuestro afán de superación.... nuestra inebrantable fe.... etapa de vivificación pujante y esplendorosa... la patria ya sin el corazón partido... una unidad de destino en lo universal... la promesa que hemos hecho a nuestros muertos es ejecutoria para mañana... Pero para que esa sangre sea fructífera y vivificante, es necesario conservar esta hermosa unidad de los hombres y las tierras de España. » (Sobresaltóse Dorotea al oír una tremenda explosión ) -: ¡ESPAÑA UNA! ¡ESPAÑA GRANDE! ¡ESPAÑA LIBRE!) « Pero aquellos rojos que quemaron nuestras templos tienen ahora el soporte de la ONU, aquellos rojos que atropellaron a nuestras mujeres, mataron a nuestros sacerdotes y religiosas, pisotearon nuestras creencias y ensangrentaron nuestras calles con la ayuda venida de las estepas soviéticas, esas mismas fuerzas extranjeras del comunismo y la masonería... y otros que van ahora por el mundo del brazo de nuestros verdugos rojos, exponiendo encumbrados sus vergüenzas y su baja calidad moral... »



Dorotea estaba haciendo ahora un esfuerzo por seguir el discurso del general; pero no entendía nada. Al fin se decidió a preguntar a una joven de la Sección Femenina que por allí se hallaba: - ¿Y eso qué quiere decir?

-¡Pssss! - fue toda la contestación que recibió.

-¡Ay madre, cualquiera diría!

-« ... insultando a España, tratando de aislarnos del mundo, un mundo que nos envidia y que ha creado una nueva Leyenda Negra, porque saben que España es el único baluarte de la Civilización, porque no ignoran que España es el único país donde florece la Fe. Producimos la mayor y más contundente respuesta con la grandiosa afirmación de esta espontánea adhesión de España entera a su Invicto Caudillo... ¡esta demostración de afecto y de fe, este inmenso y popular plebiscito, ¡¡aquí están nuestros poderes!! – (delirante entusiasmo de la masa, vítores al Generalísimo y al Ejército, el ondear de banderas, fervorosos aullidos de « Franco sí, Comunismo no ») -. « ... las campañas y maquinaciones del exterior han puesto al descubierto una vez más la unidad y fortaleza de la Patria, la motivación de Nuestro Movimiento y la grandeza del régimen español... Pretender inmiscuirse en lo que es interior y privativo de nuestro pueblo... -(Dorotea dio una cabezada, se extiró al oír otro grito de adhesión, volvió a doblar la cerviz, otra cabezada, otro esfuerzo para despertarse) - ... se sabe quien amenaza... las hordas marxistas... se sabe que el comunismo internacional... amenaza terrorista... asesinos de los curas... venceremos con el espíritu de Santiago... destino universal... nuestras... aspiraciones de grandeza... esencia de imperio... justicia social amplia y generosa... superando con increíble afán... afán... afán... a... fan... fan... fan... aan... nnnnn. »

La despertó otra gran ovación. Una niña, en cuyo hombro al parecer se había dormido, le dirigió una sonrisa, sentada a su lado. Se puso de pie, mareada y entumecida. Por todas partes se alzaban brazos, saludando, y de las gargantas de veinte mil patriotas salieron los versos del 'Cara al Sol': « Cara al sol con la camisa nueva; que tú bordaste al rojo ayer; volverá a reír la primavera... » Siguió una clamorosa ovación. Un joven de camisa azul y pantalón negro trepó en los hombros

de la estatua del Conde Ansúrez, ondeando una inmensa bandera de la Falange. De pronto se oyó una voz estentórea pronunciando un par de veces la palabra de dos sílabas, ¡¡FRAN CO!! ¡¡FRAN CO!! Y como un látigo que sacudiera las aguas del mar océano, así sacudió a aquel gentío una fuerza invisible, muy superior a la masa toda, una energía espiritual divina. Se repitieron una y otra vez y cien veces y aún más las dos mágicas sílabas, ¡FRAN CO! ¡FRAN CO! ¡FRAN CO! ¡FRAN CO! ¡FRAN CO! ¡FRAN CO!

## CAPÍTULO 22

Dorotea, que tenía el cuerpo tumefacto y dolorido, se dejó arrastrar por la muchedumbre, que al cabo la llevó hacia la Calle Platerías. Y ¡mira por cuanto!, según salía encajonada de la Plaza Mayor, echó el ojo a la vieja ama de llaves de su tío don Urbano Jiménez Jiménez. - ¡Berenguela! – gritó -, ¡Beren, Bereen! -, alzando la voz hasta que ya no podía más. Por fortuna, la corriente aproximó a las dos mujeres, y al fin Berenguela captó el grito.

-¡Doro! – chilló a su vez la anciana, reconociéndola.

-¿Qué haces ahí, mujer? – preguntó Dorotea, haciendo grandes esfuerzos por aproximarse.

-¿Qué dices? – replicó Berenguela, con cara extrañada.

-¿Que qué haces tú aquí? – soltó Dorotea a pleno pulmón.

-Pos ven aquí, mujer – parecía que indicaba la otra.

Así que Dorotea empezó a dar codazos a diestra y siniestra, abriéndose camino lo mejor que pudo. Cuando alcanzó a Berenguela, le dijo, cogiéndola por el hombro, como a una chiquilla: - ¡Ahí va! ¿Has venido a la manifestación, tú también? Y ¿no estás cansadica, a tu edad, que te encuentro más delgada?

-Claro que estoy cansada, ¡mira tú! - respondió la otra con muestras de agotamiento -. Pero ya conoces a tu tío. Siempre tan de derechas. Y luego, que tenemos el jefe de casa encima, ¿no sabes? Ya le conoces, el Beresvito, de Urueña, paisano nuestro. Y luego pos todo se comenta; cuanto más que su madre, que es paralítica, ¡tiene un oído! Ya te acordarás de doña Modesta. Esa nunca sale, y todo lo oye. Así que había que venir a manifestar.

-¡Ah, los jefes de casa! Yo los colgaría a todos. Nosotros tenemos a uno, excombatiente, que ha venido al tercero – dijo Dorotea, mirando por encima del hombro.

Aunque no había necesidad de que bajasen la voz, pues como los gritos y cantos de adhesión al Caudillo iban en aumento, nadie les podía oír.

-Oye, maja – dijo la anciana, una vez que habían entrado en la Calle Platerías -. ¿Por qué has dejado así de venir a vernos, que ya no vienes nunca?

-Si ya salgo muy poco, Beren – le dijo la otra -. Además por no molestar al tío, que como ya no suelta blanca, ¿pa qué?

-¡Ay, pos tu primo Florentino, no veas! Está todo el día ahí metidico, que no parece sino que se lo va a comer al tío un día, que es su confesor y todo.

-El jesuíta falso ése – repitió Dorotea su epíteto favorito para referirse al mayor de los Beltranes.

-Me temo – continuó la otra – que si no le corta alguien, ése se nos va a llevar toda la herencia.

-¡Me cago en la mar, vaya con Florentino! Mal rayo le parta. Con la falta que me hace a mí el dinero. Y ¿pa qué lo quiere el mierda ese? No, si no se puede esperar nada bueno de los curas.

-¿Que pa qué lo quiere? Vete tú a saber, pero si nos descuidamos nos quedamos todos a dos velas. Que no digáis luego que no os lo digo a todos. - (Aunque Berenguela no era más que una criada, ya todos la consideraban como de la familia y sabían que iba a llevarse una buena tajada de la herencia del tío.)

Estaban ya en la Calle Platerías donde iban más tranquilas, pues la masa de los manifestantes había tirado hacia el Duque de la Victoria y Teresa Gil.

-Sabes, Beren – dijo Dorotea cuando habían llegado al portal de don Urbano -, me parece que voy a subir a decirle hola al tío. ¿No le molestaré a estas horas, verdad?

-¿Qué vas a molestarle, hija? Y además así le paras un poquito mientras yo le caliento unas sopicas.

-Pues vamos. Más vale tarde que nunca, ¿no te parece?

-¡Claro!

Dorotea encontró al tío en el mismo sitio y casi en idéntica postura en que le había dejado meses atrás, cuando vino a verle la última vez. Estaba sentado en una mecedora de mimbre en el hueco del balcón, en una habitación mal aireada, tanto que incluso Dorotea, que no estaba acostumbrada a finezas, lo notó. Miraba el tío fijamente las baldosas, inmóvil como una estatua, reposando los dedos entrelazados sobre el redondo vientre. Su cara ya no tenía el lustre de antaño, y donde antes había tenido dos rosados mofletes se destacaban ahora unos peilillos blancos sueltos, en unos carrillos amarillentos, que le daban un aspecto de pordiosero. Al lado, en la mesa camilla (que estaba cubierta de una manta, debajo de la cual se adivinaba un brasero) había un vaso mediado de agua, con bolitas de aire que se pegaban al vidrio, y una cucharilla en un platito con los restos de un azucarillo. Estaba la habitación muy cargada de cortinas, tanto que la sobrina tuvo que guiñar los ojos para acostumbrarse a la penumbra, habiendo llegado casi directamente de la calle. El único ruido que se oía era el zumbido de una mosca o un moscardón volando al parecer entre la cortina y el vidrio del balcón.

-Buenos días, tío, ¿cómo está? – entró Dorotea dando voces.

-Ya ves, así así – contestó don Urbano, su blanca perilla clavada en la pechera de la camisa.

Según la sobrina besaba al tío, Berenguela le hizo una seña para que se quedase con él, mientras ella iba a la cocina; y aquella se sentó en una silla, dando

un suspiro. En seguida empezó Dorotea a contarle al anciano lo mucho que le tocaba sufrir a ella en esta vida, que ni era vida ni era nada. Y estuvo como un cuarto de hora sin darle reposo a la lengua. Todo le salía mal, todo era sufrimiento. Ahora mismo ¡no podría él figurarse lo mal que se sentía! ¡Si no había hueso que no le doliera! Dios quisiera que no fuese nada grave. Que no podían sus piernas con ella. Si es que estaba poniéndose muy gorda. No sabía lo que le pasaba, pero esa gordura no era natural. ¡Si no comía casi nada! Para ella que era castigo de Dios, esos achaques, por lo que ella bien se sabía, que no se debían provocar abortos, que es pecado mortal. Y Lucio, un cero a la izquierda; otra vez sin trabajo. ¡Ah, pero no lo sabía, si Gonzalo había tratado de ayudarle y para nada! Y ella misma ya hacía años que no lo ganaba. Gracias a los mellizos. Y así, con todo. Estaban pasando calamidades.

-Le digo, tío – continuó -, que pasamos hambre, pero hambre hambre. ¡Ah, qué suerte tiene usted, tío, de ser tan rico! Si no sabe usted lo que es pasar calamidades. Y que Dios le preserve de pasarlas, tío. ¡Ay, qué cansada estoy! Si estoy ya hecha una vieja a mis cuarenta y cuatro años; que no cumplidos aún. Eso es lo que he ganao yo con tanto trabajar y tanto arrastrarme en la vida, que siempre fregando pisos y haciendo coladas ajenas. Que hay que ver la de coladas que han pasado por estas manos. ¡Mírelas, qué bastas y qué coloradotas las tengo! Si ya no me quedan fuerzas para nada, tío. Hay que ver lo fuerte y lo hermosa que yo era, que usted ya se acordará... - Y siguió dale que te pego, pasando de un asunto a otro, siempre dando puntadas, siempre lamentándose de la falta de todo; mientras el tío, con los ojos cerrados, parecía no oír ni darse cuenta de nada. En la cocina se oía a Berenguela, moviendo platos y pucheros, dando los últimos toques a la comida del viejo.

-Sí, tío – prosiguió Dorotea, elevando la voz, pues el anciano estaba otra vez dando cabezadas -. ¡En la miseria vivimos! Ni siquiera nos llega para ir vestidos un poco decentemente. Ni aun pa sacar las raciones de la tienda tenemos, que están ahí los cupones de esta semana muertos de risa. ¡Ah, tío, si yo tuviera tanto como usted, otro gallo me cantara! Que las penas con pan son menos, que todos los refranes trabajan. Y ¿qué digo, tanto como usted? Con la mitaz me conformaría. ¡Quiá! Que me dieran la décima parte, y ya iba yo contenta. - Y, como si hubiera

llegado a la recta final de una desenfrenada carrera, se lanzó ya con toda la energía que le quedaba, y pidió -: ¡Oh, tío, si pudiera usted prestarme un par de duros aunque na más fuera; mire, con un duro me conformo, uno solo! Cuánto se lo agradecería. Mire usted – concluyó – aunque me lo tuviera que descontar de la herencia, démelo usted, por favor, que harta falta me hace, usted qué tan buenico y generoso.

Tan pronto como Dorotea pronunció la palabra herencia, despertóse el anciano con un sobresalto, y entre sacudidas y convulsiones, profirió a gritos -: ¿La herencia? ¡Mencionar la herencia, desgraciada! Eso es lo que queréis todos, que me muera, ¿no? ¿Enterrarme antes de tiempo? Eso es lo que estáis esperando, para lanzaros todos, como hienas tras la carroña, sobre mi cadáver... ¡Tchu, tchu, tchu! Y arrancarme las tierras, bandidos, aves de rapiña. Eso es lo que queréis, robarme, ladrones, criminales..., quitarme unas tierras que me han costado trabajar toda una vida..., canallas, más que canallas.... ¡Tchu, tchu, tchu! - Tan sofocado se puso que por unos momentos no hizo más que toser y escupir. Dorotea estaba mirándole sin decir palabra -. Pues herencia vas tú a tener ahora mismo, ¡¡fuera!! Y no vuelvas a presentarte delante de mis ojos, ¿lo oyes? ¡Malvada, tchu, tchu, tchu! Que no te quiero ver ni en pintura. ¡Berenguela! – Tanto chilló que terminó por ponerse muy malo, y tuvo un ataque de apoplejía: sin aguardar a que llegara el ama, trató de levantarse para echar a la sobrina a empujones, y como sus piernas no le seguían, al ver que se caía, se agarró a la manta de la mesa camilla, arrastrándola consigo, con el resultado que resbaló el vaso de agua en su regazo y se le empaparon los pantalones.

Viendo que se había ensuciado el tío, Dorotea, muy servicial, se precipitó a ayudarle en el apuro: le sostuvo para que no cayera al suelo, puso el vaso en la mesa, la manta en una silla, y empezó a secarle con una servilleta, al tiempo que entraba Berenguela. Entre las dos le volvieron a sentar, e hicieron lo posible para apaciguarle. De todas las formas la furia del anciano ya se había desembocado en un mero babear y temblor de manos, y habíase quedado quietecito en su asiento.

-¡Jesús, José y María! – suspiraba Dorotea -. ¡Oy, cómo se ha puesto! Si parece mentira que se haiga puesto así; que no es pa tanto, tío. ¡Ay madre, madre!

Cualquiera diría que le estaban degollando vivo, milagro que no se rompió el vaso; - (Todo esto secándole y atusándole la barba)-. Sabes, Beren, me parece que deberíamos cambiarle los pantalones pa que no coja frío, que está el pobre empapadico. ¡Oh, cómo se ha puesto ustez! ¡Válgame Dios!

Don Urbano, quietecito y silencioso, les dejó hacer a las dos mujeres, las cuales habían empezado a tirar de los húmedos pantalones sin que opusiera él resistencia.

-¡La Virgen Dolorosa y Su Divino Hijo del Remedio! Tío, cómo se puso usted por nada. Cualquiera diría. Si solamente le pedí cinco pesetas, que no es pa tanto. - Estaba aupándole el culo al viejo, para que le metiera la otra un nuevo par de pantalones -. Y ¿sabe pa lo que las quiero, esas cinco pesetas? Pues se lo voy a decir: para ayuda de las lentes de mi Lucio, que se está quedando un cegato y necesita cambiarlas. Que otra cosa no es. Pero no se preocupe, que se aguante, y que Santa Lucía le conserve la vista. - Habían terminado de vestirle al anciano, y Berenguela le hizo una señal con el dedo para que se callará. Como si nada -. ¡Ay, mis riñones! - se lamentó al estirarse -. Tengo unos dolores, Beren. - Y volviéndose de nuevo al tío -: Bueno, ya está ustez otra vez seco y limpio. - Adiós, que le vaya bien, y hasta otra. Y no se quede enfadado, coña, que me da mucha pena dejarlo así tan triste; pero sin en cambio, créame, que le digo que le quiero mucho.

Según le besaba en un carrillo, el anciano, a quien la buena voluntad de su indiscreta sobrina terminó por ablandar un poco, deslizó un billete de un duro en su mano, diciendo: - Adiós, Dorotea, aquí tienes.

Berenguela, que salió a acompañarla al pasillo, le dijo en voz baja: - ¿Cómo pués ser así, Dorotea? ¡Qué metedura de pata! Hija, haces siempre las cosas más a lo bruto. Y ya lo has visto, que a la postre él no es malo, que todo lo perdona. Pero hija, ¿cómo te se pudo ocurrir? ¡Mencionarle así la herencia! Y además le pillaste tan de sopetón.

-Bueno, bueno, si no ha pasao nada -replicó Dorotea, tratando, sin lograrlo, de bajar la voz -, ya he visto que...



-Hay que ver qué poco tacto tienes – le cortó la otra, ya en el descansillo -, que no te pareces a tus primos los Beltranes; que tenías que ver lo diplomático que es Florentino.

Dorotea comenzó a descender la escalera. – Hasta otra, Beren.

-Pos lo dicho, Doro, maja, que si no espavilamos, el jesuita ese se lleva las tierras, y los demás nos quedamos a dos velas.

## CAPÍTULO 23

Desde la Calle Platerías Dorotea podría haberse ido directamente a casa, si solamente hubiera bajado hasta la Iglesia de la Vera Cruz y tirado desde allí por una bocacalle a las Angustias. Como ya eran más de las dos y estaba agotadísima, ni qué decir tiene que ése era el camino que debería haber tomado. Sólo Dios sabe por qué decidió dar un rodeo yendo hacia arriba de la calle, en dirección de la Fuente Dorada. Se apoyó un poco en la fachada de la casa de su tío, apretando el billete, que llevaba arrebujaado en la mano, y tiró hacia los soportales. Andaba despacio, parándose a cada paso para tomar aliento. Una vez se detuvo delante de un escaparate, una pastelería, como dudando si entraría a comprarse una golosina. Siempre se paraba delante de las pastelerías para recrear la vista; pero esta vez tenía con qué comprar algo. Salió en esto una dependienta para echar el cierre, y apretando aún más el puño emprendió Dorotea de nuevo su penosa marcha.

-¡Bah! – se dijo, vagamente.

Cruzó la calzada y, en vez de tirar para Queipo de Llano rumbo al hogar, se fue en la dirección opuesta, hacia la Acera de San Francisco. Se paró a la entrada del Callejón de los Boteros y, tocando con el puño una de las columnas de piedra, respiró angustiada y falta de aliento. El corazón le latía vertiginosamente. Esperó a que se le calmara un poco el pecho.

Momentos más tarde entraba en el callejón, parándose fatigada al llegar a la entrada de la casa de sus primas. Y en seguida, sin que ella misma se diese cuenta, le vinieron a la mente unas imágenes sorprendentes. Y, enlazando unas sensaciones con otras, pasando de imagen a imagen, impresiones de ahora y de antaño, vino a pensar en aquel primer día de los años veinte, cuando llegó a la ciudad, de Tordehumos de Campos, y su entrada en aquel mismo callejón. ¡Qué de sensaciones llenaron su cerebro en un instante! Como si estuvieran repitiéndose los acontecimientos de **aquel día**, tan lejano.

.... un callejón que parecía un patio escondido detrás de los soportales de la Fuente Dorada. Debía haber tenido entonces quince años, o tal vez dieciséis. Habían venido las cuatro hermanas y el pequeñín, con su recientemente enviudado papá, que conducía la tartana. Ella había pasado el bebé a la mayor, Antonia, y había corrido curiosa a echar un vistazo a ese lugar extraño, de un olor acre agobiante, donde se apelotonaban unos hombres recios y alborotadores. Fue como un encantamiento. Y al volver la mirada, vio que se habían ido ya los suyos. Había dejado el padre la tartana junto a un taller al fondo del callejón, y todos debían haber entrado por aquel exiguo portal, dejándola sola. Confundida y temblando, se vio de pronto encajonada entre dos fachadas sucias, ahogándose, acostumbrada como estaba al cielo amplio abierto de su pueblo de un cielo azul prusia intenso, que aquí era oscuro y turbio, un espacio estrecho y una sucia lejana visión, escasamente el brillo de uno o dos astros aún más lejanos; tan diferente todo de como lo que había visto en su Tierra de Campos las noches de verano, cuando, sentada contra un seto, inclinaba la cabeza hacia atrás, contemplaba entusiasmada las estrellas, contábalas una a una, hasta que se quedaba dormida por tierra. Había bajado su mirada asustada. A la puerta de la taberna se hallaba una mujer borracha, pidiendo limosna....

Bajó sus cansados párpados la vieja Dorotea, y contempló con ojos estrechos sus tobillos hinchados, las alpargatas llenas de polvo. Un sentimiento de vergüenza y de fracaso de súbito se apoderó de ella: acababa de ver su propia imagen en la doble puerta de cristal de la taberna.

-¡Bah! – musitó, mirando el cielo azul claro, casi blanco -. ¡Qué más da todo! ¡Qué sabe nadie lo que es el dolor de una vida como la que yo he vivido! ¿Cómo va una a estar hermosa, si no he cesado de trabajar y recibir palos toda la vida? ¿Qué culpa tengo yo de que me haya tocado hacer tres años de guerra con el marido en la cárcel, sin recursos, explotada por todos? Y luego, cuando se pasaba mi Lucio días, semanas y meses enteros sin trabajo y tenía yo que arrastrarme para traer algo a casa, para que pudieran comer nuestros hijos.... ¡Cómo no voy a estar vieja y fea antes de tiempo, y enferma que no puedo más! Y ¡cómo podría entenderlo la que no haya sufrido, la que lo haya tenido todo fácil desde el primer día, padre, vivienda, marido, sueldos..., que no les haya faltado nunca de nada! Y luego con mi hijica

enferma, que se me moría, y que ni una noche de reposo, sufriendo, llorando, rabiando, pidiéndole a Dios que no fuera tan malo, que no fuera tan malo.... ¡Qué sabe nadie lo que es sufrir!

-¡Ah, ja! ¡Ja, ja, ja! – sonó un prolongado ladrido a su lado, y en seguida llegó a los oídos una voz conocida -: ¡Pero hombre, mira quien está aquí! - Era Chucho, a quien no había visto hacía tiempo. Vino corriendo a abrazarla, abriendo contento su inmensa boca de mastín. Dorotea apretó instintivamente el puño, arrebujuando el billete que le había dado el tío Urbano; y cuando el otro la abrazaba, lo deslizó en el sostén. No dejó sin embargo el navarro de percibir la maniobra.

-Vamos, Doro – dijo, empujándola hacia la taberna -, entra que está tu marido echando la partida.

Fue incapaz Dorotea de resistir el envite. Una nube de humo de tabaco, y un vapor de algo ácido y húmedo le dió en la cara nada más entrar, y era una sensación extrañamente agradable. Vio a su esposo sentado a una mesa de tope de mármol, jugando al dominó con otros tres, rodeado de amigotes y curiosos.

-Aquí te traigo a la chorva – chilló el Chucho -. Dice que se va a pagar una botella.

-¿Yo? – estalló Dorotea, al tiempo que se llevaba la mano al pecho.

Hubo una risa general. Ella se sentía anonadada: había echado una rápida mirada todo alrededor según entraba, y aparte de dos mujeres, evidentemente de la vida, que compartían una mesa con media docena de soldados allá al fondo, no había más que hombres en la inmensa sala.

-¡Pos hale! – oyó la voz de su Lucio -, que se la pague, ¡hostias!. ¡Una de tinto! –chilló al camarero -. A ti te toca, Tuerto.

El Tuerto miró una a una sus fichas, alzó una en el aire, la depositó con un manotazo en la mesa, y dijo a la recién llegada: - Venga, Doro, siéntate.

Fue otro de los comparsas, que no estaba jugando, quien ofreció su silla a Doro, haciendo una reverencia con su único brazo. – Por pagana – dijo, con una mueca que pretendía ser una sonrisa.

-Oye, Manco, de pagana nada monada. Que eso de invitar son invenciones del Chucho, no me enredéis. Y además, ¡si no tengo ni una gorda! Conque ya sabéis.

-A otro perro con ese hueso – emitió el Chucho su expresión favorita -, que te agarré escondiendo un billete entre las tetas, hermosa.

-Y de eso que no tienes una gorda – interpuso el Tuerto, riendo -, ni hablar. Que no hay más que verte, y bien gorda que estás.

Todos rieron del chiste, y el marido más que nadie.

-¡Oh no, no! – repetía Dorotea, apretando más la mano contra el pecho -. No penséis que os voy a pagar una botella.

-Anda, sácalo, saca ese billete.

-Qué cosas tienes, Chucho – decía ella, cada vez menos segura de sí misma -, yo ¿un billete?

-¡Venga, coño, juega! - gritó un hombrecillo que hacía de compañero de Lucio -. Y tú, Doro, no te hagas de rogar, que te lo estoy viendo entre las tetas, hostia, y nós pa tanto, un billete de cinco arrugao y mugriento.

-El arrugado y el mugriento eres tú, Sietemesinos de los demonios.

-Cosme es mi nombre – dijo el pequeñajo.

-Lo mismo me da.

A todos los conocía Dorotea: Tuerto, Cagaluta, Cosme, Pascual, por otro nombre Cordero, Bigarreta Chucho naturalmente, así como el Manco, el Repelente y otros; y en el medio de aquella pandilla, su marido el Bicicleta, ya medio ciego el pobre, con sus gafas, de lentes gruesísimos, encajadas en una nariz de berenjena que casi rozaba la fila de dominós de pie en su parte de la mesa. Alguien alzó una ficha y la dejó caer estrepitosamente en el mármol; luego, mientras otro de los jugadores calculaba qué dominó iba a poner, los demás se volvieron a Dorotea, implorándola que comprara una de tinto. ¡Sólo una botella, Dorotea, sólo una! ¿Qué te cuesta? Si entodavía va a sobrarte tres pesetas. Una botellina. Dos pelas, mujer. ¡Mércasela al marido, guapa, pa que se callen!

Ella estaba como aturdida; el cansancio y el ajeteo de la mañana habían hecho su mella, y ahora que estaba sentada en una silla sólo pensaba en un posible reposo, cerrar los ojos, cesar de ver y de sentir, morir, ¿quién sabe?.

Todos hablaban al mismo tiempo, insistían, rogaban, amenazaban y hasta la abrazaban. Por favor, una botella, sólo dos pesetas. El resto podía quedarse ella con él. Llorando se lo pedían, ¡por el amor de Dios, ocho reales! ¡Nada más!

Al cabo Lucio se levantó, tambaleándose, y, haciendo mil muecas y reverencias, se hincó de hinojos delante de su mujer, pegándose a sus sayas como un bebé. - No me levantaré de aquí, guapiña, hasta que me haigas concedido lo que te pido

-¿Qué hablas, loco? – exclamó Dorotea, empujándole fuera de sí.

-Cómprame una botelliña – imploró él, impotente.

Encontraron todos la escena tan graciosa, que hubo un estallido general de risa. Hasta Dorotea terminó por reírse entre los dientes.

-Pues sí, es verdaz, calamidaz, que tengo un billete de un duro –soltó ella al fin, amenazando al marido con el puño, en el interior del cual otra vez se hallaba, arrebuñado, el billete -. Y ¿sabes pa que lo quiero, borracho indecente, que eso es lo

que eres? Pues voy a decírtelo, gandulón: para ayuda de esos lentes nuevos que ha dicho el culista que necesitas. ¡Cegato, que no ves dos en un burro!

-Que sí, mujeríña – protestó él, estirándose para agarrar de la mesa la botella vacía -. ¿No ves que sí que lo veo todo!

-Desgraciado. Que tú todo lo tienes, todo lo malo endeluego: despreocupado, borracho, holgazán y redomao ladrón, que hasta del ayuntamiento te han tenío que echar, que no sirves para nada; que mientras tú estás bebiéndola con los amigos, yo he estao con el tío Urbano a pedirle pa lo de tus gafas, bandido. – (Todo esto lo decía enseñándole el billete) -. Pa que lo sepas. Y tú, que me lo gaste en vino, ¿no? Pa eso sirves, pa gastar y pa emborracharte; que no vales pa otra cosa, haragán. ¡Ay, pa qué me casaría contigo! Y otra cosa, que a saber donde estuviste anoche, traidor. Por ahí sin venir ni siquiera a dormirla a casa, despreocupao; perdido, más que perdido.

Todo lo oyó el Bicicleta, postrado de rodillas, sin protestar ni hacer otro ademán que el de pedirle con las manos juntas perdón, diciendo todo el tiempo “Sí, mujeríña” o “Claro, Doro”, “Pa ti la perragorda,” sumiso y aniñado, provocando todo el tiempo entre la concurrencia muchas risas y gritos histéricos. - ¡A la mierda con los lentes! – gritó al fin, levantándose - Yo pa qué los quiero, ¿eh?, si... si con éstos ya me basto... ¡hom! ¡Juanito, anda, tráete esa botellina, que paga la parienta!

Dorotea, que no había cesado de aletear el billete en las narices del marido, se lo vio arrebatarse por uno de los compadres, el cual procedió inmediatamente a convertirlo en vino.

-¡Tú, ladrón! - chilló Dorotea, levantándose -. Devuélveme ese dinero.

Una risotada general apagó las llamadas perentorias de la pobre Dorotea.

-De toas formas – dijo Lucio, agarrando la botella que ya traía el mozo, - pa contemplar esta hermosura, me bastan mis propios ojos, a ver si no. – Echó un buen trago, acariciando amoroso la botella, y luego, aproximándose agachado, estampó

un beso de reconocimiento en la frente de su media naranja, que se había vuelto a sentar.

-¡Eso, en la boca, eh! ¡Que un beso de amor no se da de cualquier manera! ¡En la boca! – oyó Dorotea que chillaba el Chucho, en medio de la hilaridad general; mientras que alguien, por detrás, la empujaba con dos manos en la espalda, para que se doblase hacia el marido.

-¡En la boca, en la boca! - repitieron todos -. ¡El beso se da en la boca!

Uno de los comparsas estaba agarrando a Lucio por las solapas, obligándole a que se desplazara hacia ella.

-¡Ea, en los labios, Bicicleta, joder! – oyó de nuevo la pobre mujer esa voz conocida, antaño bien amada; y vio dos manazas que le agarraban los hombros, empujándola hacia el marido. Y sí, eran de **él**, del Chucho, las conocía muy bien esas manos: al tacto simplemente las hubiera reconocido -. Té dicho quen la boca, ¡cojones! ¿Es que ni siquía sabes besar a una chorva, marica?

Lucio, esmirriado y encogido, no replicó; parecía querer disculparse de algo. – Pero si ya la he besao, hostias, que nós atenéis a razones.

-A otro con ese hueso. ¡Lás besao en la frente, cojones! O lo haces ahora en los labios o te parto la jeta.

Vio Dorotea un gigante en la penumbra, agarrando por detrás a su marido, el cual gemía como un niño: - Pero si ya la he besao, de verdá.

-O se es o no se es – decía el Chucho, que se movía de un lado a otro como queriendo clavar sus colmillos en la carne de una víctima propiciatoria: ella misma, unas veces, un Lucio tímido y chiquitín, otras -. ¡Cojones, en la boca, Bicicleta! Questás confundiendo el tocino con la velocidaz.

-¡Hom, déjame! ¡Déjame, te he dicho!



Consciente sólo a medias, percibió la sombra del energúmeno avanzando hacia su Lucio. Y cómo hacía éste por desprenderse de las garras del animalote. Luego le vio sólo a él: pequeñito, insignificante. Le vio venir temblando hacia ella, impreciso en sus movimientos, en medio de una nube de humo de tabaco, lentamente, muy lentamente.... Le pareció que sonreía.

-Pos bésala como Dios manda – había dicho Bigarreta.

Se puso a pensar en las caricias que había recibido de uno y otro hombre, ya tan lejanas. ¿Por qué se reían ahora? ¿Por qué se reían todos de ella?

Estaba mirando en rededor, a través de las lágrimas. De pronto se dio cuenta de que tenía a su Lucio allí encima, su cuerpo esquelético encogido, como tiritando, doblado en dos. Estuvo un rato parado, indeciso, tan encogido y pequeño que, aunque estaba ella sentada, los dos rostros se hallaban a la misma altura.

-¡Vamos! – se oyó.

Aquellos ojos verdes, antiguamente tan bonitos, la espiaban desde detrás de unas gruesas lentes sucísimas. ¿Por qué se había parado y la contemplaba indeciso como si tuviera miedo? Y ¿por qué torcía ahora la mirada como implorando a los amigos? Ya no sonreía, ni había expresión alguna en su rostro. Oyó una caracajada, lejana, y se quedó sorprendida. ¿Qué pasaba? No entendía nada. Era como si se hubiera vuelto loca o tonta de repente: una inocente. Oía los ruidos. Oía a unos y otros dando voces, emitiendo sonidos que no comprendía.

-¡Coño! ¡Qués la madre de mis hijos! ¡Menos guasa! Si es **mi** Doro, ¿os creéis ... que... que no la quiero? Yo la quiero... si soy su esposo... - (Tos, tos, tos) -, quiero... como el primero...

-¡Pues entonces, bésala y calla!

-¡Que la bese!

-¡Arreando!

-Pos claro.

-¡Dale!

-¡Hale, hale!

-Aguardar, diantre.

-¡Venga ya!

Se había llenado la taberna de sombras. Cien pares de ojos escudriñándola, saliendo dos a dos de esas oscuras siluetas fantasmales como destellos de fuego... o como dos agujeritos, aquí y allá, que proyectasen algo centelleante por detrás de una pantalla negra llena de formas humanas o casi humanas, aún más negras que el contorno, y que se movían, se movían, movían..., todo el tiempo moviéndose, separándose, juntándose, y vuelta a separarse..., alejándose, alejándose... y volviéndose a acercar.

Se oían los gruñidos de algunos elementos bestiales..., rudas risotadas aquí y allá, las voces estentóreas de unos y otros.... Todos hablando o escupiendo o riendo o llorando al unísono....

Y el murmullo más lejano de otras risas y otras voces que probablemente no tenían nada que ver con ella: otros grupos u otros monstruos que igualmente divertíanse a su manera. Y de cuando en cuando el conocido estallido de las fichas en el mármol de una mesa de hierro, o los golpes de toscos puños de machos en mesas de madera que sin duda rezumaban vino.

Entre todas esas formas vagas, o siluetas de fantasmas, se hallaba su marido tan cegato que casi no se le veían los ojos de cerrados que los tenía detrás de esos

vidrios enormes: un Lucio o Bicicleta asustado y vacilante.... ¿Iba a arrojarse en su regazo, por un casual, caerse allí encima de ella, llorando, llorando...?

Y le dio mucha pena de aquel hombre. Sorprendente es decir; pero sí, sintió de repente un dolor inmenso en lo más profundo de su ser, y era **él** la causa de ese dolor. Y se sintió herida también en su propio ser de hembra débil, fea, horrorosa..., que había sido hermosa. Herida en sí misma, espantada de ver tantos hombres feroces, horrendos, tan juntos, tan empeñados en insultarla así. En insultarles: dos esperpentos, dos vidas parejas caídas junticas en insondable abismo. Y es que la embargó de pronto un sentimiento profundo de vergüenza y de tristeza y de dolor... femenino, un algo humano, una sensación bien natural que había largo tiempo tratando de ignorar. Se le inundaron los ojos de lágrimas. Todos aquellos tipejos salvajes estaban riéndose de ella porque la besaba el esposo..., ¡todo un espectáculo! Probablemente no se habían divertido nunca tanto en la vida. ¿Tan sumamente ridículo era todo aquello, como para que se retorcieran así, desdichados, para que se rieran como si estuvieran contemplando a una pareja de payasos? Pensó que debía hacer siglos que no la besaba su Lucio. Ni siquiera recordaba a qué sabían sus besos. Y se corrió, ¡pobrecilla!, pensando que si en efecto aplicaba él ahora sus labios a los suyos, tan morados y bastos, no sabría qué tendría que hacer, cómo responder. Y pensó que se iban a reír todos mucho de ella otra vez, cada vez más, más salvajemente. Era a causa de su inmensa fealdad: la veían basta, gruesa y desaliñada, y les hacía gracia que pudiera haber alguien que besase a una mujer así, tan repugnante. (Y, ¡ya ves!, no hacía tanto tiempo que los hombres la habían buscado y deseado, encantados de verla unos minutos aunque nada más fuera. Unos y otros, todos. E incluso hubo una época en que no daba ella dos pasos en la acera sin que alguien le soltara un piropo, la diese un pellizco de amor en un muslo; o al menos que la siguiera un rato con la mirada, su cuerpo, sus piernas.... ¿Qué es lo que había pasado?)

Con las lágrimas aparecieron en el aire chispas, estrellas, figuras geométricas llenas de luz y color, pequeñitas, centelleantes, entre unas pestañas que casi ya no existían, un mundo mágico constatemente en evolución, expansión: pues aunque cerrara los ojos, las vería...esas figuras geométricas, sus lágrimas. Se dio cuenta, entonces, de que habían encendido una bombilla, justamente encima de esas formas

semihumanas, cerniendo esa espesa masa gris de negras sombras y de algo grisáceo, el humo de tabaco, el polvo, una grasa de frituras y guisados, miasma, alientos, el escupir de bocas podridas por agujeros negros. Y una absoluta falta de oxígeno.

No cesaban los ruidos, el golpear de las fichas de dominó, el caer de las botellas en el mármol de las mesas, los vasos, las voces, las carcajadas y otros gritos más lejanos de animales.

Se sentía más que agotada, muerta. Una como inmensa bufanda oscura la cercaba, apretándola, apretándola...: y esa luz amarillenta encima, esas chispas o centellas, o agujeros en la oscuridad... y esas formas negras con rebordes que ahora eran anaranjados. De cuando en cuando una ráfaga de viento zarandeaba la bombilla y empezaban a bailar las sombras.

-¡Cojones! ¿La besas o no la besas?

La silueta del marido empezó a hacerse más grande y más negra. Inmovilidad. ¿Por qué se había parado otra vez?

-¡Bicicleta, que es para hoy!

Esa voz, antaño tan familiar, la hería ahora como un dardo, un castigo, un algo venido del Cielo para acusarla, apuntarla con el dedo... mujer frívola, impura, que se había entregado a ese perro indecente. ¡Como si hubiera sido todo **su** cupa! Cuanto más que sabía que si la había abandonado ese hombre bruto y gordinflón, si se había desprendido, por así decirlo, de ella como de un objeto ya usado y sin valor, no se debía ello tanto a una deficiencia suya, de mujer, sino de él, macho indecente. No era el suyo (de ella) un cuerpo viejo y sin fuerza para el amor. Era él, precisamente, quien no valía, que tenía problemas de erección y le daba vergüenza mostrar su impotencia de borracho, el que se supiera que no servía ya para nada. Lo había comprobado, últimamente, cuando volvieron a encontrarse en la carretera de Madrid. ¡Un Chucho sucio y sin valor!

Vio que se aproximaban las sombras, esas manchas fantasmagóricas, como espíritus dañinos de otro mundo. Un halo de luces cercándola, un movimiento de sátiros horribles. Acechando cada vez más. Como para estrangularla. O estrangular les a los dos. Su Lucio estaba en el cerco. Allí en medio. Los dos. Solos.

Empujando la bestia al marido, empujándole en sus brazos. Un círculo cerrado, como la arena de un circo. Dos fieras parejas, Lucio y ella, únicos actores de una gran tragedia horrible. Y un coro de borrachos todo alrededor. Las luces como chispas. Los olores. Las sombras alborotadas. Y ese humo o ese polvo cada vez más denso. Ese vaho húmedo acre que subía desde el suelo. Se le hizo de repente insoportable. Quiso salir, escapar, buscar la libertad. ¡Oxígeno! Abrió la boca. Quería respirar. No pudo. Tuvo muchísimo miedo.

-¡Cuidado con el bigote! – chilló un gracioso

Todos rieron del chiste; y ella, paralizada en su silla, sintió según acercaba la cara el marido una vergüenza y un dolor imponentes. Percibió el roce de una nariz abultada, y un chasquido. Y vio que se apartaba de ella su hombre, muy de prisa, como si le hubiera sacudido una descarga eléctrica.

-¡Joder, cómo pica la putiña! – oyó la voz de Lucio, como escupiendo y haciendo ascos. El cerco se abría a su alrededor -. ¡Recristo, ya se podía haber afeitado, la marrana! - Y la taberna entera se vino abajo con las voces estridentes, los tacos, las risas, la sacudida estentórea que siguió al espectáculo de aquel beso, a aquel contacto de dos bocas. Ella y su marido.

A través de las lágrimas le vio alejarse, abrazado por los amigotes que le trataban de gran campeón. Y a todos les vio desaparecer en la masa de los borrachos junto al mostrador. Se había quedado sola. Juanito le había devuelto, cuando trajo la botella nuevamente llena de tintorro, tres pesetas; estaba segura de ello; y sin embargo ahora solo tenía una en la mano; las otras dos monedas se le habrían caído al suelo, o se las había birlado el marido. Agarró la que le quedaba, cerrando bien el puño, protegiéndose de no sabía quién o qué, y se quedó quieta

llorando en silencio, mientras a sus oídos llegaba el jaleo de las voces, las risas, las llamadas, los lamentos, juramentos..., y puntuándolo todo, el golpear de los vasos, y de los puños con los naipes, y una y otra vez los dominós... en los topes de las mesas. Pero sobre todo oía el alarmante latido de su corazón.

Al cabo, llorando todavía, un llanto siempre quedo, silencioso, levantóse lentamente de su silla, apretándose con los puños las caderas, según se alzaba tan sola, tan aviejada y deshecha.

Era ya muy de noche cuando salió al callejón. En los soportales, contra una columna, y recortada por las luces de la Fuente Dorada, se veía la silueta de un ciego, tocando el acordeón, y a sus oídos llegó una voz infantil:

-“Si a tu ven - tana lle - ga

-“u - na palo - ma

-“trátala con cari - ño

-“que es mi per - sona...”

Sin mirar a la niña, que le extendía una mano, dejó caer la moneda en el platillo, y se fue caminando lenta, penosamente hacia la Calle de las Angustias, apoyándose de cuando en cuando en las columnas de los soportales para no caer por tierra.

## CAPITULO 24

-¿Señorita?

-Entra, Feli.

Empujó la puerta y entró en la habitación, sosteniendo la bandeja con las dos manos. En la cama, enseñando unos pechos hermosos y unos bronceados brazos bien hechos, tratando en vano de evitar un bostezo, se hallaba Juanita, dándose aires de gran señora. En cuanto vio a la doncella, se abrochó el camisón, se sentó en la cama, estiró los brazos, los bajó luego por detrás de la cabeza, tocándose un poco la nuca, como si estuviese peinando su largo cabello platino, y dijo: - Ponlo aquí por ahora, Feli. - Y con sus ojos negros indicó una mesita de noche.

Feli dejó la bandeja, arregló un poco la cama, alzando las almohadas detrás del agraciado cuerpo de la dama, colocó una estructura de metal niquelado sobre las rodillas de ésta, y depositando encima el desayuno, preguntó: - ¿Algo más, señorita?

-Sí. Tráeme la pitillera de oro de la coqueta, ¿la ves?

-Sí, señorita – dijo la muchacha, acercándole la pitillera y un encendedor también de oro -. ¿Desea algo más?

-No. Puedes retirarte. Ya te llamaré si te necesito. - Y con un gesto de los dedos le indicó que se fuera.

La verdad era que la posición y el dinero se le habían subido a la cabeza a la pobre Juanita García. Parecía que se le hubieran borrado de la mente todas las escenas de miseria y de horror de que había sido testigo en Salamanca de adolescente, habiendo llevado los nacionales al padre al paredón. Se pasaba el día sin hacer nada, la mayor parte del tiempo tumbada. Ni siquiera dormía mucho con

su amante, pues desde que éste se había quedado viudo ella había empezado a jugar una comedia de castidad y distanciamiento que iba convirtiéndola poco a poco en una Casta Susana. Le admitía, sí, pero sólo de vez en cuando; e incluso, para compensar, le daba una vez al mes una de esas sesiones eróticas, como antes, desnudándose poco a poco, dejándole ver bien las formas envueltas en prendas de encaje negro brevísimas (que él mismo le había comprado), quedándose de pies unos minutos delante de él, como haciendo gimnasia, el larguísimo cabello suelto, que le abarcaba los hombros cuando se daba una vuelta rápida, los brazos abiertos, voladores, invitándole a que la abrazara, los muslos rosados saliendo del encaje, y los pechos rebosando en el transparente sostén. Y él viniendo a ella excitado, queriéndole comer los labios; cosa que evitaba ella escurriéndose como una culebra entre sus brazos: aquellos juegos antes casi cotidianos, ahora proporcionados casi a cuentagotas.

Era un amor racionado lo que ahora concedía. No cuando él quería, sino según un calendario estricto que ella había fijado; una vez cada ocho días, para empezar, luego cada diez, cada quince, haciéndose más y más difícil. Para hacerse desear. A fin de mantenerle insatisfecho, y así aumentar su propia atracción, su precio y su valor. Últimamente le había dado por decir a todo que no, que lo que hacían antes era inmoral y sucio, meras guarrerías. Que no viniera a ella a cada paso; que esperase y se hiciera más modesto y comedido; que ella no era una cualquiera, y que tenía que tener cuidado con su cuerpo y velar por su alma, y que se lo había dicho el confesor. Y aun llegó a decirle un día: - Si no me llevas al altar primero, desde ahora te digo que no podrás más hacer uso de mi cuerpo de ahora en adelante.

No lo significaba, desde luego: pura coquetería, y amenazas para ver si él caía, y para hacerse más valer. Sí que le entregaba su cuerpo, desde luego: todo él, de la cabeza a los pies. Y con guarrerías y todo. Y sí que lo sabía ella hacer bien. Y le dejaba hacer al querido, pues no quería ser una tirana, como ella decía; ni tan absoluta que, si alguna vez le amenazaba de no hacer esto o lo otro, iba a cumplir al pie de la letra su amenaza. Era todo ello puro teatro. Y, al contrario, después de haberle lanzado una anatema, en seguida venía ella misma hacia él, y se ofrecía sumisa; a menudo lo hacía envuelta en un abrigo de piel de los caros, se lo



enroscaba en el cuerpo desnudo bellissimo, y rodaban los dos por la alfombra abrazados, y lo aceptaba todo, su cuerpo siempre envuelto en el armiño. ¡Como para hacer pecar a un Santo! O dejaba caer de pronto una bata de seda japonesa, presentándole al querido su cuerpo de diosa con tal tacto y dignidad, que él caía indefenso a sus pies, por muy arisca que hubiese aparecido anteriormente a sus ojos.

Y continuaba el juego. La vez siguiente, él la encontraba en la cama, tapándose con la colcha hasta las mejillas, y aparecían sus labios rojísimos que le intimaban a que se fuera, que no tenía ganas y que no, y que no, que no estaba ella para eso. Y él se hincaba de rodillas, agarrándose a la colcha, e imploraba que le dejase, que le dejase un poco, un poquito, que le dejase entrar, a ver. Y al fin, si lo pedía con mucho ahinco y mucho amor verdadero, diciendo por ejemplo que por el amor bendito de Dios Todopoderoso se lo pedía, y que le dejase, ‘prenda adorada’, ‘mi niña’; o si la llamaba ‘mi esposita querida’ o ‘mi mujercita’, o bien ‘mi propia y sola gatita’, entonces ella se ablandaba y consentía. Lanzaba la colcha al aire con sus bellísimos brazos dorados, y aparecía, ahí desnuda y radiante como la diosa Venus. Aún así, no le permitía que entrase como una fiera, sino modoso y lentamente, como un perfecto casado, y nada por el momento de intentar como antaño de ir directamente al sexo, chupando como los perros, o aquello de cuando él ordenaba que se sentase en sus muslos llenos de pelos, abiertas sus bellas caderas, la entrepierna en su ingle, las manos delicadas en su enorme barriga, y luego deslizándose hacia la alfombra, los juegos: la boca en seguida, la lengua, los besos indecentes. Nada de indecencias ahora, que ella era muy cristiana. Se pintaba, eso sí, derramaba casi medio frasco de estimulante perfume afrodisíaco en el cuerpo, y luego ya lo normal, todo como Dios manda, el uso del matrimonio hondo y morondo. Que no tuviera ella luego que ir contándole esas cosas al confesor. Que el ir contra la naturaleza era un pecado, y que no se creyera él que iba a rebajarse ella al nivel de las bestias del campo, o los salvajes de la selva que todavía no conocían a Dios.

Así era la vida *matrimonial* de doña Juanita. Cristiana, reservada y sobre todo digna. Más digna según iban pasando los años y que iba superándose *aquello*. Se volvía ella más señora de abolengo y con más frecuencia, en consecuencia, entraba en las iglesias. Quería ser pura, como la Madre del Bebé de Nazaré lo había sido.

Se lo había pedido a la Virgen de las Angustias, la cual más de una vez se le apareció en sueños, diciéndola que el pecado rebajaba a la mujer y que Su Hijo había tenido en mucho el matrimonio, ya desde que en las bodas de Caná convirtiera el agua en vino. Es que leía mucho la Juanita aquellos días, y siempre libros de religión.

“No, no cederé más a sus ruegos – se dijo – a menos que me prometa que me va a llevar al altar.”

Puede decirse que toda su ambición, todo el propósito de su existencia aquellos días se resumía en una frase. Quería ser la esposa de Argamesilla ante Dios y ante los hombres. Y no sólo se lo había implorado a la Santísima Virgen de la parroquia de donde había vivido tantos años, no. A todas las Vírgenes, Cristos y Santos se lo había pedido, una y mil veces. A su Santo Angel de la Guarda, para empezar; a San Antonio, patrón de los enamorados; a Santa Águeda, patrona de las mujeres todas; a San Expedito, ayuda de los desamparados, y a San Antón, abogado de las cosas imposibles, del cual era ella muy aficionada, pues le había sacado una vez de un apuro tremendo: (aconteció que un día muy aciago había extraviado la pobre un objeto preciosísimo, un regalo muy valioso de Joaquín, un broche de oro con perla grande y corona de brillantes; y no lo encontraba la muy sosa; a punto estuvo de volverse loca; entonces se acordó de San Antón, que en sueños le dijo que no se pusiera frenética, que ya aparecería el broche; a la mañana siguiente fue derecha al templo, se arrodilló delante de la estatuilla del santo, que estaba colocado como de prestado en una repisa pequeña elevada, depositó un duro en la cepillo, y rezó tres padrenuestros; y al regresar a casa en seguida encontró el susodicho broche detrás de un retrato de Joaquín en uniforme, ¡qué suerte !)

Era un recuerdo feliz, ¡un bonito regalo perdido y hallado en un rincón! Pero ella quería algo más que recuerdos, ¡Oh, mi Jesús, concédeme esta especial intención! Se lo pedía a Dios y a los Santos todos, de los cuales algunos le decían en sueños que sí, que tenía ella razón y que vencería, especialmente Santa Teresita del Niño Jesús.

Y ¡que no acabara él entrando por el aro! “¡Oh, Joaquín, Joaquinito, malo, cruel, mi tirano !” (Todavía no le llamaba *Quinito*, como había hecho la otra.)

“Eso sí que no, mi Juani, gatita – le había dicho él varias veces -, casarme no puedo. No es por nada, pero date tú cuenta que arruinaría mi carrera.”

“Pues entonces – pensaba *la gatita* aquella mañana en la cama, metiéndose un trocito de tostada con miel en la boca -, pues entonces, querido, te tendré en ayunas. Verás tú lo que es bueno.” Apretó un poco los labios, preciosos como dos rubíes, sacando un poquitín el morro, ese morro adorable de niña refunfuñona; y una arruga pequeñita hizo su aparición un instante en su frente de mármol rosado. “Si no me llevas al altar, habiendo pasado y con creces el duelo de la otra, pues no te entregaré más mi cuerpo. Veremos a ver quien sale perdiendo.”

Estaba aquella mañana verdaderamente bellísima, con esa atractiva expresión de mal humor, ese ceño tan fuera de lugar, casi de mentirijillas. Se había maquillado nada más despertarse: sus grandes ojos negros lo primero, largas pestañas; dejando luego caer, para cepillarlo, ese cabello en bucles de oro aplatinado que le llegaba hasta los mismos senos; y se había pintado esos labios siempre llenos, y empolvado esa respingona nariz graciosísima: hasta una arruguita nueva entre las cejas, pequeñita, estaba que decía ‘¡comedme!’.

-¡Bah! – se dijo después de un rato, todavía lloriqueando -, si no lo lograré. Lo sé. Es muy burro. Si parece aragonés. – Volvió a meterse un pedacito de algo en la boca y tomó un sorbo de café - Que arruinaría su carrera, me dice. ¡Mal haya! ¡Oh, hijo de mala madre! Pues entonces, qué podría decir yo. Arruinando mi vida entera está. Vamos, que me da un asco cada vez que lo veo ahí en cueros, gordo como un tonel y peludo que parece un oso. Y ¿que le tenga una que aguantar? – imitando la voz cascada del amante -: ‘Piensa en mi carrera, Juani, vida mía.’ ¡Desgraciado! A raya te voy a tener, como no aprendas.

Había terminado el desayuno, y desembarazándose de la bandeja, cogió maquinalmente un espejo de la mesilla de noche y contempló sus facciones por un rato. Aunque pasaba la treintena, cada día era más bonita. Y lo sabía. - ¿Qué más

querrá él? – se dijo, convencida -, mariquita, que no es más que un mariquita, por todo lo grande y lo basto que es. Que ni siquiera lo sabe hacer. Que no es que yo lo diga, que la última vez no hacía más que sudar y sudar, y ni por ésas. “Es el alcohol, Juani, tú ya me conoces, y sabes que los tengo bien puestos, que de macho tengo de sobra.” - Soltó una carcajada - Disculpas. Que no es la primera vez tampoco. ¡Bah! ¿macho eso? Si está ya mas pasao que una pasa de Málaga, ¡qué asco! Cuando pienso que tengo que aguantarlo, un tipo así. Pensará él que lo hago por placer.

Para consolarse, miró hacia una cunita que estaba situada a un paso de la cama, donde dormía apaciblemente un perrito, regalo de Joaquín. “Y sin embargo – pensó, sonriendo un poco -, él me ama, que me lo ha jurado mil veces.” Duró poco la sonrisa, y al cabo dijo entre los dientes -: Bueno, pues si me ama, ¿por qué no me dice que sí, y nos casamos de una vez, eh? Se lo voy a plantear ahora mismo, en cuanto venga esta tarde a verme. Yo esto lo soluciono de una vez. O me promete que va a conducirme al altar o no le admito más, y se acabó. Que se busque otra. – Una sonrisa apareció en su cara pensativa -. Si es que la encuentra, que con ese barrigón y la bola que tiene por cabeza, lo dudo.

Miró otra vez a la cunita del can, que seguía durmiendo. - ¡Lu... luu! – llamó con voz mimosa y dulce. Levantó las orejas el animalito y pareció despertarse; luego, poniéndose a cuatro patas, en actitud adorable y sumisa, miró a su dueña con ojos saltones. Y la misma voz melosa: - Ven Lulú, ven, ven; ven aquí cariño, que vales tú más que nada y que nadie. – Extendió los brazos -. Lu lu, Lulú, mi adorado. ¡Oh, qué hermoso, hermosísimo, el más guapo y más lindo de todos los bebés del mundo entero. Chu, chu, chu, chu.

El cuadrúpedo había saltado a la cama, y después de haberse acercado a su dueña para husmearla, se separó dando saltitos hacia atrás. Ladraba de alegría, mirándola. Era un manojo de nervios, como si estuviera su cuerpecito cargado de electricidad, un trote ligero, mecánico, sin fin. Se paraba y parecía que estuviera tiritando de frío. Y otra vez a trotar. Un ser menudo, gracioso, clarito, peludo, el húmedo hocico triangular alzado al cielo, como pidiendo un beso. Era imposible verlo y no amarlo. -¡Lu, lu, Lulú precioso, ven aquí! – le gritaba ella, tratando de

agarrarle -. ¡Oh mío, mío mío, hijito bonito de mi corazón, cariño adorado! – lo cogía con delicadeza por los antebrazos, y lo alzaba en el aire prodigándole toda clase de caricias y epitetos amorosos, incluso dejándose arañar y que le lamiera el cuello -. ¡Oh no, estúpido, no así! – decía, riéndose -. Luego le pasó la mano por encima, peinándole, peinando su *cabello* de nieve; y la pasó por debajo, haciéndole cosquillas, acariciándole sus partes. Y volvía a reírse cuando reaccionaba el can ladrando y sacaba ese genio perruno y la quería morder. Entonces ella lo soltaba, volvía a cogerlo, lo alzaba verticalmente y apretaba el rostro contra la barriguita rosada; lo pasaba al cuello y sosteníalo un rato como un cordero lechal llevado al sacrificio. Soltaba una carcajada histérica. Se le escapaba el bicho, y ella lo atrapaba por una pata, y se lo metía debajo de las sábanas. Oía los ladridos, sentía el terremoto que causaba en las lóbregas profundidades su adorado Lulú, y hasta que salía éste asustadísimo y corría por la habitación como alma que llevara el diablo. Más ladridos, otro saltito, y una carrera en la cama, arañando la colcha de seda. Ella entonces hacía como que le pegaba, sacudiéndole en el culo de mentirijillas, y él salía otra vez ladrando alborotado, pero sin saltar a la alfombra. O se quedaba con la lengua fuera al otro extremo de la cama, incitándola, vibrando su cuerpecito como si fuera de azogue, la boca babosa, los ojos saltones como dos bolas granates. Era una verdadera delicia, y ella no podía menos de aceptar el reto, poniéndose de rodillas. Y vuelta a las carreras y las risas, alzando la preciosa mano, amenazadora -. Travieso, malo, malísimo, ¡cómo me rompas la colcha, verás!

El perrito entonces le lamía la mano, le pegaba el negro morro a la cara, que nunca estaba muy lejos, y ella le decía que no fuera tan atrevido, que el papaíto iba a estar celoso, y otras mil tonterías por el estilo. - ¡Hala, toma un dulce! – le gritó al fin, fatigada, lanzando un bizcocho hacia el medio de la habitación. El animal se tiraba de un salto a la alfombra, cogía el bizcocho y subía con él a comerselo en la cama, deshaciéndolo en cien pedazos; y ella se reía, diciendo -: ¡Ah bandido, bandidito, bandidín, ya me estás llenando la cama de migas, no te quiero! ¡Ah, no, no te acerques a hacerme cosquillas, que sabes que no me gusta, no te quiero! - Y poniéndole morro al animal -: No, no me pidas perdón, que no te quiero. Que eres un travieso, y eso no, que ya te conozco. - Y ella misma lo besaba y le hacía cosquillas, diciendo -: ¿Es esto lo que quieres, eh? No, no me lo niegues, que sé de qué pie cojeas, granuja.

El perrito limpio, límpido, puritito y puramente adorable, recibía el cariño de su mamaíta como un bebé, fijando en ella sus ojos saltones como dos guindas. Volvió a escaparse, y cuando ella extendía los brazos, él se apartaba, llevando la colcha consigo.

-¡Ah, granujín! Como me ensucies la cama, verás lo que te hago – chilló ella alarmada, pues el perro, quitecito, había dado señales de algo.

Tiró de la campanilla, que colgaba encima de la cama, murmurando para sí -: ¡Ay! Ya veo lo que quieres, precioso.

Como tardara más de la cuenta la criada, volvió a sonar el timbre. - ¡Feli! ¿Qué haces, mujer?

-¿Me llamaba, señorita? – entró Feli corriendo.

-Llévatelo a la calle, un momento, a que haga sus necesidades. Y luego le das su desayuno, volando.

Feli empezó a hacer lo ordenado, y cuando ya salía al pasillo con la criatura a cuestas, oyó de nuevo:

-¡Feli!

-¿Dígame, señorita?

-Y cuando hayas terminado, prepárame el baño.

-Sí, señorita.

## CAPÍTULO 25

A la hora de la siesta llegó don Joaquín Argamesilla Picavía, y preguntó muy humilde: - ¿Está la señorita?

-Tenga la bondad, que voy a ver si está – respondió Feli.

Momentos más tarde entraba el querido en la habitación de la señorita, e inmediatamente se coló la sirvienta en un cuarto contiguo, donde se acurrucó en el suelo, pegando el oído a la pared.

-¡No, no y no! – oyó decir a Juanita, con esa voz de verdulera que de vez en cuando sacaba a pesar del ambiente en que se movía y tantísimo esfuerzo como hacía por parecer una señora.

A don Joaquín apenas se le oía; era su voz como un murmullo lejano, imperceptible; y Feli no sabía si es que hablaba muy quedo o que había ido a sentarse al otro extremo de la habitación.

Para colmo de males tuvo la joven sirvienta un ataque de tos, y hubo de apartarse un rato, apretando el pañuelo contra la boca para ahogar el ruido. Cuando volvió a aplicar el oído al tabique estaba don Joaquín hablando, y todavía sonaba su voz muy apagada. Sólo unas cuantas palabras llegaban comprensibles al oído de la joven: - ... ya pronto... promoción... qué dirán... mi carrera... desde luego... mis hijos...

-¿Entonces, te avergüenzas de mí, eh? – disparó la voz desagradable de Juanita -. ¿Es eso lo que te pasa, no? Pues yo... la verdaz sea dicha...

-... hombre, ya sabes, claro que no...

-Pues eso es lo que das a entender. Si no, a ver.

De pronto dejóse de oír la voz de Juanita, que había sido hasta allí bien clara y precisa. Y oyóse el ruido de un cuerpo al caer en la cama entre sollozos y suspiros.. Casi al mismo tiempo, unos pasos pesados, y esta vez llegó clara y precisa la voz del caballero. – No, mi Juani, que no. Venga, Juani, te lo suplico.

En medio de una gran congoja se oyó el estallido de un beso, más besos, más todavía; y a Feli se le representó la figura de un hombre abrazando a una mujer. Seguramente que estaba Juanita vuelta de espalda, agarrando la almohada. Ya otras veces la había sentido llorar.

-Si no es eso. Yo te quiero, Juani, gatita.... Sí, como una esposa, ya lo sabes... Es que pronto me harán general. Aguarda, cariño... hay que disimular, por el momento.... Tu pasado...

Oyó Feli el ruido violento de la cama, unos pasos acelerados; los tacones de punta de su señorita; y al mismo tiempo la voz histérica de ésta, disparando como una ametralladora: - ¿Cómo que mi pasado, eh? Es **nuestro** pasado, nuestra vida juntos, ¿lo niegas?, ¿te avergüenzas?, ¿lo rechazas? Dime, y ¿es que yo no soy digna de casarme con un general?

-No, si no es eso, tonta... ya te he dicho... pero aguanta un poco..., no es justo...

-...no es justo... ¿por qué?... ¿se creerán otras...? Pues no me llegan ni a la... de los zapatos, pa que lo sepas.

-Si, ya lo sé, ya lo sé, cariño, ya lo sé.

Llegó prueba palpable en seguida de que la señorita estaba dando rienda suelta al dolor, dondequiera que se hallase; ya que de pronto se puso a ladrar el perrito desconsoladamente; y ella, dejando a un lado el lloro alborotado, sorbiéndose su tristeza, empezó a hablar de nuevo, esta vez tierna y conmovedoramente, entre suspiros y el respirar ahogado de una naricita divina: - ¡Ah! ¡Ah, mi Lulú, precioso,



querido, oh, cálmate, no llores! ¿Te hemos asustado un poquito, bonito? – y el chasquido de unos besos extremadamente delicados, cariñosos.

Al mismo tiempo se oía el deambular pesado de don Joaquín, y su voz clara, precisa, que denotaba que estaba el caballero justamente ahí, al otro lado del tabique. – Bueno. No hablemos más. Te has salido con la tuya. Si es boda lo que quieres, boda tendrás. Pero, por el amor de Dios... - (se oyeron otra vez los pasos) - ... que dar tiempo al tiempo... al menos... ascenso a general... luego Dios dirá. ¿qué te cuesta?... - (acercándose) - ... esperar un poquito, ya sabes que tengo las estrellas de general en el bolsillo... pero si... preciosa... yo... muy pronto... te lo juro.

No terminó don Joaquín su plática. Ya Feli había oído entre tanto el ruido de la cama y un suspiro profundo, la señorita sonándose la nariz, los pasos acelerados del amo, y finalmente una voz suave angelical: - ¡Oh, Quinito, mi Quinito! –(era la primera vez que le llamaba así) - ¡Oh, Quinito, mi amor! Me has hecho la mujer más feliz del mundo.

No tardó mucho la criada en oír otra vez el ruido de la cama, un bien diferente sonido esta vez: movimiento de animación y jaleo, los besos, caricias, y un pesado cuerpo resoplando, probablemente cubriendo sudoroso a la dama, aplastándola contra el colchón; luego vueltas y más vueltas, las risitas, suspiros, más y más chasquidos amorosos de húmedos besitos y caricias.

Había estado Feli ayudando en el baño a su señorita aquel mediodía: un baño que lo era de espuma, de agua azulada olorosa y deliciosa temperatura; estuvo un rato enseñando la hermosa sus brazos tostados, elevándolos en el aire llenos de burbujitas blancas; luego el cuerpo dorado saliendo de la espuma, y esperando de pies a que le echase Feli una estupenda toalla alrededor y la secase la espalda, los hombros, las deliciosas tetas como dos limones de leche, que contrastaban blanquísimas con el bronce de los hombros y los brazos; porque aunque Juanita era rubia platino, lo era del frasco, y era en realidad muy morena, muy gitana de cutis, y en seguida cogía el sol cuando la llevaba el querido de veraneo al mar; luego le había echado unos polvos de talco perfumado, extendiéndolos con sus manos de sirvienta sobre ese cuerpo divino, un talco carísimo que le había traído el querido de

Barcelona; le había pasado a continuación las manos por debajo de los sobacos; esparciendo el polvo esta vez con una polvera suavísima, y otra vez la elíptica curva de los pechos hacia los pezones, y aun por debajo de los senos. A continuación la señorita misma, con una barrita de vidrio coquetísima, se había aplicado un perfume embriagador por debajo de cada oreja... y entre los pechos.

-“Riñen los amantes, y se quieren más que antes,” pensó Feli, que como su madre, era muy aficionada a los refranes.

Se le representaba la escena: tendría ese gordinflón ahora a su señorita en sus peludos brazos, besándola, echándola ese aliento de tabaco, intoxicado por la fragancia del perfume parisiense. Y no llegó a comprender, la pobre chica, por qué odiaba hoy a su señotita; qué era lo que la ofendía; de qué tenía envidia, celos..., ¡qué sabía!

Se quedó allí, acurrucadita contra la pared, toda la noche, escuchando y cogitando, más bien soñando, tal vez esperando en su alma un oscuro acontecimiento.

## CAPITULO 26

Era una noche fría, y a pesar de que no era muy tarde estaban las calles vacías. Al pasar delante de una ventana le llegó, lejano y apagado, el sonido de una radio, y se paró un instante. Era una música suave, sublime. No recordaba haber oído nunca nada parecido. Y era una voz de mujer, un canto. Un ángel. Esa música, esa voz; de una modulación y un sentimiento tan profundos, tan conmovedores, que casi le hizo llorar: no sabía por qué. Era todo tan genuinamente artístico. No, no sabía lo qué le estaba pasando. Abrió las compuertas de sus ojos, y efectivamente lloró.

¿Por qué le movía tanto aquello? No solamente le parecía imposible que una cosa tan poco material, como esas ondas que hasta ella llegaban, pudiera moverla así, físicamente, hacerla temblar de emoción: esa música sublime, ese canto, esa transmisión de imágenes, transfiguración; esas sensaciones nuevas que ahora percibía, que no recordaba haber sentido anteriormente nunca.... ¿De dónde venía? Algo que tenía su origen en otros seres humanos, tal vez muy remotos, que ahora comunicaban con **ella**, pobre joven solitaria sin amigos, compañeros, nadie.... ¿Cómo era posible que el ser humano hubiera creado tanta hermosura..., esa voz, esa melodía, el sentido de esa música tan perfecta, deliciosa, y de dónde venía esa fuerza: y por qué había ignorado ella la existencia de esa riqueza tanto tiempo, toda su vida, hasta entonces? ¿Qué estaba pasándola?

Cuando terminó el canto se fue andando poco a poco aturdida y olvidada ahora por completo de aquel viento helado que corría a lo largo de toda la calle. Anhelaba no sabía qué. Había belleza en el mundo, debía haberla, era evidente. Y ¿por qué ella estaba apartada de esas cosas, tan irremediabilmente?

Era jueves, había estado en el cine, y tenía que pasar por la Calle Santiago para volver a casa, la rica morada que había puesto a su señorita ese don Joaquín famoso, pilar del régimen.

Volvía a desgana. Se detuvo delante de todos los escaparates que todavía estaban iluminados, que no eran muchos. Pensaba todavía en la música que acababa de oír, ese canto, esa voz a la vez triste y emocionante. Desbordaba de un entusiasmo que no podía definir. La realización tal vez, el conocimiento de que había mujeres y hombres en el mundo para quienes todo eso era posible, familiar incluso, quizás tan natural como lo era para ella comer... o respirar.

¡Y que otros arrastraran vidas de animales, sin acceso a la cultura, la mente cerrada a todo lo que era verdaderamente elevado, sublime! ¿Por qué? ¿Por qué **para otros** eso que había oído, que le había entusiasmado así, unos instantes, recitales, conciertos, las representaciones de ópera y otras manifestaciones de arte y del saber; los banquetes, los vestidos, esos perfumes carísimos, tantas alhajas y tanto, tanto lujo como había observado, por ejemplo, en la película que venía de ver?, y ¿por qué la inmensa mayoría de los mortales (lo sabía, lo había sentido en su carne) no tenían acceso a eso, a nada..., carecían de todo, pasaban hambre?

Pasó el sereno a su lado, a su izquierda, dando golpes con el chuzo en el adoquinado del suelo, como para señalar a los posibles vagos y maleantes que pudieran todavía circular por las aceras que estaba allí la autoridad, y en contacto (a través del ruido del chuzo y los silbatos) con otros vigilantes del barrio.

Se asustó Feli al verlo y, sin hacerse muy ostensible, dio un paso a la derecha; luego emprendió la marcha hacia su casa con un poco más denuedo. Pero se volvió a parar, esta vez delante de una tienda de abrigo, capas y otros artículos de piel, la cual tienda hacía esquina con una bocacalle estrecha y oscura. El escaparate tenía una especie de bombilla blanca alargada en la arista del techo: nueva invención de la ciencia. Era una luz pura brillantísima, tanto que se veían las pieles como si fuera de día. Era una novedad, en plena noche, ver esos abrigo así, un ambiente iluminado como en el vestíbulo de un cine. Había abrigo blancos, negros, marrones, moteados; largos, cortos, tres-cuartos, estolas, cuellos de zorro que no parecía sino que estuviera vivo el animal.

Se apartó un poco de aquel tesoro con intención de volver a emprender la marcha; pero, inexplicablemente se paró otra vez, y se quedó un ratito, todavía

mirando; y, al dar media vuelta volvió a ver esas mismísimas pieles reflejadas en el escaparate sin luz de la acera de enfrente, en la otra esquina de la entrada del callejón, y era tal la fuerza de esa nueva clase de luz, o neón, como lo llamaban, procedente de la rica peletería, que se reflejaban las prendas en la vitrina apagada como en un espejo. Era un establecimiento de estatuas de santos, vírgenes, cristos y otros objetos religiosos. Se entretuvo sobreponiendo divertida las pieles a los diferentes santos. Había un San Antonio de Padua muy grande, y, a pesar de lo desganaada que estaba, no pudo la muchacha contener la risa al verlo portando un abrigo de astracán que le caía de maravilla. Se dio cuenta, entonces, de que había una sombra, un hombre, detrás de ella. Vio su imagen en el vidrio del escaparate, junto a la estatua del santo.

-¿Me esperabas, guapa ? – preguntó el hombre en un susurro.

-Y ¿puede saberse quién es usted? – preguntó Feli a su vez, con tal calma que a ella misma le sorprendió su falta de reacción.

-¿Qué pregunta – replicó él -, San Antonio, no lo ves ?

Y como él le agarrara una mano, ella se encogió temblando. Acababa de ver en la película, una hora antes, en el Zorrilla, que la heroína, Gilda, se dejaba llevar por un hombre serio y guapo que parecía haber nacido para dominar: tal vez era el sino de toda mujer, dejarse llevar. Se volvió a contemplar al individuo: tenía los ojos negros, profundos de un sátiro, y un bigotillo afilado, también negro. - ¿Qué quiere de mí? - murmuró, bajando los párpados.

El hombre, alto, fuerte, autoritario no dijo nada. La agarró del brazo y la condujo lejos de la luz, por la misma bocacalle, a otra aún más oscura; y allí la abrazó y besó, y ella se dejó hacer. Cruzaron por una galería que todavía estaba abierta, y llegaron a la parte de la Catedral; luego el Portugalete. Y a través de otras callejas oscuras, sin topar con casi nadie en el camino, entraron en una parte de la ciudad que desconocía la muchacha. Le seguía en silencio, como obedeciendo a una fuerza superior irresistible. Anduvieron así por un rato, sin mirarse ni dirigirse la palabra.

El reloj de una iglesia acababa de dar las doce campanadas cuando el hombre se detuvo delante de una casa extraña de cuya fachada colgaba un farolillo con una bombilla blanca de perla. A la luz de esta bombilla podían verse los balcones de la casa, todos ellos con las persianas bajadas.

.... Todo esto lo recordaría después, durante muchos años, volviéndole a la memoria hasta el más mínimo detalle: el hombre del bigotillo, aquel abrazo en la oscuridad, las estrechas calles desiertas, la casa esa de dos pisos, cuatro balcones, y el farolillo a un lado de la puerta, el hombre avanzando solo, y el sonido de un timbre; tardaron en abrirle, o bien se le antojó a ella que tardaban..., y al fin apareció una mujer gorda de pelo blanco o rubio platino, una voz áspera sumamente desagradable; el hombre dijo algo y la mujer desapareció como por encanto en la negrura de más allá de la puerta.

Volvió él a coger la mano de Feli, y percibió ésta en él esa fuerza tan extraña que hacía que no tuviera ella voluntad propia; algo la impulsaba a hacer lo que quizá en lo más profundo de su ser no deseaba, detestaba, que sabía que había de ser a fin de cuentas horrible. Si no hubiera estado en el cine aquella noche tal vez hubiera reaccionado de otra manera. Pero había visto a esa Gilda dejarse llevar por un desconocido, cumplir con un cierto destino inescapable, inapelable, tal vez llevando a cabo la función para la que había venido al mundo, el sino sin duda de todas las mujeres. Y era también **su** destino. Se dejó llevar con miedo, pero sin oponer resistencia alguna. Al contrario, deseándolo en cierto modo: lo había estado tal vez esperando desde hacía mucho tiempo, desde aquel día en que la madre superiora, Sor Angélica, le había tocado los brazos, apretando, sopesándola, midiendo su fuerza y su precio como mujer. Trabajar, ser una burra de carga, pasar por esta vida en un estado enteramente inconsciente de puro animal irracional, un ente supuestamente superior y sometido, revelado como una mera masa de energía que otros puedan utilizar, *los otros*, los ricos, poderosos y privilegiados del Señor..., ora como una criada marmota, ora como la amante de un hombre que la protegiera y diera el alimento, al igual que su propia señorita, al igual que la heroína de la película. No existía para ella otra alternativa.

.... Todo se le fue nublando al cabo, ideas, resoluciones, el conocimiento claro de las cosas, la situación en que se hallaba, cómo había llegado hasta allí, cómo había encontrado a aquel tipejo, o si ello había sido un encuentro puramente casual o había estado ella esperando inconscientemente todo aquello, planeándolo incluso. Tal vez se habían cruzado ella y él sus miradas al salir del cine, y por eso había ido ella tan despacio en la Calle Santiago, tal vez la había estado siguiendo él todo el tiempo. A ciencia cierta sólo sabía que eso ya no le importaba, que nada la alteraba y que no tenía miedo. Estaba viva, y tenía que seguir viviendo, he ahí la esencia de todo el saber. Tenía que actuar como estaba actuando, sin remedio, como actuaría ya toda la vida. Era un ser humano, y con eso ya estaba dicho todo; pertenecía a una raza de mortales despreciable que veían en el dinero el único medio para alcanzar sus fines, la libertad, una relativa libertad, la única posible. Y ella no poseía esa mercancía, don Dinero. Y quería tenerla, necesitaba ese precioso don del Cielo, el Dios Oro, para ser libre... o al menos, si no había otra alternativa para ella, por ser mujer, como quizá no la había, para poder vivir; si habría de ser esclava, prefería serlo de un ser poderoso, con capital, que serlo de un cualquiera, un trabajador pobre y miserable.

En la escalera de aquel triste tugurio había otra de esas bombillitas color de perla. Tornó a ver el cabello platino de la señora de antes y, algo distantes, unos ojos que se disparaban desde la oscuridad de una puerta. Había puertas por todos los lados, la mayoría cerradas, e incluso en las que estaban abiertas no podía verse nada: todo era oscuridad en aquella casa, todo eran entradas, cortinas y misterio.

Era una escalera bastante empinada. El hombre la había cogido gentilmente de la mano. Se detuvo en el rellano del primer piso, y respiró agobiada. Allí continuaba la subida en dos direcciones opuestas, en ambos casos haciéndose la vía más menguada. Otro descansillo, y otra vez varias puertas.

Entraron en una habitación que olía a algo muy desagradable que Feli no pudo identificar; y no era solamente la encina del brasero, cuyo tono rosado en seguida distinguió en el medio de la cámara. Encendió el hombre la luz, y por primera vez le miró a la cara sin bajar los párpados. Era un rostro de gran tamaño, abultado sin ser redondo, de ojos pentrantes, cabello ralo y negro, del mismo color que el acicalado

bigote. Pensó que por la edad podía ser aquel individuo su padre, y que a lo mejor estaba casado y tenía hijos, tal vez una hija adolescente como ella misma.

Había dejado el hombre su abrigo en una silla, y el sombrero en una larga repisa o poyo de mármol, en el cual se veía, en el medio, una palangana con agua y a su lado una perilla de goma, como para una irrigación.

-¡Vamos, desnúdate, mona! – oyó que le ordenaba, y vio dos dientes de oro bajo el bigote negro.

Era un hombre muy adinerado, no había duda de ello. Se había quitado la chaqueta y los zapatos, y había dejado la corbata con alfiler de oro encima de la chaqueta; el alfiler llevaba una piedra; otra piedra se veía en una sortija muy grande que llevaba en el dedo corazón izquierdo. Se fijó mucho la joven en esta sortija, que era roja, rodeada de una corona de brillantes. (“Con una joya así podría vivir tal vez un año entero.”)

Había empezado a desnudarse tranquila y serena, sin ningún dolor o remordimiento de conciencia. Estaba obedeciendo a una ley de la vida: esa necesidad imperiosa, capital, que le había hecho siempre doblegarse a voluntades ajenas, sobre todo por ser mujer. Como tal, estaría siempre sometida a un hombre, rico o pobre, listo o zafio, amante, padre, hermano, lo mismo daba. Tenía que obedecer por derecho natural, o *aparentar* que obedecía. Y sólo así, tal vez, llegaría a dominar, alcanzar un cierto poder, como Juanita. Y si era esa la ley para las de su sexo, si habría de hacerse mujer de la vida para de alguna manera resistir, pues bien, se haría.

No tenía la muchacha ninguna experiencia del sexo, del *amor*, si se quiere. Había ido a los bailes del merendero de La Bombilla, y había estado con los chicos, soldados o estudiantes. Tal vez, si su vida hubiera tomado otro rumbo, si no hubiera sido una marmota que tenía las horas de ocio contadas con cuentagotas, si hubiera encontrado un hombre de su clase, del cual se hubiera enamorado, se habría casado y habría tenido una vida familiar *normal* y hasta - ¿quién sabe? – feliz. El año o así que llevaba con Juanita había servido para abrirle los ojos, le había hecho ver cuál



era la relación entre los dos sexos, y cómo la querida había llegado a dominar a fin de cuentas a un patrón rico enamorado, gordo, fuerte y Hombre de Estado, por añadidura.

Y ¿por qué no podría ella hacer otro tanto, jugar, ganar dinero? Un negocio, pues. Eso es lo que era el amor. Y mejor así que en la esclavitud del matrimonio.

.... Se había dado cuenta al desnudarse que aquel hombre era uno de los poderosos, sin duda un cabecilla del Movimiento, *camisa vieja* de la Falange, o jefe de un sindicato, abastos, registros o algo parecido. Creía el pobre imbécil que la había cogido en la calle, y era ella la que le había cogido a él. Sería **su** *Quinito*, le sacaría los cuartos. Era para lo que servía, el fanfarrón ese, don Dinero. Y ella sabría lo que hacer con tan preciosa mercancía. Se lo habían enseñado las hermanas salesas (incluso antes de que entrara a su servicio) ya cuando recibía de ellas una educación cristiana que habría de hacer de ella una perfecta y humilde hembra, y que en apariencia habría de elevar su espíritu hacia Dios Nuestro Señor, poder supremo aquí en la Tierra y en el más allá del Cielo. Pues bien, si como mujer habría de cumplir con su destino, tenía que venderse, **no** se vendería a un hombre como su propio padre, borracho empedernido, siempre dispuesto a tratar a palos a su esposa; se vendería cara, como Juanita, como la Gilda de la película: buscaría entre los hombres, naturalmente depravados, aquél que le diera más riqueza. (Sentía el peso, el apretón, las uñas, aquel dolor: en su carne, las mejillas, las tetas, el culo, los muslos; oía los resoplidos, percibió con disgusto el esfuerzo que hacía aquel macho poderoso....)

Se volvió a mirarle. Ya habían hecho todo lo que él deseaba hacer. Lo tenía a su lado, en la cama, trasudando y extendido de espaldas. Parecía mucho más viejo que antes. Se levantó de la cama y se fue a limpiarse sus partes con la perilla de goma (con aquella pericia y diligencia con que tantas veces había visto hacer a su señorita, a través del agujero de la cerradura.) Por la entrepierna le corría un hilillo de sangre.

Él la miró desde la cama. – Pero – exclamó, sorprendido - ¡si eres sólo una niña!

Y en verdad que parecía una adolescente la Feli, las piernas delgadas, caderas redonditas, los pechos firmes como dos medios limones, cabello rizado alborotado, unos ojos luminosos ligeramente extraviados, y una cara infantil suave a pesar de lo mucho que le había tocado ya sufrir.

-¿Qué hacías ahí en esa esquina? – preguntó él (con toda la hipocresía de que son capaces los hombres de su especie.)

Ella no respondió. Él había salido ya de la cama y estaba vistiéndose.

-¿Cuántos años tienes? – inquirió el hombre.

-Veintitrés – mintió exageradamente la muchacha.

Estaba acabándose el macho de vestir. Le tocó la cara a la Feli con la mano izquierda, apretándole los carrillos con sadismo (con la derecha estaba enfundando una pistola en la parte del cinturón.) Muy dócil, ella le dejó hacer.

-Pues si quieres que te ayude y te proteja, chica, tendrás que prometerme que vas a comer más, para ir poniendo carnes – dijo él, como un ángel de la guarda -, ¿de acuerdo?

Entre los cuatro muebles viejos que había en la habitación había un armario de luna. Se miró ella a la tenue luz de la bombilla. Se cepilló el cabello.

Al cabo vio que se le acercaba él por detrás y que se quedó mirándola en el espejo, satisfecho. Luego él la agarró en tenaza con un brazo, los dos con la mirada todavía fija en el espejo. Con la otra mano, la derecha, le tocó la suya y le pasó unos billetes.

-¡Tienes los ojos azules! – dijo

-No. Son verdes – replicó ella.

-¿Dónde vives?

Ella le dio la dirección.

-Bien, puedes irte – señaló gentilmente el caballero -.Yo esperaré aquí unos minutos.

## CAPÍTULO 27

Algunos días después Feli fue a ver a Dorotea. La encontró durmiendo la siesta. Entró, se sentó en una silla, y con los codos en la mesa se puso a esperar a que se despertara. Y así pasó como media hora pensando o soñando, oyendo el movimiento de la calle, que se mezclaba, como un ruido de fondo, con el sonido de los ronquidos de la madre y, de cuando en cuando, el zumbido de un moscardón que parecía haber sido atrapado entre el visillo y el cristal del balcón.

Se dio cuenta al cabo que su madre había abierto los ojos y que la estaba mirando.

-¿Qué me traes, hija? – murmuró Dorotea, sin moverse.

Feli se levantó de la silla, y sin decir nada deslizó un par de billetes en la mano de su madre. - Toma – dijo, sentándose de nuevo -, ya te traeré más. No te preocupes.

La madre cerró el puño sin decir palabra; se había dado cuenta de que eran billetes de los grandes, doscientas pesetas: si no hubiera estado tan abotargada, se habría incluso visto en su sucia cara una sonrisa. Volvió a cerrar los ojos y se dispuso a dormir: se había metido aquel mediodía, con el almuerzo, tres cuartos de tinto y estaba muy fatigada.

.... Al cabo de un rato le pareció a Dorotea que oía, como en sueños, que alguien estaba llorando; pero no le afectó sobremanera aquello; después de todo había miles de personas que debían estar llorando en aquellos momentos en todas partes, y no era para alarmarse. La vida, es así, puro un valle de lágrimas: ¡si no lo iba a saber ella, que había sufrido más que nadie! .... Le había dado sufrimientos y mil pesares, hacía siglos, su propio padre, cuando ella era adolescente y don Manuel un caballero sin recursos, es decir, un vago redomado y un vicioso empedernido que había arruinado a la familia jugando a las cartas con los nobles del pueblo, ¡quería

ser como ellos!; ...le había hecho sufrir luego nada menos que un sacerdote, su padre espiritual, que le había dado cobijo, y luego resultó ser un sátiro que la había acogido para abusar y aprovecharse de ella; ...había sufrido también, y sobre todo, a causa del marido, que debería haberla amado y parecía en un principio estar enamorado, y que sin embargo estuvo a punto varias veces de matarla, ...y ni siquiera los hijos le habían dado más que sufrimientos y pesares: el chico, toda su vida un morugo, que se había ido a una pensión en cuanto empezó a ganarlo un poco, en vez de quedarse en casa y ayudar a sus padres necesitados; la Feli había resultado algo mejor, más trabajadora y en el fondo una buenica: no podía negarlo; pero ¿qué?, ¿de qué le valía?, si a fin de cuentas le había dado, ella también, un montón de disgustos y dolores, aun si para compensarlo le había traído de cuando en cuando últimamente dinero; era de justicia, pues, el que se sacrificara ahora un poco por su madre, ¡que bien de noches le había quitado el sueño cuando era una niña!, ¡que algunas temporadas no le había dado ni un momento de reposo, siempre tan enfermiza como estuvo, la muy señorita, durante tantos años!, ...y ella cuidándola noche y día, sin poder dormir, pensando que se les moría la niña, y sin un céntimo para comprarle medicinas, a punto ella misma de caer enferma, o que se les contagiara el Lucito, que hubiera sido aún peor; ...no era nada sorprendente, pues, el que se hallase así de enferma ahora y que se hubiese hecho tan vieja, tan de prisa: hora era ya que *otros* trabajasen por ella, ¡a ver!, que alguien la recompesara por esos sacrificios inmensos, esos trabajos y miserias que había arrastrado toda la vida; ¡qué de extrañó tenía el que una hija hiciese algo por ella en sus años de vejez!

.... Decrepitud, podría haber dicho. Pues no tenía más que cincuenta años. Decadencia de un cuerpo que había sido hermoso no hacía tanto tiempo. Pero ella ya lo había olvidado... todo, todo eso, el que había sido joven y bella en el pasado, una mujer activa, con aspiraciones, esperanzas, un interés por la vida, en la vida, la suya y la de sus mellizos...; una esperanza de una existencia (para éstos) más tranquila y mejor que la que ella y sus contemporáneos habían tenido durante tantos años: la guerra, el mundo que habían heredado de sus mayores...; y la promesa de que dejarían a sus descendientes **un mundo mejor**.

.... O mejor dicho, no sólo había olvidado *todo eso*. Era un blanco su cerebro. No pensaba en nada. ¿Cómo podía pensar o recordar ahora ella nada, si ya no vivía..., era un trapo, no existía más que para el vino?

.... Continuaba el jaleo multitudinario de la Calle de las Angustias, allá abajo. Y en el cuarto, los sollozos agobiantes de una joven, su propia hija. Una pelma, ¿no? ¡Que no servía para nada el que tuviera los ojos cerrados, no la dejaba dormir! ¡Con lo que ella necesitaba ese descanso! Pero ¿por qué lloraba, la melindre? Si era para darle un disgusto a su madre, que estaba tan enferma, mejor que se callase, que se hubiera ido ya a su casa. ¿Por qué persistía en hacerla sufrir? ¡Como si ella, a su edad, pudiera ayudar o dar consejo, o fuera culpable de los tropiezos de nadie!  
....

Precisamente. En lo más hondo de su corazón de madre (ahora que había despertado por completo) sabía que sí, que, al contrario, era muy culpable. Y que había algo horrible en su carácter que siempre le había llevado por caminos diferentes de los que debiera haber tomado. De nada servía ahora negarlo, convertir su cuerpo de animal racional, en un puro cacho de algo vegetal. Sí, era en efecto **su** culpa. ¡Culpable!, ¡culpable de todo ello! Y si no de todo, al menos una gran parte del mal causado era pura obra suya, ¡ella había creado ese horror! Y no sólo culpable del mal que había hecho, también era responsable de lo bueno que había dejado de hacer, que no había hecho, que también eso cuenta. Y no podría deshacerse de ese sentimiento de culpabilidad cerrando los ojos, no; obstinándose en no ver ese pasado de abandono, de contradicciones, de pobreza espiritual y hasta de traición: las situaciones en que se había encontrado y en las cuales había casi indefectiblemente vuelto la espalda a la realidad, a la verdad; y había preferido no luchar cuando todavía podía, hubiera podido; cuando todavía había tiempo para ello, la lucha, la revolución. Se había cruzado de brazos, si no es que se había pasado claramente al otro bando, al enemigo, colaborando con el **mal**, traicionando a las gentes de su propia clase, su propia familia.

Volvió a abrir los ojos, alzóse un poco de lado en un codo, encima de la cama turca, y preguntó:

- ¿Lloras, hija?

La muchacha no respondió.

-¿Qué te pasa, Feli?

-¡Déjame, déjame, déjame en paz!- chilló la joven, mordiéndose la manga del vestido.

Dorotea comprendió el horror de aquella situación que le había parecido un instante normal. En realidad, lo había adivinado todo cuando, despertando de la siesta, encontró a la hija sentada en una silla; y había sido confirmada en sus sospechas cuando, con un sobresalto de sorpresa, y desde luego alegría, notó que había dos billetes de a ciento en su mano.

Apretó bien el puño contra el pecho, entre sus senos, y no dijo nada.

**FIN**

Fernando García Izquierdo  
9, rue Vernet  
78150 LE CHESNAY  
France  
Tel 00 33 1 39 54 0198  
E-mail [fg.izquierdo@yahoo.es](mailto:fg.izquierdo@yahoo.es)